NISHIZAWA, EL ARTISTA QUE HONRA A SU PADRE SAMURÁI.

BiCentenario
el ayer y hoy de México

Instituto Mora

VOLUMEN 6, NÚMERO 23, 2014
ISSN 2007-2775



5 DE MAYO
EL ORGULLO MEXICANO EN ESTADOS UNIDOS

UN MILITAR VILLISTA RELATA SUS DÍAS DE COMBATE

LA IZQUIERDA DA LA BATALLA EN LAS ELECCIONES DE 1964

LOS AUTORES DEL MAGNICIDIO DE MADERO

EL PASADO Y EL PRESENTE SON NUESTROS



SUSCRÍBASE A BICENTENARIO

4 Números

En el Distrito Federal	Interior de la república	Resto del mundo	Solicite más información y formas de pago en
$320 pesos más gastos de envío	$320 pesos más gastos de envío	$35 USD más gastos de envío	bicentenario@nora.edu.mx www.revistabicentenario.com.mx

Revista | BiCentenario. El ayer y hoy de México

BiCentenario
el ayer y hoy de México

BiCentenario El ayer y hoy de México
Revista trimestral publicada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
Volumen 6, núm. 23, enero–marzo 2014

Consejo Editorial
Ana Rosa Suárez Argüello, Graziella Altamirano Cozzi, Diana Guillén, Laura Suárez de la Torre, Guadalupe Villa Guerrero
Iconografía: **Ramón Aureliano Alarcón**
Asistente editorial: **Ingrid S. Biviá y Norberto Nava**
Edición: **Darío Fritz**
Diseño: **Héctor Gómez**

Redacción, administración y suscripciones
Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, Del. Benito Juárez, C.P. 03730 México, D. F. Tels. 5598 3777 / 3037 Fax 5615 0675 www.mora.edu.mx
Comentarios y sugerencias:
www.revistabicentenario.com.mx
bicentenario@mora.edu.mx

Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora
Director General: **Dr. Luis Antonio Jáuregui Frías**
Directora de Investigación: **Dra. Cristina Sacristán Gómez**
Director de Docencia: **Dr. Gerardo Gurza Lavalle**
Director de Vinculación: **Lic. Ricardo Reynoso Serralde**
Directora de Administración y Finanzas: **Lic. Eunice Maldonado Sánchez**
Titular del Órgano de Control Interno: **Ing. Carlos Ladrón de Guevara Rivero**

BiCentenario. El ayer y hoy de México, volumen 6, núm. 23, enero–marzo 2014, es una publicación trimestral editada por el Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, calle Plaza Valentín Gómez Farías 12, Colonia San Juan Mixcoac, Del. Benito Juárez, C.P. 03730, México, D. F. Tels. 5598 3777 / 3037
Fax 5615 0675 www.mora.edu.mx

Editora responsable: Ana Rosa Suárez Argüello. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04–2010–101813441800–102, ISSN 2007–2775, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Licitud de título No. 14276 y Licitud de Contenido No. 11849, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresión digital en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (iepsa), San Lorenzo Tezonco 244, Paraje San Juan, Delegación Iztapalapa, 09830, México, D. F. Este número se terminó de imprimir el 15 de abril de 2014. Los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Foto de Portada: Juan Mora-Torres. *Desfile del Cinco de Mayo*, Chicago, [s. f.]

Se prohíbe la reproducción parcial o total sin la expresa autorización del Consejo Editorial de la revista.

SUMARIO

3 EDITORIAL
por Darío Fritz

4 CORREO DEL LECTOR

ARTÍCULOS

6 **Iturbide: coronación imperial o ruptura con España.**
por Joaquín E. Espinosa Aguirre

16 **Xalapa, blindada contra el cólera.**
por Rogelio Jiménez Marce

24 **La inspiración del 5 de Mayo para los migrantes.**
por Juan Mora-Torres

30 **Los espacios de hospedaje en el siglo XIX.**
por Paulina Martínez Figueroa

42 **Conspiradores en los asesinatos de Madero y Pino Suárez.**
por Edgar Sáenz López

50 **La lucha electoral de la izquierda en las elecciones de 1964.**
por Ana Victoria Gaxiola Lazcano

DESDE HOY

58 **Dos décadas del TLCAN: Aciertos y oportunidades perdidas.**
por Patricia de los Ríos y Paolo Riguzzi

DESDE AYER

62 **Volcán Paricutín. A 71 años de su nacimiento.**
por Eulalia Ribera Carbó

TESTIMONIO

64 **"Qué quiere usted: soy mexicano".**
por Arturo D. Ríos

ARTE

72 **El arte de Luis Nishizawa.**
por Guadalupe Villa Guerrero

CUENTO HISTÓRICO

80 **El cupo, el juez y el capitán.**
por Rosalía Martha Pérez Ramírez

ENTREVISTA

88 **Gilberto Nava Presa: Memorias de un militar villista.**
por Guadalupe Villa Guerrero

SEPIA

96 **Aquellos *Selfies*.**
por Darío Fritz

EDITORIAL

Darío Fritz

Suenan mariachis y las calles se impregnan de aroma a taco, chilaquiles y mole. Reina el acento latino y los colores verde, rojo y blanco. Cada 5 de mayo, miles de mexicanos invaden los centros de sus comunidades en alrededor de 200 ciudades estadunidenses para festejar una fecha que para ellos tiene mayor importancia que el propio 16 de septiembre. Desde la misma Casa Blanca se comparte el festejo de los 34 millones de mexicanos. No son un dato menor: suman el once por ciento de la población total del país y 65% de los hispanos residentes. La conmemoración por los aniversarios de la Batalla de Puebla de 1862, conocida allí como Día del orgullo mexicano, va adquiriendo dimensión propia, aunque no tenga la espectacularidad del Desfile nacional puertorriqueño en Nueva York, o la popularidad del Día de San Patricio de los irlandeses.

Pero, ¿por qué esta conmemoración se ha convertido en un día mexicano en Estados Unidos y supera a la misma celebración que se hace aquí todos los años? Como todo proceso cultural que se ha ido construyendo por espacio de décadas, las razones no son lineales, como lo explica el historiador Juan Mora-Torres. El triunfo sobre las huestes francesas se dio en un contexto en el cual aún estaba fresca la pérdida de más de la mitad del territorio a manos de Estados Unidos, la economía se encontraba derrumbada y el país dividido. México había mutado de joya de la corona española a una nación libre, pero débil. El 5 de mayo simbolizaba, por entonces, una manifestación de triunfo y orgullo en medio de la persistente adversidad colectiva. Otros motivos propios de la vida de los migrantes harían fortalecer esa dignidad década tras década.

Un orgullo y satisfacción cercano experimentaron poco más de tres décadas antes a la Batalla de Puebla las autoridades y pobladores de Xalapa. Su disputa tenía otro tipo de enemigo por delante, escurridizo y mortal a la vez. Una epidemia de cólera se esperaba que entrara a la ciudad en 1833, y a pesar de las escasas armas con que contaba la medicina de la época pudieron salir airosos en los dos años que se manifestó la enfermedad. Con medidas preventivas de higiene tuvieron un saldo de tan sólo 0.016 por ciento de fallecimientos del once por ciento de sus pobladores infectados. Todo un triunfo de la salubridad pública, como nos relata Rogelio Jiménez Marce.

Pero no siempre puede envanecerse de orgullo. Dos fenómenos políticos, con trascendencia muy diferente, marcan que una causa por justa que parezca tendrá enfrente intereses personales o institucionales dispuestos a destruirla. Le ocurrió al ex presidente Francisco I. Madero y a su vicepresidente Pino Suárez, ejecutados por la avaricia de poder huertista. Sobre aquella conspiración, nos dice en su texto Edgar Sáenz López, sólo se pudo echar una luz definitiva cuando sus autores intelectuales y materiales ya no tenían las armas que los hacía impunes.

El otro fenómeno político que les presentamos, de menor trascendencia aunque de alto impacto para la construcción democrática del país, se edificó en las elecciones de 1964 cuando desde la izquierda se planteó la creación del Frente Electoral del Pueblo para competir electoralmente contra el candidato del oficialismo, Gustavo Díaz Ordaz, y el aspirante del PAN. El agrupamiento que encabezaba Ramón Danzós Palomino no pudo competir porque se lo prohibieron. Hizo campaña, de todos modos, con escasos recursos, sufriendo persecución y encarcelamiento, pero sin lograr permear en el electorado. Fue una fuerte frustración para la izquierda y quienes desde entonces aspiraban por un México con elecciones libres.

BiCentenario salta como en todas sus ediciones, por distintos escenarios de la vigorosa historia mexicana como el empecinado regreso de Cuba del general Leonardo Márquez, lugarteniente de Maximiliano; las dificultades de Agustín de Iturbide para legitimarse como monarca; o los recuerdos del general Gilberto Nava Presa, quien acompañó a Francisco Villa en varios de sus pasajes revolucionarios, rescatados aquí de una entrevista que le hicieran Alexis Arroyo y Daniel Cazés en 1961.

En un tema sin tanta prosapia política, nos adentramos en las vicisitudes de los viajeros del siglo XIX que debían encontrar lugar dónde reposar en sus recorridos por las castigadas rutas mexicanas. Una dura tarea si se sabe que en gran parte de los mesones y ventas sólo había tablas donde descansar el cuerpo, muy cerca del hedor que difuminaban los caballos exhaustos, mientras que el colchón apenas se podía disfrutar en la hotelería capitalina.

En tiempos más cercanos, las imágenes nos llevan a la transformación radical del Michoacán rural y parsimonioso de la zona de Uruapan, cuando la tierra se abrió hace 71 años para dejar estallar un volcán. El fenómeno de San Salvador Paricutín recorrería el mundo durante nueve años de actividad volcánica y aquel poblado de campesinos purépechas cambiaría para siempre.

Casi cinco décadas más tarde de aquel espectáculo geológico extraordinario, las discusiones por un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos y Canadá calentaban el ambiente político y social en México. Las voces de rechazo y aceptación dividían las calles civilizadamente. Acordado a fines de 1992, pudo entrar en vigencia en enero de 1994 luego de que fuera ratificado por los congresos de los tres países. Paolo Riguzzi y Patricia de los Ríos diseccionan el TLCAN, dos décadas después de su firma, y nos dicen qué tanto le ha servido a los mexicanos para su desarrollo económico y social.

Este número 23 de *BiCentenario*, diverso y generoso en buenas plumas, se cierra con los colores que la naturaleza le prodigó a México en la pintura de Luis Nizhizawa, un artista al que el ADN mexicano-japonés le marcó la vida y sus trabajos artísticos.

CARTAS

Respecto al artículo "Los niños de Pancho Villa", que aparece en *BiCentenario* número 1, Francisco Lagunes Moreno cuenta que doña Luz Corral de Villa llevó a Chihuahua a un nutrido número de niños papeleros que dormían en las calles y les dio educación. Agrega que existen testimonios fidedignos al respecto.

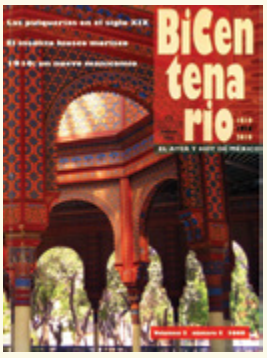
1



2



3



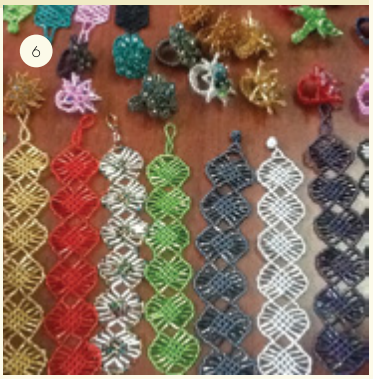
Acerca del texto "Y todo lo que huela a esclavitud" (*BiCentenario* número 4), Eugenio Mejía Zavala escribe que la publicación del primer bando que declaraba abolida la esclavitud, el 19 de octubre de 1810, fue un acto simbólico, ya que la esclavitud siguió aún en la segunda mitad del siglo XIX, disolviéndose paulatinamente, no sólo por las nuevas ideas, sino por ser una práctica poco redituable para los dueños de esclavos.

Andy de Kou se sorprende, en cuanto al artículo "De cómo la gente se agolpaba para comprar carne a principios del siglo XIX", en *BiCentenario* número 5, de la diferencia abismal que existe entre los precios de la carne de entonces y los actuales, lo cual, dice, ilustra cómo han cambiado tanto la oferta y demanda de ese producto, así como los hábitos de consumo de la sociedad mexicana.

POR AMOR A LA HISTORIA

En el pueblo de San Pablito, en la sierra norte de Puebla, junto a los naranjales y plantíos de café, muchos de sus habitantes otomíes se ocupan del bordado con chaquira, cuentas de colores diminutas con las que desde hace muchos años se decoran las blusas femeninas. Ante la llegada del turismo, ahora se engarzan también en cinturones, collares, pulseras, bolsos, y una y mil cosas más. Foto: ARSA

6



DEL COSTURERO DE LA ABUELA

4



CONSULTA

5



Quiero compartir con ustedes este retrato que encontré entre los papeles de mi padre: la imagen de don José Salomé Pina, gran pintor, compañero de cátedra de José María Velasco, Santiago Rebull y Eugenio Landesio, discípulo de Pelegrín Clavé, maestro de Germán Gedovius y de Diego Rivera. La foto está dedicada a don Antonio Cortés, un pintor e ilustrador olvidado.

Lorenzo Rafael

Agradecemos su generosidad.

1. Portada *BiCentenario. El ayer y hoy de México*. #1, junio 2008. | 2. *Portada BiCentenario. El ayer y hoy de México*. #4, abril-junio 2009. | 3. *Portada BiCentenario. El ayer y hoy de México*. #5, julio-sep. 2009. | 4. *Gran fábrica francesa de flores artificiales*, tarjeta postal. Col. Particular (Graziella Altamirano Cozzi, GAC). | 5. Mtro. José Salomé Pina, retrato. Col. Particular (Lorenzo Rafael). | 6. Joyería de chaquira originaria de San Pablito, Puebla. Col. Particular (Ana Rosa Suárez, ARSA).

FE DE ERRATA

En el texto "Fernado Soler: El cine es para divertir y emocionar", *BiCentenario* número 21, página 92, el pie de foto correcto es: *Maldita ciudad*, dir. Ismael Rodríguez, 1954. Col. Fam. Martínez Sánchez.

¿SABÍAS QUE...?

El premio internacional Guangzhou se dio al parque Línea Verde, recientemente inaugurado en la ciudad de Aguascalientes. A lo largo de quince kilómetros, sobre una tubería subterránea de petróleo que atravesaba varias colonias pobres y se distinguía por la basura acumulada, además de servir de refugio a los delincuentes, se construyó este parque rectilíneo. Para su mantenimiento y cuidado, se riega con agua procedente de una planta de tratamiento cercana y está iluminado con lámparas de energía solar. Ofrece áreas de juego para los niños, andadores peatonales y ciclopistas, así como espacios de reunión donde se puede bailar, escuchar música o asistir a funciones de cine.

7



RELOJ DE ARENA

8



26 de febrero de 1814

Ante la noticia de que el *rebelde* Morelos ha celebrado un Congreso en Chilpancingo y se hizo elegir *Generalísimo y Jefe Supremo del Poder Ejecutivo*, el gobierno español ordena al virrey Félix María Calleja tomar las medidas necesarias para destruirlo y provocar la *rivalidad y desunión* en sus filas; en particular con López Rayón, Verduzco y Liceaga, de seguro resentidos por el predominio ganado por Morelos.

9



7 de marzo de 1864

Al enterarse de que Antonio López de Santa Anna llegó al puerto de Veracruz en el vapor inglés Conway, y a que en el periódico *El Indicador*, de Orizaba, publicó una proclama dirigida a sus compatriotas, el general Francois Achille Bazaine, al frente de las tropas francesas destinadas en México, decide que aquel *no puede permanecer más largo tiempo en el territorio mexicano* y lo invita a que *sin dilación* parta con su hijo, ya que doña Dolores Tosta de Santa Anna se ha adelantado a la capital.

10



3 de febrero de 1914

Desde la Casa Blanca, el presidente Woodrow Wilson declara que en vista de que las condiciones de violencia reinantes en México en 1912 han cambiado sustancialmente, deja sin efecto el decreto en el que su predecesor, William H. Taft, vetaba la exportación de armas al otro lado del río Bravo.

11



15 de enero de 1964

Se funda la empresa llamada Volkswagen de México S. A. de C. V., cuya planta industrial comenzaría a construirse al año siguiente en el municipio de Cuautlancingo, Puebla, dando así inicio a una nueva etapa en el desarrollo industrial del estado, y que se convertiría luego en la segunda planta más grande en el mundo del Grupo Volkswagen.

7. Parque Línea Verde, panorámica. Col. Particular (Norberto Nava Bonilla, NBN). | 8. Anónimo, *José María Morelos y Pavón*, 1812. Museo Nacional de Historia. CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historial. | 9. Antonio López de Santa Anna, retrato, ca. 1870. Southern Methodist University, Central University Libraries. | 10. Woodrow Wilson, retrato, 1912. Librery of Congress, Washington D.C. USA. | 11. Anuncio publicitario, Volkswagen, recorte de periódico, 1964. Col. Particular NBN..

Joaquín E. Espinosa Aguirre
Facultad de Filosofía y Letras, unam

ITURBIDE:

CORONACIÓN IMPERIAL O RUPTURA CON ESPAÑA

La investidura como monarca del libertador en una fiesta cívica y popular pretendió convertirse en su legitimación. Pero se sostenía entre algodones por el conflicto político entre el Congreso y el emperador. Tampoco ayudaban las arcas vacías del erario público.



José Ignacio Paz, *Alegoría de la coronación de Iturbide* | *ca.* 1822. Museo Nacional de Historia. CONACULTA-INAH-MEX Reproducción Autorizada por el Instituto de Nacional de Antropología e Historia.

Es bien sabida la fama de México de ser un país *cuetero y fiestero*. Los visitantes de todas las latitudes supieron siempre que si venían a México, alguna fiesta, religiosa o cívica, habría de arrebatarles el sueño nocturno. Ya en la actualidad, el fallecido escritor mexicano Carlos Fuentes, decía que *el lugar ideal para escribir, siempre lo dije, es Londres. Si me encontraba a mitad de un libro, y se me ocurría venir a México, siempre se me atravesaba algo; el recibimiento de algún cercano amigo querido, los cafés con gente importante, los desayunos que se hacían comida y terminaban en cena, o sino, al menos los cuetones y la gente festejando fuera, que simplemente a uno no lo dejan concentrarse*. Ello puede rastrearse a la época colonial, y por supuesto tuvo una buena repercusión y seguimiento en el México independiente.

Pero, ¿en qué medida hubo una continuidad importante de las festividades que se dieron desde el período de dominio español, y cuáles rupturas se presentaron en México al independizarse? Es esto, con base en las festividades efectuadas alrededor del libertador Agustín de Iturbide, lo que abordaré en este texto, enfocado en los holgorios que hubo en torno a la obtención de la independencia y, sobre todo, al ascenso del *Héroe de Iguala* al trono del naciente imperio mexicano. Veré también la relación con otras festividades, pues nada nuevo (aunque sí con ciertas variantes) se realizó en los agasajos festivos del México recién independizado.

Antes que nada, digno es de mencionar que tras la entrada del ejército Trigarante a la ciudad de México el 27 de septiembre de 1821, suceso que marca el fin de la guerra de independencia, la recién formada Junta (Provisional y Gubernativa) procedió a la firma del *Acta de Independencia del Imperio Mexicano*, donde aparecen las firmas de Agustín de Iturbide, del obispo de Puebla Antonio Pérez, el último capitán general y jefe superior político Juan de O'Donojú (quien por enfermedad no pudo asistir), José Miguel Guridi y Alcocer, Anastasio Bustamante y otros personajes de la lucha de emancipación.

Un mes después, el 27 de octubre, se hizo la jura solemne de sostener la independencia, en la que aquí no es necesario ahondar, aun cuando sirve de antecedente, ya que en esta festividad se buscó la negación de lo español, constando ello en que estando la estatua ecuestre de Carlos IV, de Manuel Tolsá, en la elipse de la Plaza de la Constitución (luego *Zócalo*), fuera cubierta por un templete *ex profeso*. La montura sirvió además para recrear alegorías y representaciones a propósito de la independencia. Hubo un agasajo popular generalizado, pues no se excluyó a nadie, invitándose a asistir a toda la población. Con todo, sí hubo una representación hispánica: el *paseo del pendón* imperial, que era costumbre en el imperio español cuando se festejaba la erección de un nuevo monarca al trono.

Confusión y coronación

Tras conocerse en España lo acaecido en México, con el Plan de Iguala y los Tratados de Córdoba, en el que O'Donojú reconoció la independencia de México, la decisión de las Cortes fue negar completamente la legitimidad de dicho tratado, y por tanto desconocer en absoluto la separación política. Al llegar esta noticia a México a principios de 1822, todo fue confusión, pero el pacto de Córdoba

ofrecía una salida; las cortes mexicanas podrían elegir al monarca, ante la negativa de Fernando VII u otro de su dinastía de venir a gobernar México. De ese modo, por ambiciosos planes personales proyectados con muchísima anticipación, o por el simple hecho de que no había nadie con suficiente fama ni revestimiento como Iturbide para señalarlo al cargo de monarca, y de la mano de *la soldadesca* y un considerable (pero sólo capitalino) gentío, se orilló al Congreso a erigir al libertador.

Ahora bien, ¿cómo enfrentar la tarea de una coronación, siendo que, por un lado, no era costumbre de la monarquía española llevarla a cabo; y por otro, que nunca se había hecho en la capital de la otrora Nueva España? Para resolverlo se nombró a una comisión que se encargara de elaborar un proyecto. Éste tuvo como resultado un *champurrado* de 63 artículos, donde se mezclaban tradiciones románicas (el ceremonial Pontifical Romano) e hispánicas, así como los ceremoniales de entronización de Napoleón Bonaparte (a quien sin duda Iturbide buscaba emular) y de los monarcas franceses antes de la Revolución.



▼ Silla Imperial de Agustín I. Museo Nacional de Historia. CONACULTA-INAH-MEX Reproducción Autorizada por el Instituto de Nacional de Antropología e Historia.

La más arraigada de las tradiciones venía necesariamente de España, y ello queda mucho más patente en el ejemplo de cómo se efectuaba la entrada de los virreyes en procesión solemne a la ciudad de México, sede de los poderes. Como se ha mencionado, el *Paseo del pendón* era la *entrada triunfal* ficticia del rey en las provincias de la monarquía (fuera de Madrid), paseando el lábaro regio en manos del alférez real o el gobernador militar por toda la plaza principal, atravesando por arcos triunfales, colgaduras y escenografías (todas efímeras), muestra de que la ciudad se adhería al nuevo rey. Se echaban campanas al vuelo y soltaban cañonazos y salvas de fusil por dejar saber que había un nuevo rey, se regalaban monedas a la *canalla*, y a los notables de la ciudad medallas conmemorativas. Luego se realizaba el *besamanos*, que se hacía simbólicamente con el pendón real, aunque a veces (como en Nueva España sucedió) se hacía con el virrey. Las corridas de toros, bailes y saraos no podían faltar. Lo religioso se limitaba al reconocimiento eclesiástico y la celebración del *Te Deum*.

▶ Anónimo. *Solemne coronación de Iturbide en la Catedral el 21 de julio de 1822.* Museo Nacional de Historia. CONACULTA-INAH-MEX Reproducción Autorizada por el Instituto de Nacional de Antropología e Historia.

En cuanto a la segunda fuente de que se nutrió el proyecto de coronación de Iturbide: la coronación del Napoleón como emperador, varias cosas son dignas de mencionar. Antes que nada hay que ver que el 2 de diciembre de 1804 Bonaparte buscaba, tras la reciente tradición tolerante de la Francia revolucionaria, una secularización del acto, comenzando con impedir que el Papa Pío VII lo coronara; en efecto, *cuando el Papa se dirigió hacia el altar para coger la corona de Carlomagno –señala la crónica de un testigo–, Napoleón se adelantó a tomarla con sus propias manos y él mismo se la puso*, dejando ver que *Su Santidad* estaba ante un igual; incluso no comulgó, y junto a su esposa, oyó la misa de rodillas y en silencio. Luego, el ya coronado monarca, entestó él mismo la corona en la emperatriz Josefina. Se dispusieron también dos tronos para cada emperador; uno para usar antes de la investidura y otro, más grandes, para después de ella, desde donde ambas majestades observaron el resto de la ceremonia.

La que se presenció en la Catedral de Nôtre–Dame fue una fastuosa y larga ceremonia. Napoleón estuvo cerca de la gente (que lo acababa de sentar en el trono), no sólo





Casimiro Castro, *Traslado de las cenizas de Iturbide a catedral*. México, Imprenta de I. Cumplido, 1849. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

acompañado por las autoridades, sino por la propia gente del pueblo. Al final, todavía en la catedral, pero ya sin la autoridad eclesiástica, el emperador hizo el juramento de proteger y servir a Francia.

Respecto a las otras dos tradiciones, del Pontifical Romano se tomó la práctica del ayuno de los emperadores, así como la presentación de una ofrenda al monarca, y el besamanos. Por su parte, la tradición francesa del antiguo régimen definía una ofrenda específica: *un pan de oro, un pan de plata, un cáliz y trece piezas de oro y trece de plata*.

Para la coronación de Iturbide, el 21 de julio de 1822, la gente tuvo oportunidad de ver los decorados internos horas antes de la ceremonia, pues luego se taparon las partes centrales del interior de la catedral. Fuera estaban dispuestas gradas para ver pasar al emperador y a su séquito que, como en el



rito napoleónico, se trasladaba en medio de 48 diputados, pues en ambos casos se trataba de un monarca constitucional. El desfile, salido del Palacio de Moncada, hoy conocido como *Palacio de Iturbide*, en la calle de Madero (entonces Plateros), donde él residía, era mayoritariamente encabezado por elementos del ejército. La caballería iba al frente, llevando ondeante la bandera Trigarante, con el águila detenida en el pie izquierdo, las alas desplegadas, y coronada. Seguían el desfile las parcialidades o procesiones de indios, las órdenes religiosas, la universidad y las autoridades capitalinas, todos a pie. Los regidores de la capital condujeron el palio del monarca hacia el interior de la catedral. Iturbide vestía el traje del regimiento de Celaya, tan importante para él en su carrera militar. Una vez en la catedral, se les sentó a él y a su esposa en un trono pequeño, mientras se cantaba *Veni Creator*; luego el consagrante gritó una sola vez ¡*Vivat Rex in aeternum!*, siendo que en la vieja Francia se hacía tres veces y se besaba la mejilla del coronado. Luego le ungió, pero en una sola ocasión, del codo al brazo derecho, siendo en esto contradictorio con el rito pontifical, que preveía hasta nueve unciones.

Después se dio lo que probablemente fue lo más impresionante de la celebración: la coronación. Al acabar de ungirlo, el cardenal se retiró, y dio paso al presidente del Congreso: Rafael Mangino. Éste tomó la corona y la entestó en Iturbide, que así se convirtió en Agustín I. Sobre ello mucho puede decirse, más que nada que es una similitud a medias con la solemnidad con que se coronó Napoleón. Pero hay una diferencia sustanciosa, por no decir abismal: en 1804 Francia se encontraba en pleno proceso de secularización; México, por otro lado, en 1822 con el Plan de Iguala y el Tratado de Córdoba estaba basado fundamentalmente en la religión católica, y no podía prescindir de ella, ni siquiera de pensar en un proceso de tolerancia religiosa. Tan es así, que la coronación se llevó a cabo en la catedral metropolitana.

Otro factor, ya mencionado, que tampoco podía pasarse por alto, y también enunciado en Iguala y Córdoba: era que la monarquía que se estaba consumando era constitucional, y el Congreso tendría una fuerte carga de poder en sus manos. Así se explica porqué el símil con Napoleón fue inacabado, pues no era Iturbide por propia mano quien se coronaba, sino que era la autoridad que representaba la soberanía

El desfile, salido del Palacio de Moncada, hoy conocido como Palacio de Iturbide, en la calle de Madero (entonces Plateros), donde él residía, era mayoritariamente encabezado por elementos del ejército.



Sepulcro de Agustín de Iturbide, Catedral Metropolitana. Col. Particular NBN.

de la nación, quien le entregaba el honor de soberano. Así se corroboró en el discurso en el que Mangino arengó a los presentes sobre las limitantes y las obligaciones del emperador, que era tal *por la Divina Providencia y por el Congreso de la Nación*. Tras ello, Iturbide coronó a la emperatriz, estando ella de rodillas, como lo estuvo Josefina ante Napoleón.

Enseguida pasaron a ocupar sus más grandes tronos de emperadores, y faltaba sólo corroborar el juramento de Iturbide, para lo que se dispuso que se acercaran al trono el presidente, vicepresidente y secretarios del Congreso, a fin de solicitar a Su Majestad Ilustrísima el juramento que prestaría en voz alta y en lengua castellana. Luego de verificado, se les entregarían las ofrendas, que en Nôtre–Dame fueron conferidas por cinco damas de la emperatriz, pero en el caso de México se hizo con cinco diputados. Ellos entregaron las cinco (para Napoleón fueron siete) insignias de emperador: *corona, cetro, anillo, espada y manto*, llevando solamente antes de la ceremonia la espada, y no portando el resto como sí lo hizo el emperador francés. Después, todas las ofrendas fueron bendecidas ante el altar y exhibidas por el presidente del Congreso.

Al final de la ceremonia la comitiva de los emperadores abandonó el recinto y se dirigió a la Plaza Mayor, donde recibió la ovación





◀ Anónimo. *Entrada triunfante de Iturbide a la Cd. De México con el Ejército Trigarante el día 27 de septiembre de 1821*. Museo Nacional de las Intervenciones. CONACULTA-INAH-MEX Reproducción Autorizada por el Instituto de Nacional de Antropología e Historia.

▲ Ferdinand Bastin, Julio Michaud y Thomas. *Iturbide y los Generales del Ejército Mexicano, ca.* 1842. Wikimedia Commons

del pueblo; se lanzaron las campanas a vuelo, hubo salvas, vivas y demás albricias ante la entronización del Libertador y ahora monarca. Ellos, el pueblo, eran *la representación nacional* soberana, eran quienes *ponía en sus sienes la corona al emperador*. Tras esto, se decretaron tres días de fiesta nacional, para ensalce del monarca.

Imperio precario

Pero por mucha juerga y milonga que hubo, nada se resolvió en el país. Los problemas eran profundos e insalvables en el periodo tan breve que existió el imperio (que no duró ni un año). El erario estaba seco, y el poco oro existente se dilapidó en buena parte en los festejos, motivo de descontento que erosionó aún más la paciencia de la gente. Además, un territorio tan enorme no se podía dominar tan fácilmente; pues el que abarcó el imperio de Iturbide fue de enormes dimensiones, por la anexión de Centroamérica, extendiéndose desde California hasta la frontera con Panamá.

Con todo, y a pesar de la fortísima oleada en su contra, en la ciudad de México se decretó el 9 de septiembre de 1822 que debía hacerse la jura de la población al emperador. Se efectuaría de la forma en que se hacía con el monarca español, lo que nos devuelve al tema de la reproducción de las antiguas costumbres españolas. La jura se verificó en todo el amplio territorio del imperio mexicano, en unos lugares mucho más efusivamente que en otros, pero en todos cumpliéndose con la instrucción llegada del centro.

En la ciudad de México, último rescoldo iturbidista, probablemente por su presencia real, la jura se efectuaría el 24 de enero de 1823, cuando había mayor efervescencia política. Ahí se mostró la firmeza del respaldo al monarca por parte de las autoridades, ya que en medio de la precariedad económica y la crisis política generalizada, prefirieron ganarse la desaprobación de la ciudadanía a dejar que la ceremonia careciera de esplendor. A los inquilinos del Parián les exigieron seis meses de adelanto de sus rentas, e impusieron a las fincas donativos del 3% de la producción y se pretendió también pedir al gobierno imperial de 25 000 a 30 000 pesos, pero Iturbide estuvo en desacuerdo. Se optó entonces por buscar préstamos personales de comerciantes adinerados, quienes se negaron rotundamente. Al final se juntaron sólo 6 474 pesos, por lo cual se cancelaron los fuegos artificiales y los bailes, y se recurrió al superintendente de

la Casa de Moneda para conseguir el metal con que se acuñarían las medallas conmemorativas que se obsequiaron.

Poco después de las juras, en febrero, el Acta de Casa Mata daba el último empellón al barranco al gobierno del militar que había dado la libertad a su patria. Hasta sus más allegados (desde los más fieles como José Antonio Echávarri y el Marqués de Vivanco), se sumaron a las fuerzas antiabsolutistas que buscaban restituir al Congreso, disuelto en octubre del año anterior por el emperador. En este periodo, y más claramente que nunca, se vio la pésima virtud de político y estadista de Iturbide. Lorenzo de Zavala, entonces diputado y su enemigo, declaró que si el monarca hubiera desechado al Congreso opositor convocando a uno enteramente nuevo, sin designar él mismo a los miembros de una junta sustituta, la opinión pública no se hubieran inclinado definitivamente en su contra.

Al final, puede verse que lograda la independencia, muy lejos de haberse consumado una revolución política, lo que se hizo fue realizar una independencia de España relativamente ambigua, pues al llamar a uno de los Borbones a gobernar y mantenerse en esencia los ritos hispánicos, se dejó ver que la identidad mexicana estaba apenas formándose y en ese momento los ciudadanos del nuevo imperio tenían muy arraigada todavía la afinidad con la metrópoli.

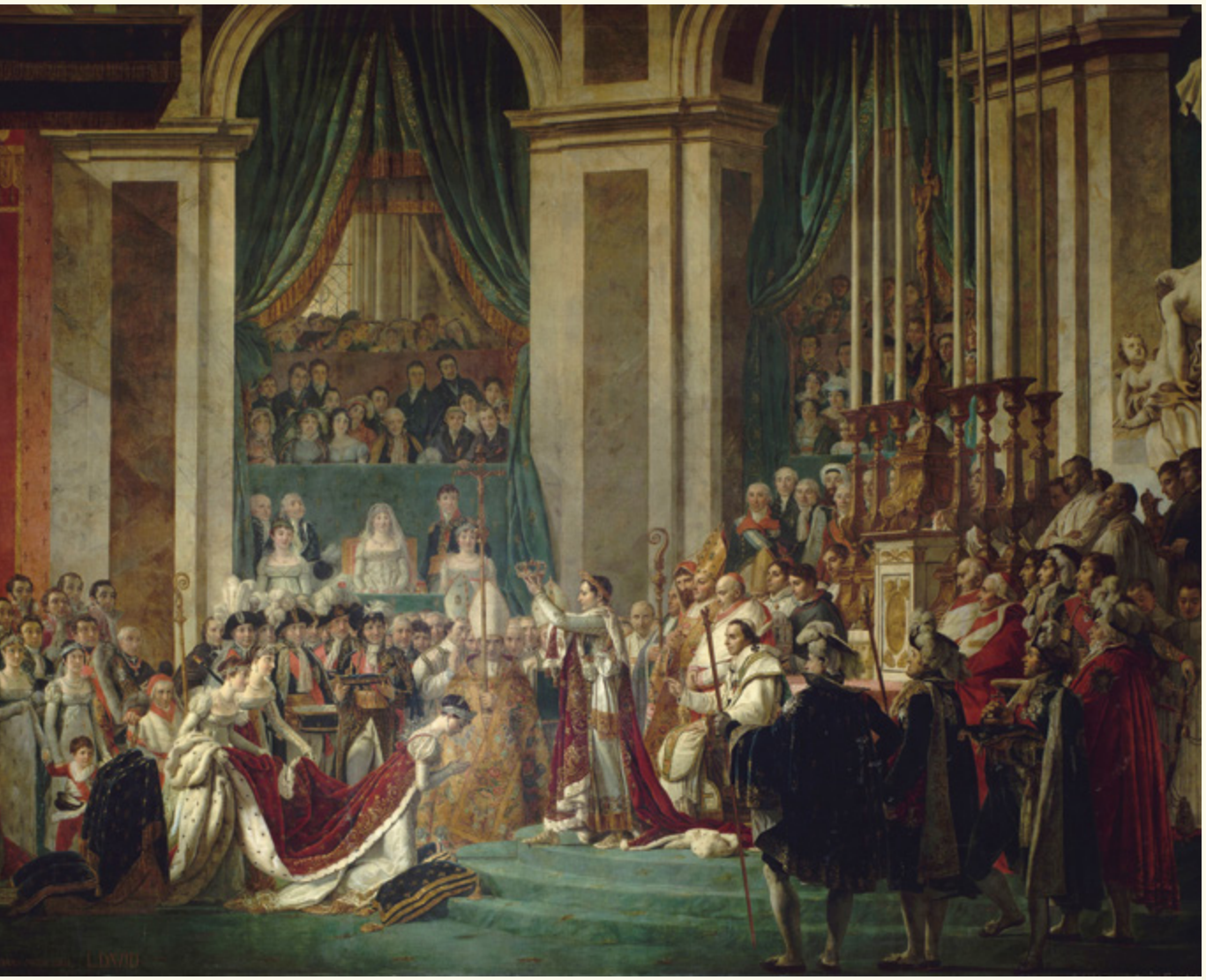
En suma, podemos concluir que esta fiesta cívica, emanada del poder político, en este caso imperial, buscó, por medio del recurso histórico, la legitimación de emperador.

Se veló también por la identidad nacional, en gestación, conmemorando la hazaña fundadora, en una etapa de *desdivinización* del poder, destacando virtudes personales, mundanas y humanas, que se posaron en la figura de Iturbide. Pero, *sostenido por alfileres* en su legitimidad, y empeorado por los conflictos emanados de la dificultad de definir la residencia de la soberanía, reflejado en el choque de dos órganos que la deseaban para sí: el Congreso legislativo y el emperador ejecutivo, detonando la ruptura definitiva. Y así, el tener a todos los políticos de la época en su contra y haber cometido terribles errores políticos, la herencia política, histórica y social ha sido un estigma que tiene al libertador aún hoy fuera del panteón nacional y del sepulcro homenaje a los padres fundadores (el Ángel de la Independencia, pues Iturbide está en la Catedral metropolitana), esperando su tiempo para dejar la banca y tomar su lugar como héroe nacional.



▲ Jacques-Louis David. *Sacre de l'empereur Napoléon Ier et couronnement de l'impératrice Joséphine dans la cathédrale Notre-Dame de Paris, le 2 décembre 1804*. Wikimedia Commons.

Lograda la independencia, muy lejos de haberse consumado una revolución política, lo que se hizo fue realizar una independencia de España relativamente ambigua.



Para saber más:

—

Carbajal López, David, "Una liturgia de ruptura: el ceremonial de consagración y coronación de Agustín I", *Signos Históricos*, 2011, http://www.scielo.org.mx/pdf/sh/v13n25/v13n25a3.pdf

—

Hensel, Silke, "La Coronación de Agustín I. Un ritual ambiguo en la transición mexicana del Antiguo Régimen a la independencia", *Historia Mexicana*, 2012, http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_mediaT24RQES95EIH9UGQI273T24LKXEEH2.pdf

—

Vázquez Mantecón, María Del Carmen, "Las fiestas para el libertador y monarca de México Agustín de Iturbide, 1821-1823", *Estudios de Historia Moderna y Contemporáneas de México*, 2008, http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/revistas/moderna/vols/ehmc36/412.pdf

—

Hernández Márquez, Verónica, "*Las fiestas de la Independencia nacional en la ciudad de México. Su proceso de institucionalización de 1821–1887*", (Tesis de maestría), México, Facultad de Filosofía y Letras, unam, 2002. http://132.248.9.195/pdtestdf/0310019/Index.html

Rogelio Jiménez Marce
Universidad Iberoamericana - Puebla

XALAPA,

BLINDADA CONTRA EL CÓLERA



La prevención de las autoridades fue determinante para que una epidemia desatada entre 1833 y 1834, pudiera ser controlada y se evitara así la muerte masiva de sus pobladores. La clave en el éxito de las medidas de salubridad pública la tuvo el municipio que actuó con celeridad en colaboración con las autoridades militares de la época.



Parroquia de Jalapa (hoy Catedral). en *México a través de los siglos*, t. 3. Imprenta Espasa y Compañía editores, 1888. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.

El cólera morbus fue una de las enfermedades que mayor impacto tuvieron en el siglo XIX. Incubada en el continente asiático, se convirtió en una pandemia que recorrió el mundo durante 1832. En el caso de México, ingresó por dos caminos: los puertos de Tampico y Campeche, lugares desde los que se desplazaría al resto del país. En el caso particular de Xalapa, y a diferencia de otras ocasiones, la enfermedad llegó a esta población desde Puebla o Tlaxcala.

Este artículo busca mostrar las acciones que tomó el Ayuntamiento de Xalapa para evitar que el cólera morbus causara graves daños entre la población de la ciudad –en la década de 1830 era la cabecera del cantón del mismo nombre y contaba con una población de 10 628 habitantes–, y que consistieron en la promulgación de una serie de medidas tendientes a preservar la salubridad pública, aunque su decisión de cambiar la ubicación de los hospitales le generaría conflictos con las autoridades militares.



Antiguo puente en el camino a Jalapa en México a través de los siglos, t. 3. Imprenta Espasa y Compañía editores, 1888. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.

Amagos de epidemia

El gobernador de Veracruz, Antonio Guillet, comunicó al ayuntamiento de Xalapa, el 21 de enero de 1833, por medio del Jefe del Departamento, Francisco Díaz y Herrera, que había recibido una circular, firmada por el presidente Manuel Gómez Pedraza, en la que se decía que el cólera morbus había invadido el estado de Chiapas, motivo por el que ordenaba a la Junta de Sanidad que dictara las medidas necesarias para evitar su propagación. Aunque el cabildo obedeció estos mandatos, la enfermedad no hizo su aparición debido a que la noticia difundida por Gómez Pedraza era falsa. Sin embargo, evidenciaba el temor que se sentía ante la posibilidad de que la enfermedad se manifestara en suelo nacional.

PÁGINA ANTERIOR
Vista General de Jalapa, litografía, *ca.* 1867. Col. Particular (Ramón Aureliano, RAA).

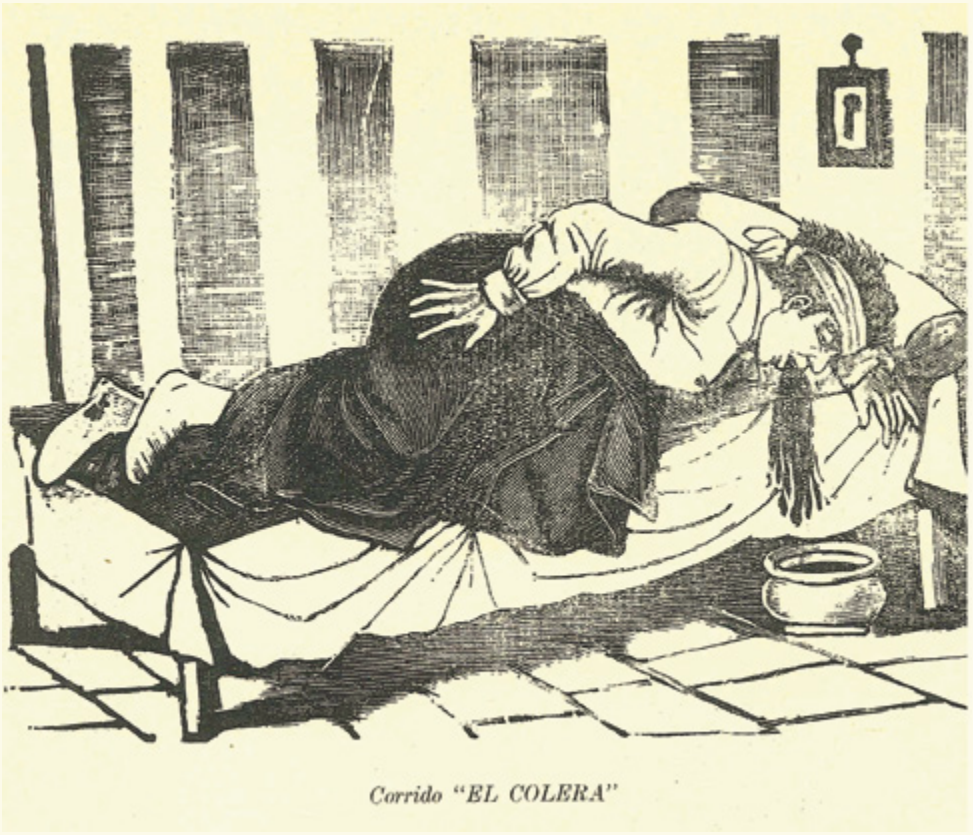
Ahora bien, como el 6 de marzo se recibieron informes de que Guatemala había sido atacada por la dolencia y se manifestaban algunos brotes en Comitán, Chiapas, la corporación determinó volver a realizar las acciones estipuladas en enero, advirtiendo que se pusiera especial atención en la vigilancia de la cárcel y los hospitales. En primer lugar se ordenó la limpieza y blanqueo de la cárcel, en tanto se solicitó que los dos hospitales que se encontraban en el centro de la población, el Militar y el de Caridad, fueran trasladados al edificio denominado Cuartel Chico. La disposición no fue bien recibida por el comandante Gregorio Gómez, de modo que para evitar confrontaciones el cabildo del municipio pidió que los hospitales se ubicaran en el denominado Cuartel Grande. La medida tuvo que esperar por dos razones: la falta de fondos y la estructura del inmueble.

Ante la urgencia, las autoridades municipales proclamaron un bando sobre medidas de policía para el aseo de calles y casas, y formó una comisión que tendría dos tareas: recorrer tiendas y panaderías para examinar la calidad de los alimentos y bebidas que se expendieran, así como vigilar la limpieza de las calles. Al mismo tiempo, se pidió a los médicos de Xalapa que propusieran un método curativo contra el cólera y evaluaran los que se habían formulado en otros lugares para saber si eran aplicables a la ciudad. Esta demanda resultaba explicable. De acuerdo con el historiador Manuel Rivera Cambas, nadie había podido señalar las razones por las que la enfermedad se producía, lo cual motivó la aparición de numerosos métodos curativos, pero sin resultados palpables.

Otras medidas preventivas propuestas por el cabildo fueron la prohibición de introducir a la ciudad ovejas, cabras y chivos, la formación de otra comisión para acelerar el traslado de los hospitales al Cuartel Chico y la organización de una suscripción pública para socorrer a los enfermos del cólera. También solicitó que el gobernador de Puebla enviara tres facultativos con experiencia en el tratamiento de la enfermedad y la prohibición de demostraciones públicas de dolor. Pidió que los sacerdotes estuvieran disponibles cuando se les requiriese, integrar una tercera comisión que visitara las boticas para evitar alteraciones en el precio de las medicinas y el otorgamiento de facultades extraordinarias al Ayuntamiento en cuanto se manifestara la enfermedad.

El 28 de agosto fue aprobado un segundo bando de policía que mostraba, en once puntos, cuáles eran las acciones que debían realizar los vecinos y los castigos que se les aplicarían en caso de desobediencia. Resulta interesante mencionar que en el bando no se tomaron en cuenta algunas disposiciones sugeridas por el jefe del Departamento, entre las que se encontraban la destrucción de los basureros, el nombramiento de un ayudante del regidor jefe de cuartel y la reunión de una comisión más, que evitara la especulación de los alimentos. Otra de las medidas propuestas era el establecimiento de un lazareto, pero a causa de los problemas económicos fue preciso solicitar ayuda pecuniaria al gobernador del Estado, quien contestó que no podía extender ésta a título personal sino que debía solicitarse un préstamo de las arcas de la entidad. El cabildo solicitó un empréstito de 3 000 pesos, que se autorizó pero por 1 500, los cuales serían entregados por el administrador de la aduana y manejados por el vicegobernador Javier Echeverría.

El 6 de septiembre, el ayuntamiento recibió de la junta de facultativos formada por José María Pérez, Joaquín García, Jorge Ojeda, José



José Guadalupe Posada. Corrido "*El Cólera*". Col. RAA.

María de Molina, Manuel Ortiz, José Manuel Camargo y Juan B. de Orduña y Bonilla, el método curativo que, según pensaban, era el más adecuado para aplicarse a las condiciones de la ciudad. Consideraban que su método tenía tal sencillez que podía ser puesto en práctica por cualquier vecino de *regular razón,* por lo que fue impreso y distribuido en Xalapa y los pueblos del cantón.

A pesar de las previsiones tomadas, los primeros casos de cólera se manifestaron entre el 6 y el 10 de septiembre. Ante la carencia de camas en los hospitales, se solicitó al comandante militar que cediera las que no se ocupaban en el Hospital Militar, petición que fue aprobada y significó el préstamo de 686 camas con sus respectivos utensilios. Los munícipes también pidieron que el regidor jefe de cuartel nombrara a dos vecinos, a fin de que lo ayudaran a llevar un censo de los enfermos que requirieran alimentos y medicinas. Determinaron también que sólo se recibiría en los hospitales a aquellos que no pudieran ser atendidos en sus hogares. En el caso de las medicinas, serían surtidas en la botica de Joaquín Ruiz, a quien se entregaría, al igual que al vicegobernador, una relación de firmas de las personas que podrían autorizar las recetas.

En efecto, para dar acceso a las medicinas, los galenos debían especificar que el paciente era pobre y las recetas contar con las firmas que lo autorizaran, es decir, la del facultativo que lo atendió, la del jefe de cuartel y la del comisionado. Sólo en casos de gravedad se entregarían sin que se cumplieran todos los requisitos, aunque debía especificarse el nombre



de la persona, su estado social y el cuartel en el que residía. Se acordó, además, que habría un médico por cada uno de los ocho cuarteles en que estaba dividida la ciudad, y que si éste se ausentaba, los demás tendrían que atender a quien lo solicitara.

Refuerzos preventivos

A finales de septiembre, las autoridades municipales hicieron un balance de la situación y concluyeron que no habían logrado detener la propagación de la enfermedad, por lo que determinaron poner en práctica otras medidas, tales como establecer un depósito de cadáveres en el cuartel de San José, pedir que los muertos se enterraran a mayor profundidad, cubrirlos de cal, limitar la organización de funerales y erigir un cementerio provisional. De lo anterior, no se conseguiría cumplir con la instalación del depósito de cadáveres y tampoco el terreno para el cementerio provisional.

En los primeros días de noviembre se advirtió una disminución en el número de infectados por el cólera, situación que propició que el gobierno del Estado solicitara al ayuntamiento tres informes: el primero, debía mencionar el número de enfermos y muertos durante la epidemia; el segundo, consignar los *ramos de la riqueza pública* que resultaron afectados; y el tercero, proponer soluciones a la situación en que se encontraba la ciudad. De acuerdo con los datos recopilados por los regidores jefes de cuartel, 853 personas sufrieron la enfermedad, de las cuales 162 fallecieron. A esta cantidad se debían agregar los enfermos atendidos por los médicos, lo que daba un total de 1 204 enfermos y 177 muertos, cifras que evidenciaban que el 14% de los contagiados había fallecido. Respecto a la población total de la ciudad, las cifras muestran que 11% se infectó y 0.016% murió por esa causa.

Tras el fin de la contingencia médica, el ayuntamiento recibió una nota en que los médicos Jorge Ojeda, Manuel Ortiz, José María Molina y Manuel Camargo solicitaban el pago de los servicios que prestaron. Los regidores reconocieron que se les había prometido una paga por su auxilio, pero dijeron que las arcas del municipio carecían de fondos pues en octubre habían tenido que pagar 772 pesos por gastos de los hospitales.

Concluido el problema de salud, el municipio decidió retomar el asunto del lugar en el que se debían ubicar los hospitales, derivado del hecho de que la jefatura militar había trasladado su nosocomio al edificio denominado Cuartel Grande, donde se encontraba antes de ocurrir la epidemia.

El 14% de los contagiados había fallecido. Respecto a la población total de la ciudad, las cifras muestran que 11% se infectó y 0.016 murió por la enfermedad.

El movimiento lo había realizado sin pedir autorización de la corporación, motivo por el que se formó una comisión que evaluara el cambio y explicase al Jefe del Departamento de Veracruz, el teniente coronel José Antonio Guzmán, lo perjudicial de la medida pues, según se dijo, descubrieron algunos casos de cólera después de que el hospital militar se reinstalara en el centro de la ciudad. Guzmán indicó que tenía órdenes de desocupar el cuartel de San José, un edificio que usaban los militares, lo cual lo obligó a ubicar el hospital militar en un edificio del centro de la ciudad y solicitó al cabildo que eligiera el punto más adecuado para instalarlo.

"Le Choléra", *Le petit journal, supplément ilustré*. Wikimedia Commons.



Constantino Pedro Chaves da Motta. *Cólera Morbus, ca.* 1857. Wikimedia Commons

Tras discutir el asunto, acordaron que ambos hospitales, tanto el militar como el de Caridad, se ubicaran en el Cuartel Grande. Sin embargo, el teniente coronel no autorizó el traslado, sino que ordenó que el de hospital de Caridad abandonara el espacio que ocupó durante la epidemia en el cuartel de San José.

La decisión no fue del agrado del cabildo. Argumentó que el acuerdo establecía que el municipio determinaría el mejor lugar para ubicar a los hospitales y las nuevas órdenes sólo contribuían a poner en peligro la salud de la población, motivo por el que pedían que se les entregara el Cuartel Grande para emplazar los hospitales militar y de Caridad. Ante los dimes y diretes que se generaron, el gobernador informó que ya desde el 1 de mayo de 1809, el virrey Pedro de Garibay había entregado esta instalación al municipio.

Brote

En los primeros días de enero de 1834 se presentaron varios casos de cólera en la ciudad, por ejemplo en la congregación del molino de San Roque, aunque para el día 17 se informó que el número de contagiados había disminuido. A principios de junio localizaron algunos enfermos en Coatepec, motivo por el cual el cabildo solicitó que la Junta de Sanidad le remitiera datos al respecto, además de que ordenó cuidar el aseo de la ciudad y evitar la venta de frutas *inmaduras* y *podrida*s. La junta notificó que no había casos de cólera en Coatepec sino unas irritaciones gástricas agudas, mismas que se complicaron a causa del *abandono o desorden* en que vivían los pobladores, quienes además utilizaban medicinas inadecuadas que, en la mayor parte de los casos, agravaron los síntomas o la muerte. Para impedir el progreso del cólera, sugerían que se prohibiera la venta de medicinas que no fueran expedidas por médicos autorizados.

La Junta de Sanidad declaró el 1 de julio que no había indicios de cólera en Xalapa, pero no por ello se relajaron las medidas, sino que se estableció, entre otras cosas, que la población se abstuviera de tomar *licores espirituosos*, observara moderación en la comida, aseara sus habitaciones y personas, no se vendiesen frutas *inmaduras* o *podridas*, y se evitara que

los cadáveres permanecieran en las casas. Asimismo, fue formada una comisión que debía recolectar dinero para auxiliar con medicinas a los enfermos pobres.

Para el 11 de agosto, el encargado de hospitales informó al ayuntamiento que entre mayo y julio fueron recibidos en el hospital doce contagiados de hombres, de los cuales murieron ocho; y 17 en el de mujeres, donde fallecieron siete. Estas cifras difieren de otro informe entregado al cabildo en el que se mencionaba que en el mismo período enfermaron diez hombres, cuatro de los cuales fallecieron, y de las diez mujeres enfermas, todas perdieron la vida. En esa fecha, sin embargo, el nuevo brote de cólera había desaparecido totalmente.

Como se puede advertir, la epidemia de cólera morbus de 1833-1834 mostró la intensa actividad de las autoridades municipales para evitar que se propagase en la ciudad y causara un número importante de muertes, como sucedió en otros puntos de la república.

Los conflictos que existían entre el cabildo y la jefatura militar, a causa de la posesión del Cuartel Grande, no influyeron para que en su momento no actuaran de manera conjunta en la erradicación de la enfermedad y en su caso se hiciera un préstamo de diversos materiales para acondicionar los hospitales dependientes del municipio. Aunque el cólera se manifestó en dos ocasiones en Xalapa y sus alrededores, el número de muertos fue limitado, lo que ayudó a que la ciudad no sufriera graves trastornos. Sin embargo, y como consecuencia de la enfermedad, el enfrentamiento entre las autoridades militares y civiles respecto a la posesión del Cuartel Grande, apenas se resolvería a favor del ayuntamiento hacia los últimos años del siglo XIX.

Se estableció que la población se abstuviera de tomar licores espirituosos, observara moderación en la comida, aseara sus habitaciones y personas, no se vendiesen frutas inmaduras o podridas, y se evitara que los cadáveres permanecieran en las casas.



Palacio municipal de Jalapa en *Historia antigua y moderna de Jalapa, México,* Imprenta de I. Cumplido, 1869. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

Para saber más:

Alcalá Ferráez, Carlos, *Cólera: mortalidad y propagación en la península de Yucatán, 1833-1834*, Letras Históricas, 2012-2013, http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/pperiod/Lhistoricas/pdfs/vol7/e5.pdf

Carbajal López, David, *La epidemia del cólera de 1833-1834 en el Obispado de Guadalajara. Rutas de contagio y mortalidad*, Historia Mexicana, 2011. http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/

Cuenya Mateos, Miguel Ángel, *El cólera morbus en una ciudad de la provincia mexicana. Puebla de los Ángeles en 1833*, Nuevo Mundo Mundos Nuevos, 2006, http://nuevomundo.revues.org/3103

Zavala Ramírez, María Del Carmen, *El cólera en Michoacán y la federalización de las políticas sanitarias en el siglo XIX*, Tintzun. Revista de Estudios Históricos, 2007, http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=89804602

Juan Mora-Torres
Universidad DePaul, Chicago



LA INSPIRACIÓN DEL 5 DE MAYO PARA LOS MIGRANTES

La gesta contra el imperio francés ha sido desde 1862 una fecha para afianzar el orgullo de los mexicanos en Estados Unidos. Una referencia histórica que los estimula ante la discriminación, el racismo, la explotación laboral o la persecución de los indocumentados.

Es un hecho muy conocido que, salvo en el estado de Puebla, el 5 de Mayo se celebra más en Estados Unidos que en México. A pesar de ello, no sabemos mucho acerca de cómo esta fecha se convirtió en una celebración popular estadunidense. Gracias a la reciente investigación de David Hayes-Bautista, autor de *5 de Mayo: An American Tradition,* podemos rastrear ahora los orígenes históricos de esta conmemoración en Estados Unidos.



General Ignacio Zaragoza, litografía, en *Biografías de personajes del periodo independiente*, México, Imprenta de Carlos Paz, 1910. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

La noticia de la victoria militar mexicana del 5 de Mayo de 1862 sobre los invasores franceses llegó a California tres semanas más tarde. Prontamente después de que la batalla finalizara, se envió un despacho con el mensaje del acontecimiento en diligencia hacia Acapulco, y de ahí por barco a San Francisco. La prensa mexicana en esa ciudad, en especial *La Voz de Méjico,* imprimió de inmediato la información completa con los titulares *Viva Méjico*, *Viva la Independencia*, *Vivan los valientes soldados mejicanos*, y *Viva el heroico general Ignacio Zaragoza y sus compañeros*.Los periódicos distribuyeron rápidamente el despacho en las docenas de minas, pueblos y ranchos con habitantes mexicanos y latinoamericanos (muchos habían llegado a California durante la fiebre del oro, sobre todo de Chile, Perú y Colombia).

La noticia alegró mucho a los mexicanos. Un trabajador de la mina de Columbia escribió a *La Voz de Méjico*, después de leer el aviso: H*emos celebrado con disparos de salvas y fiestas en las que brindamos por México y entonamos canciones patrióticas*. A un mes de la batalla de Puebla, los mexicanos de California y Nevada ya sabían del acontecimiento. Poco después recaudaron *más de 1,*200 dólares para el gobierno de Benito Juárez.

El episodio de la batalla de Puebla, conocido también como 5 de Mayo, se convirtió en un símbolo que unió a los 30 000 o 40 000 mexicanos y latinoamericanos de California, población que estaba dispersa por todo el estado. Se congregaron alrededor del estandarte de Juárez, de la Constitución de 1857 y en contra de los imperialistas franceses. La ocupación los unió por primera vez, lo cual quedó demostrado en 1867 por la instalación de las Juntas Patrióticas Mexicanas, una organización estatal con 127 filiales. Más de 14 000 mexicanos y latinoamericanos donaron dinero para el abatido gobierno juarista.

PÁGINA ANTERIOR
Juan Mora-Torres. *Desfile del Cinco de Mayo*, Chicago, [s. f.]

San Francisco celebró en California en 1863 el primer aniversario del 5 de Mayo y lo siguieron muchos más en los años siguientes. En la mina de mercurio de Nueva Almadén, cerca del pueblo de San José, los mineros mexicanos iniciaron la celebración de 1864 con un saludo de disparo de cañón, seguido por un desfile militar encabezado por mineros vestidos con el uniforme del ejército mexicano y cargando los retratos de Juárez y del general Ignacio Zaragoza, el h*é*roe de la batalla de Puebla (Zaragoza nació en Bahía del Espíritu Santo, Tejas, que más tarde se llamó Goliad, Texas). A continuación hubo discursos patriotas, incluyendo el de un niño de nueve años. El festejo terminó con un fandango y una corrida de toros.

TODAS LAS IMÁGENES
Juan Mora-Torres. *Desfile del Cinco de Mayo*, Chicago, [s. f.]







El episodio de la batalla de Puebla se convirtió en un símbolo que unió a los 30 000 o 40 000 mexicanos y latinoamericanos de California, población que estaba dispersa por todo el estado.



En la década de 1860, el 5 de Mayo congregó a los mexicanos de Alta California en defensa de su nación. Un siglo después, los jóvenes chicanos le encontraron otros motivos.





TODAS LAS IMÁGENES
Juan Mora-Torres. *Desfile del Cinco de Mayo*, Chicago, [s. f.]

¿Cómo expresaron los mexicanos de Alta California su solidaridad con el asediado gobierno de Juárez? Tal cual se mencionó, recaudaron miles de pesos. Asimismo, realizaron boicots en contra de negocios franceses en San Francisco. *La Voz de Méjico* recibió cartas de toda Alta California de mexicanos que buscaban información sobre cómo podrían convertirse en voluntarios en el ejército. Algunos se enlistaron en las tropas juaristas. El caso más famoso fue el de Mariano Vallejo, un conocido ranchero californiano (la actual ciudad de Vallejo alguna vez fue parte de sus propiedades). Uno de los hijos de Vallejo, Platón, estuvo en el ejército estadunidense durante la Guerra Civil, y otro, Ulasdilao, combatió contra los franceses en México. Además de apoyar al gobierno de Juárez, los mexicanos y los latinoamericanos respaldaron abrumadoramente al gobierno de Abraham Lincoln y muchos incluso se enlistaron en el ejército de la Unión.



Celebración del Cinco de Mayo en la casa Blanca, Washington, EUA, 2004. Wikimedia Commons.

Orgullo

La Voz de Méjico informó que la invasión a México, más que cualquier otro asunto candente de aquella época, incluyendo la guerra civil estadunidense, *despertó intensa emoción y pasión en el pecho de los mexicanos*. ¿Cómo se explicaba semejante entusiasmo y solidaridad con México? En primer lugar, ningún otro país tenía tantas dificultades como México para construir una nación después de su independencia.

Desde la década de 1860, el país al sur del río Bravo se había fragmentado en muchas patrias chicas, perdió más de la mitad de su territorio ante Estados Unidos, la economía se había derrumbado, las élites estaban divididas con diferentes proyectos políticos para la construcción de la nación (lo que llevó a una importante guerra civil, la guerra de Reforma), entre muchos otros problemas a los que ahora se añadía la invasión francesa. En la opinión pública mexicana prevalecía un sentimiento de derrota y fracaso, pues el país dejó de ser la joya de la corona del imperio español para convertirse en la nación más débil de América Latina.

Los mexicanos de California padecían también este sentimiento de derrota colectiva. Los antiguos californianos soportaban un despojo masivo de sus propiedades, un fenómeno que empezó inmediatamente después *de 1848*. Fue el caso de Pío Pico, un acaudalado ranchero mulato mestizo con muchas propiedades en el sur de California, quien había sido gobernador de Alta California cuando estaba bajo dominio mexicano. Murió en la miseria en 1894. Lo mismo ocurría con los inmigrantes mexicanos, sobre todo sonorenses, que llegaron en grandes cantidades muy poco después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848. Estuvieron

en el inicio de la fiebre del oro un año antes de que miles de *cuarenta y nueve* llegaran de muchas partes del mundo. Conocidos como *gambusinos*, estos mineros expertos tuvieron tanto éxito que despertaron la envidia de los que llegaron después. Los llamados *cuarenta y nueve* formaron pandillas que sacaron a muchos de los *cuarenta y ocho* sonorenses de las minas de oro. Superados en número por los recién llegados, estos sonorenses fueron reducidos a trabajadores comunes como resultado de leyes fiscales para extranjeros (destinadas a los *mexicanos*, nombre que se daba a todos los latinoamericanos), de las leyes para los *greasers* y de linchamientos (entre 1850 y 1862 más de 160 mexicanos y latinoamericanos fueron linchados).

Con este sentimiento duradero de derrota colectiva, el 5 de Mayo representó uno de esos raros momentos de orgullo por ser mexicanos. Este momento fue colectivo y llevó a la unificación de las comunidades mexicanas dispersas por California, en un movimiento orientado a la defensa de la nación que estaba al borde de ser consumida por los imperialistas franceses. Por consiguiente, el 5 de Mayo sirvió para proporcionar a los mexicanos de Alta California un intenso sentimiento de mexicanidad a pesar de la distancia con México. Con eso en mente, los reunió en la tarea urgente de ayudar y defender a *su* nación que estaba en peligro. Para ellos, el 5 de Mayo era un gran día para ser mexicanos y tal vez era la primera vez que se habían sentido así.

Espíritu de lucha

Desde las primeras conmemoraciones en Alta California, cada generación de mexicanos en Estados Unidos ha encontrado un significado en esta fecha. El discurso no ha cambiado (aproximadamente 4 000 mexicanos mal armados que derrotan a un ejército mayor considerado como el *mejor* del mundo), *sólo se ha modificado el* sentido del acontecimiento.

En la década de 1860, el 5 de Mayo congregó a los mexicanos de Alta California en defensa de su nación, cuya existencia misma estaba amenazada por los invasores franceses. Un siglo después, los jóvenes chicanos le encontraron otros motivos. Se conectaron históricamente con el ancestro *moreno* que derrotó a Goliat. Al encontrar inspiración en sus ancestros *indios y mestizos*, los jóvenes chicanos usaban el eslogan de *sí se puede* y *viva la causa* en sus batallas en contra de sus Goliat (trabajadores agrícolas contra productores agrícolas, trabajadores indocumentados contra la migra, jóvenes de barrio contra departamentos policiacos represivos, estudiantes contra distritos escolares y universidades racistas, etcétera).

El 5 de Mayo también les transmitió *ideas importantes que fueron centrales para el movimiento chicano, tales como* la autodeterminación (Aztlán) y el antimperialismo (el movimiento chicano en contra de la guerra de Vietnam). Siguiendo el camino de los mexicanos de Alta California que se agruparon para defender a México en contra de los franceses, los chicanos más militantes usaron el lema de *somos un pueblo sin frontera* como forma de conectar las luchas generales de todos los mexicanos.

En nuestra época, ¿podríamos extraer un nuevo significado del 5 de Mayo?

Traducción
Gabriela Montes de Oca Vega

Paulina Martínez Figueroa
El Colegio de México

LOS ESPACIOS DE HOSPEDAJE EN EL SIGLO XIX



En las largas travesías por los caminos de México, mesones, ventas y hoteles de diligencia reparaban el cansancio de los viajeros en el medio rural o urbano. Abundaban la sencillez y los descuidos en la limpieza. En algunos casos eran improvisados refugios. La habitación se compartía, y para dormir estaba el piso o una tabla.

En el camino hacia su desafortunada aventura como colono de Coatzacoalcos en los años treinta del siglo XIX, Mathieu de Fossey pudo ver la ciudad de Veracruz desde la ventana de la pequeña posada donde se alojaba: *Estaba sucia y hedionda la calle a donde caía la ventana de mi cuarto; y no descansaba la vista sino en montones de fango, de basura y de zopilotes; pero en compensación tenía también la de la mar, que se desarrollaba magnífica delante de mí, perdiéndose por el horizonte en el azul del cielo. Desde mi cama veía enfrente los primeros fuegos del sol naciente dorando las centelleantes oleadas; descubría el castillo, los barcos esparcidos allá y acullá por la rada, y las velas que asomaban a lo lejos.*

El sentir agridulce se advierte no sólo en su descripción del exterior, sino también del interior, pues su cuarto apenas contaba con dos sillas y un catre, aunque le proporcionó el descanso que necesitaba tras el largo viaje que acababa de concluir.

Como esta posada, que acogió a nuestro viajero en su paso por México, existieron otros lugares de hospedaje que tuvieron un lugar fundamental en el desarrollo de la cotidianidad durante el siglo XIX. Su importancia no sólo radicó en su función como refugio para caminantes y viajeros que realizaban estadías más o menos cortas en distintos sitios del país. También fueron lugares significativos para el intercambio de experiencias, de encuentro de



▲
Escalinata en un mesón de San Ángel en Mary Barton, *Impressions of México*, Imprenta de Methuen & Co., 1911. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.



▲ Detalle de una posada humilde en la cd. de México en el siglo XIX. Litografía de Decaen, en *La litografía en México en el siglo XIX.* Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

▶ "Trajes Mexicanos" (detalle) litografía de Casimiro Castro, en *La litografía en México en el siglo XIX.* Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.

compatriotas o de viajeros de distintas nacionalidades. Una población creciente de militares los utilizó casi como cuarteles. Se cuenta incluso que en algunos casos sirvieron de escenario para fraguar rebeliones y asonadas.

Sin embargo, como todo espacio público, con el paso del tiempo se transformó de acuerdo a las necesidades de los inquilinos, de los propios dueños, las disposiciones gubernamentales y el trajín de la vida diaria. De esta forma, encontramos que los mesones, posadas, casas de huéspedes, ventas y demás sitios de hospedaje reflejan esas transformaciones, incluso físicas, de sus instalaciones.

Mala fama

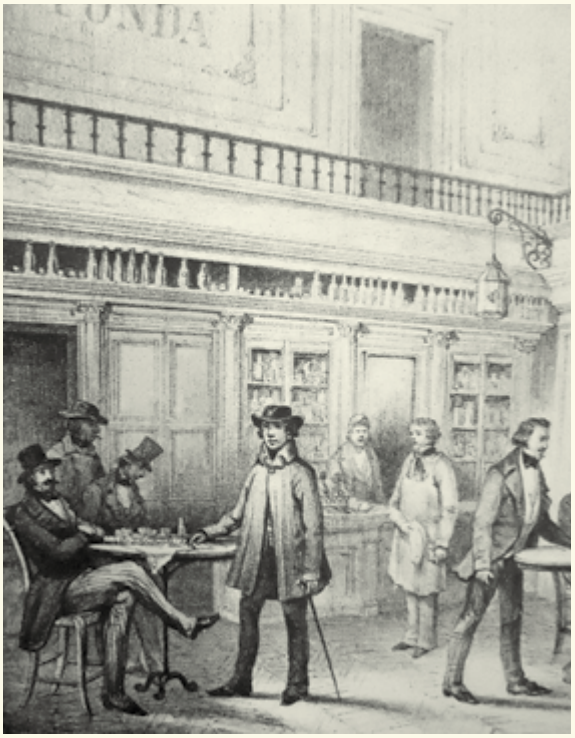
Los mesones o posadas, términos que se usaron como sinónimos a lo largo del siglo, estuvieron asociados con la tradición novohispana y, por ello, los viajeros mexicanos les atribuían cierta carga negativa y de relación con los viejos tiempos, por lo que eran renuentes a utilizarlos. Los extranjeros también llegaron a describirlos como sitios lúgubres, sucios, sin mobiliario y detallaron las noches de pesadilla que pasaron recostados en las tablas o en el piso de tierra.

Los mesones se ubicaron, en general, en las casas típicas y amplias de la época colonial. Las habitaciones en dos pisos, rodeaban un patio que servía para estacionar los coches o los animales de los huéspedes. Tenían una bodega en donde se guardaban los implementos necesarios para el aseo y alimentación de caballos y demás animales que acompañaban a los inquilinos. Algunos contaban con un edificio anexo, la cocina o fonda, que tenía salida a la calle y constituía









uno de los espacios más importantes de todo el local. También existía una habitación en la cual vivía el administrador. A pesar de que la pastura o el grano para los animales eran fundamentales, generalmente el viajero tenía que buscarlos en otros sitios pues en el mesón no existía un lugar especial que lo proveyera.

La descripción de William T. Penny nos muestra el movimiento y la diversidad que abundaba en aquellos sitios: *En cada pueblo el mesón se distingue de las demás casas* […] *por ser generalmente el edificio más grande, exceptuando la iglesia* […] *Es una construcción de planta cuadrada que contiene por dentro el patio central que se halla completamente ocupado de carruajes, literas, caballos, mulas y hombres de todas las clases; sólo tiene planta baja y todas las habitaciones dan a ese patio. La entrada se hace bajo un pasaje abovedado que se cierra durante la noche* […] *a un lado de la entrada, bajo el arco, encontramos por lo general la cocina y, opuesto a ella, la tienda o almacén de toda suerte de cosas. Ambos compartimientos son de grandísima importancia para el mesón; sin embargo frecuentemente encontramos el primero sin cocinero y el último con anaqueles vacíos.*

Las descripciones que quedan de estas casas y sus cuartos señalan la carencia de ventanas y que sólo entraba luz cuando se abría la puerta. Tampoco tenían muebles, ni siquiera camas o lugares donde recostarse. Algunos ostentaban una o dos sillas y alguna mesa, y era común que las habitaciones fueran compartidas por varias personas, aunque no se conocieran.

A pesar de ello, las puertas y escasas ventanas de los mesones sirvieron a viajeros de todas nacionalidades para observar la vida mexicana: mujeres vendiendo comida, mozos de cordel, carruajes y otros peculiares medios de transporte, cargadores y demás población del lugar. Lucien Biart, en *La tierra templada,* escribió: *Encendido mi cigarro, fui a reunirme, junto al ancho portón de la entrada con los viajeros de toda especie alojados en el hotel. Singular espectáculo el de las calles mexicanas, en que cada transeúnte, por su traje o por sus maneras, excita la curiosidad del extranjero, que se siente verdaderamente transportado a otro mundo.*

Los mesones o posadas no siempre fueron lugares fijos o construcciones formales de ladrillo, piedra y argamasa. Muchas veces se tuvieron que improvisar establecimientos temporales debido a su escasez o a la realización de festividades que exigían grandes espacios para alojar a los visitantes. Algunos extranjeros atestiguaron la existencia de estos *hangares cubiertos de hojas o juncos y cerrados como si fueran una gran jaula con pedazos de madera separados los unos de los otros para que desde afuera pudiera verse lo que pasaba adentro.*

Gracias a su aguda visión de la sociedad mexicana, sus costumbres y sus rituales cotidianos, la pluma de Manuel Payno nos dejó una rica descripción de la feria de San Juan de los Lagos, una de las más concurridas en todo el país, y en la que se improvisaban alojamientos para los asistentes: *Los hoteles eran de lo más originales y cómicos. Un gran cobertizo formando una galería de cincuenta u ochenta varas de largo por seis u ocho de ancho. Las divisiones entre cuarto y cuarto consistían en una cortina de manta ordinaria por cuyo tejido, sin necesidad de hacer un agujero, se podía ver lo que pasaba en la casa del vecino. Los muebles consistían en un catre de tijera, con o sin colchón, una pequeña mesa de madera y dos sillas, un candelero y un cacharro de barro, para lo que pudiera ofrecerse a la media noche* […] *Cada uno de estos cuartos valía por una noche cuatro pesos, y tomándolos por la temporada, tres pesos diarios, por supuesto, sin asistencia ni comida.*

◀ "Forma de Viajar en Yucatán" en *Viaje pintoresco y arqueológico en la provincia de Yucatán,* París, Imprenta de Bellizard Dufour y cía, 1836.

◀◀ Entrada a vivienda en México, s. XIX, en William Henry Bishop, *Old México an her provinces,* 1883. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.

◀ Vista del interior del Café del Progreso, centro de reunión elegante a mediados del siglo XIX, en La litografía en México en el siglo XIX. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

Casas y ventas

Un tipo de hospedaje importante durante la época y establecido desde los años treinta fueron las llamadas casas u hoteles de diligencia, negocio ideado y desarrollado por don Anselmo Zurutuza, según cuenta Guillermo Prieto. Todos aquellos que utilizaban las diligencias, guayines y bombés de don Anselmo tenían la posibilidad de hospedarse en ciertas casas que él mismo adaptó para el servicio. Aparentemente tenía contactos en numerosas ciudades que le permitieron armar una red de establecimientos. Por testimonios, sobre todo de usuarios mexicanos, se sabe que el servicio era bueno. En algunos casos, se adaptaron casas que no fueron construidas como mesones y algunos edificios en desuso. En otros, se establecía un trato con el dueño de una posada ya establecida, a fin de que permitiera utilizar parte de su edificio como alojamiento para viajantes. Sin embargo, no todos los caminos de la república contaban con este tipo de alojamientos. Se los encontraba entre Veracruz y México, de México a Querétaro y entre Guanajuato y Lagos. También se menciona el servicio hasta Zacatecas. En el resto de los caminos funcionaban las ventas y mesones tradicionales.

Estos espacios albergaron al mismo tiempo dos conceptos distintos de alojamiento y de tradiciones diferentes. El mismo Prieto, cuando habla de la reconocida hacienda de Arroyozarco, indica: […] *los altos habían cobrado el carácter de Hotel del Diligencias, merced al genio emprendedor de don Anselmo Zurutuza* […] *pero la parte baja, la del común de mártires, era el mesón del tiempo virreinal, con su tizne y su grasa, sus criados ladinos y su figón lleno de humo, estorbado por perros cazcarrientos y animado por maritornes mugrosas, mechudas y de fisonomías que con sólo mirarlas ahuyentaba el hambre… y el hombre.*

Otro importante espacio de alojamiento durante la época fueron las ventas. Si bien los mesones y posadas se relacionaron con el entorno urbano, las ventas fueron los refugios que recibieron a los viajeros en los despoblados, en los caminos. Los trayectos de un poblado a otro solían ser largos y los caminos bastante malos. Resultaba una tortura, tanto para viajeros como para aurigas, pasar muchas horas continuadas en los distintos tipos de transporte. Es probable que caballos y mulas resistieran más, pero ellos también necesitaban descanso y alimentos para no morir en el trayecto, cosa que sucedía a menudo.

Bandidos asediaban los caminos por lo cual las ventas, además de servir como refugio, interrumpían las enormes distancias entre los pueblos, trayectos en los que estos asaltantes actuaban con facilidad.

Por otro lado estaba la cuestión de la inseguridad. Los caminos eran asediados por bandidos y muchos viajeros fueron despojados de sus pertenencias durante sus traslados. Las ventas, además de servir como refugio, interrumpían las enormes distancias entre un pueblo y otro, trayectos en los que estas bandas podían actuar con más facilidad. Sin embargo, se corrió el rumor de que algunos administradores eran cómplices de los delincuentes y participaban en los asaltos a los viajeros, de modo que algunas ventas con mala fama eran eludidas durante los recorridos.

Totolapan, Córdoba, cerca de Río Frío, pero sobre todo, Arroyo Zarco, en el camino



◀ Bandidos de camino en el siglo XIX en *La litografía en México en el siglo XIX*. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.



▼ Hacienda "La Sorpresa" en Mitla, Oaxaca en Reau Cambell, *Complete Guide and descriptive book of México*, 1907. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.



▼ Asalto a diligencia, en Manuel Payno, *El Fistol del Diablo*, México, Imprenta J.F. Parres, 1890. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.



Patio de una casa del siglo XVII en la calle de la Academia. Col. Particular Paulina Martínez.

de México a Querétaro, fueron las ventas más conocidas. Por lo general eran grandes haciendas con vastos terrenos y acceso a agua –cerca de los llamados caminos reales–, de amplios establos y caballerizas, y con sembradíos o árboles frutales que la abastecían de manera regular. El paso de la guerra de independencia dejó consecuencias en estas construcciones, como Joel R. Poinsett atestiguó a su paso por el lugar: *A las cinco llegamos a la posada de Arroyo Zarco, que es una gran hacienda. El lugar estaba en ruinas, pues lo incendiaron durante las luchas revolucionarias, y encontramos que las pocas piezas que habían quedado estaban ocupadas por viajeros.*

Con el tiempo, la hacienda rehabilitó los espacios y, como vimos líneas arriba, un hotel de diligencia ocupó la parte alta del edificio. Sin embargo, aparentemente nunca recuperó su esplendor. El vasto edificio, situado *casi a la entrada de las fértiles llanuras del Bajío, fue descrito por Luis Bellemare como un amplio patio cuadrado con pórticos de piedra parecidos a las de un convento viene a ser como el vestíbulo; los cuartos de los viajeros se hallan debajo de las galerías. Más adentro hay otros dos o tres patios con cuadras bastante espaciosas para alojar cómodamente un regimiento de caballería* […]

Una vez más, los observadores mexicanos notaron su extenso y cuadrado patio, sus amplios portales o la entrada a las caballerizas, y percibieron también la *clasificación perfecta* que existía en la distribución de los espacios habitables y de los inquilinos: El



Patio de la casa del marqués de Jaral de Berrio cuando era el Hotel Iturbide. Col. Particular Paulina Martínez.

portal es propiedad de los arrieros y viandantes pedestres y de escasa fortuna; los cuartos reciben a los transeúntes de caballería y a los que atraviesan en apoplético bombés; y la parte superior, aérea y elegante, para los que se anuncian al chasquido del látigo y al rápido rodar de la diligencia […] Para un observador, la gradación apenas bosquejada podía presentar tres fases curiosas de nuestra civilización, desde el *alter ego* del pollino hasta la caricatura del gentleman, o del *lion* parisiense".

También llamó la atención de los viandantes el extraordinario movimiento y coordinación con que se iniciaban las jornadas, cargando los convoyes de mulas, alimentando a los animales, reparando albardas o curando a los animales heridos; los arrieros con su desayuno de atole y tasajo y finalmente la partida: los pasos precipitados del caballo, hombres y mujeres montados, y la larga fila de animales que reiniciaba la marcha.

De esta forma, el espacio de la venta se relacionó mucho más con el campo, lo rural, los caminos, y siempre se consideró como una suerte de oasis tras las inciertas y agotadoras jornadas que experimentaban los viajeros: *¿Más que cansancio del cuerpo se siente uno cansado espiritualmente ante el incesante cambio que un viaje como el realizado ofrece, y ante los constantes matices y colores que a galope parecen desfilar ante nosotros, tal como si fueran nuevos cuadros de una gran linterna mágica*, atestiguó Carlos Guillermo Koppe.

Hoteles en la ciudad

El último espacio de hospedaje del que hablaremos en esta ocasión son los hoteles, concepto que apareció en México de manera un tanto tardía y siempre estuvo más relacionado con las *grandes ciudades*, las clases altas y cierta idea del lujo que se comenzó a difundir durante aquellos años, concepto que ya iba de la mano con los de modernidad y civilización de finales del siglo XIX.

Los viajeros extranjeros fueron los que emplearon más el término, sin embargo, por lo general usaron las palabras mesón, posada y hotel como sinónimo. En las crónicas mexicanas, los hoteles aparecen poco y lo hacen para designar un establecimiento distinto al mesón o posada tradicional de raigambre colonial, un lugar con un tipo de servicio diferente y en el cual la idea de comodidad ya se encuentra mucho más presente.

El ejemplo de hotel por excelencia en el México decimonónico lo ofrece La Gran Sociedad, que se encontraba en la esquina de la calle del Espíritu Santo, *extendiéndose hasta la calle del coliseo en la ciudad de México*. Al correr el tiempo, pasó de ser llamado *la gran suciedad*, al sitio al que la gente de clase alta acudía tanto a hospedarse, como a comer, jugar billar o tomar un helado.

Hay datos que indican que el negocio era de un francés, otros que de un mexicano, don Diego Ramón Somera. Lo constante son referencias a las secciones en que estaba dividido: café, billares, nevería y hospedaje. También se indica que, en esta última sección, se contaba con la particularidad de tener colchones, *útil desconocido en mesones y posadas comunes*.

El término hotel, además de incluir cuestiones relativas a la comodidad, subrayaba las referentes a la higiene. Recordaremos para ello a don Anselmo Zurutuza que en sus Casas de Diligencia –llamados posteriormente Hoteles de Diligencia–, arregló cuartos y dispuso fondas, dio a conocer *espejos y lavamanos, baños e inodoros, llevando su celo al extremo de dictar un reglamento para el aseo de los concurrentes; atenciones para las señoras y decencia y compostura en la mesa del comedor*. Es interesante notar que en ninguna de las descripciones de mesones, ventas o posadas aparece la idea moderna de un cuarto de baño.

Pero regresemos al ámbito capitalino. La Gran Sociedad se convirtió en el lugar en que se daba cita la gente más acomodada: *comerciantes, ricos, empleados de categoría, jefes del ejército, hacendados ociosos, tahúres de renombre, que se mezclaban sin escrúpulo con cómicos y danzantes; caballeros de industria y niños de casa grande, como se les llamaba, holgazanes y prostituidos* […]

El espacio entonces se modificó, diversificó y adaptó a un nuevo tipo de público. Se dejaron atrás, por ejemplo, los lugares para los animales, los cuales antes convivían de manera muy cercana con los huéspedes, provocando serios problemas tanto al descanso como a la salud de los inquilinos. Pero, además, se adoptaron otros tipos de diversiones, se modificaron las zonas para ingerir alimentos, la distribución y cuidado de las habitaciones, lo cual también provocó un cambio en las formas de interacción entre los huéspedes y entre éstos y los administradores.

Como vimos, los sitios de hospedaje no sólo funcionaron como establecimientos para alojar a viajeros y a personas que transitaban por el país temporalmente. Fueron sitios de encuentro, lugares en donde se compartieron anécdotas, refugios contra el cansancio, pero también contra los bandidos y gavilleros, la diferencia entre la vida y muerte de animales y entre el transporte de pasajeros y mercancías. Sitios en donde la tradición y la modernidad se disputaban espacios, hombres y servicios.

L. Dumont, P. Blanchard, *Palais de l'empereur Iturbide (actuelment hotel des diligences générales)*. Wikimedia Commons.

Los hoteles aparecen poco y lo hacen para designar un establecimiento distinto al mesón o posada tradicional. Un lugar con servicios diferentes y donde la idea de comodidad está más presente.



Para saber más:

Bellemare, Luis De, *Escenas de la vida mexicana*, Barcelona, s/e, 1945. (1825).

Biart, Lucien, *La tierra templada*. Escenas de la vida mexicana (1846-1855), México, Jus, 1959

Bullock, William, "*Le Mexique en 1823*", en Viajes en México. Crónicas extranjeras, selección, traducción e introducción de Margo Glantz, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964, pp. 96-105.

Koppe, Carlos Guillermo, *Cartas a la patria*. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830, México, unam/Facultad de Filosofía y Letras/Dirección General de Publicaciones, 1955.

EDGAR SÁENZ LÓPEZ
ENAH

CONSPIRADORES EN *LOS ASESINATOS* DE *MADERO Y PINO SUÁREZ*

CON LA CAÍDA DEL GOBIERNO DE VICTORIANO HUERTA SE PUDO DILUCIDAR CON DETALLES, LO QUE ERA UN SECRETO A VOCES: EL EX PRESIDENTE Y SU EX VICE FUERON VÍCTIMAS DE UNA OPERACIÓN PLANIFICADA CON EL FIN DE QUE YA MUERTOS NO FUERAN UN OBSTÁCULO PARA LAS PRETENSIONES DE LA DICTADURA HUERTISTA DE PERMANECER EN EL PODER.

Sobre el periodo conocido como la Decena Trágica no todo está dicho, hay pasajes que todavía se encuentran cubiertos. Del asesinato de Francisco I. Madero, incluso, se discute quién tomó la decisión de acabar con la vida del coahuilense, ¿el gabinete emanado del cuartelazo, que inclinaba su postura para favorecer a Félix Díaz, o Victoriano Huerta y su gente? Considero que la decisión de liquidar a Madero fue de éste último, apoyado por el general Aureliano Blanquet, aunque otros golpistas, como Félix Díaz, Manuel Mondragón y Rodolfo Reyes, seguramente aprobaron los magnicidios.

El plan fue finamente tejido por los generales Huerta y Blanquet, quienes se encargaron de conseguir gente de su entera confianza para realizar cada una de las tareas que culminarían con la muerte del hombre que derrocó a Porfirio Díaz. Huerta instruyó a Blanquet para aprehender al presidente el 18 de febrero de 1913, cuando ya se había llegado a un arreglo con quienes, en primer lugar, habían encabezado el golpe militar del día 9 (Díaz, Mondragón y Reyes) pues calculó que Madero sería un obstáculo para su planeada permanencia en el poder. Había que eliminarlo, así que, cuidadosamente, determinó desaparecerlo.



F. Dené, *Aprehensión de Madero y Pino Suárez*, oleo. Museo Nacional de Historia. CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia.

Capturadores

El teniente coronel Teodoro Jiménez Riveroll fue el hombre designado por Aureliano Blanquet para capturar a Francisco I. Madero el 18 de febrero. Sus antecedentes lo evidencian como un elemento de conducta y actividades condenables, ya que contaba en su historial con castigos por su afición a las bebidas embriagantes, irrespetuoso y abusos de autoridad, motivos que lo llevaron a estar más de una vez detenido en la prisión militar. Su designación en el 29° batallón de infantería, comandado por Blanquet significó una mejor posición como soldado, pues se convirtió en uno de los hombres de confianza del general, quien lo calificaba de *excelentes aptitudes, conducta e instrucción*. Esta cercanía fue determinante para la comisión que se le encomendó y que, al final, le costaría la vida. Durante la balacera que se desató entre su gente y los leales a Madero, murió Marcos Hernández, primo del mandatario; y Jiménez Riveroll cayó víctima de una bala disparada por Gustavo Garmendia, miembro del Estado Mayor presidencial. Blanquet lloró la muerte del teniente coronel, a quien se le declaró muerto en acción de guerra. El propio general tomó prisionero al ex presidente.

Los custodios

Los hombres encargados de custodiar a Madero fueron el coronel Joaquín Chicarro Bernal y el coronel Luis Ballesteros, primero durante su detención en Palacio Nacional, y después en la penitenciaría de la ciudad de México (Lecumberri), en caso de que el ex mandatario llegara con vida. Chicarro había sido compañero del general Victoriano Huerta en la campaña contra la rebelión encabezada por el general Canuto A. Neri en el estado de Guerrero, en 1893, donde muy probablemente entabló amistad con él, y quizá por esto fue designado para cuidar a Madero, encargándose de que el reo no tuviera contacto con el exterior. Después del triunfo de Huerta, ocupó cargos importantes en la Escuela Militar de Aspirantes, fue parte del Estado Mayor y llegó a ser gobernador de Querétaro. En poco más de un año logró ascender hasta general de brigada.

Francisco Cárdenas, quien había formado parte de la columna del general Blanquet fue el designado como autor material del magnicidio.

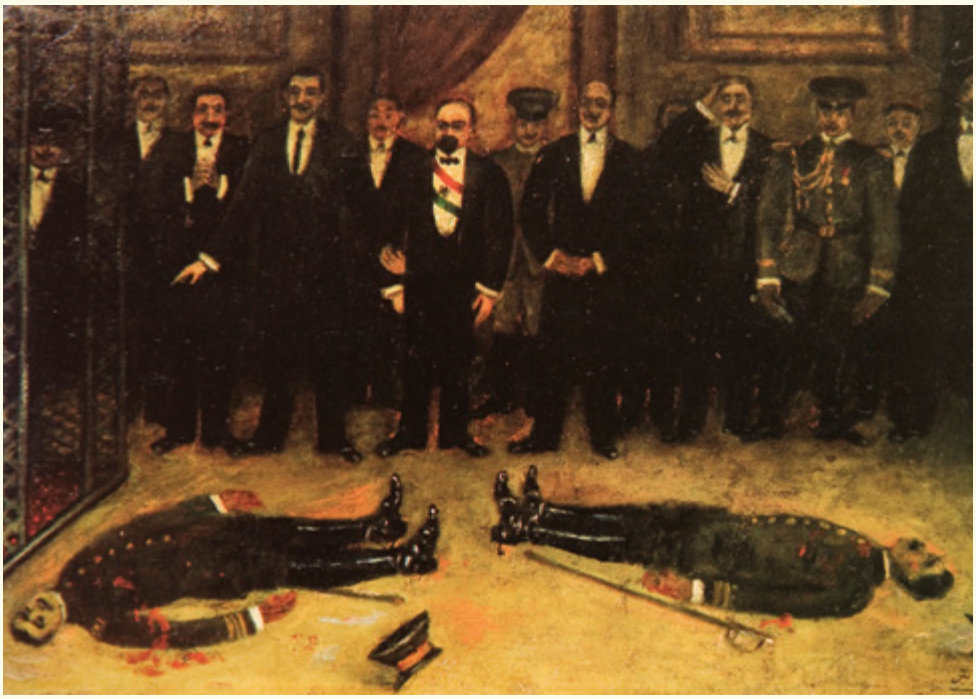
Por su parte, el coronel Luis Ballesteros fue nombrado por Huerta director de la penitenciaría de la ciudad de México, con la aparente función de resguardar la seguridad del ex presidente Madero y del ex vicepresidente Pino Suárez. Sin embargo, la verdadera razón era dar fe del supuesto asalto que daría muerte a los ex mandatarios y de esta forma ocultar la verdad.

Ballesteros gozaba de la entera confianza de Victoriano Huerta, ya que había sido subordinado suyo en las campañas militares de 1901 frente a la rebelión de Rafael Castillo Calderón, en el estado de Guerrero, y contra los mayas en el estado de Yucatán. Poco después del magnicidio, su lealtad resultó recompensada; en marzo de 1913 fue ascendido a general brigadier y, para diciembre, a general de brigada. Solicitó licencia por enfermedad el 12 de agosto de 1914, justo antes de la disolución del ejército federal. En septiembre de 1922 pidió ser considerado para la reserva del ejército nacional, argumentando haber desempeñado empleos subalternos en el gobierno de Álvaro Obregón. Su petición fue rechazada, seguramente por sus nexos con el huertismo, lo mismo que la solicitud de retiro y jubilación que gestionó en diciembre de 1924, ante el gobierno de Plutarco Elías Calles.

Los magnicidas

El hombre designado como autor material del magnicidio fue el mayor de rurales Francisco Cárdenas, quien había formado parte de la columna del general Blanquet, recién llegado a la capital después de haber hecho campaña contra los zapatistas en el estado de México. Su historial –nada pulcro– lo presentaba como alguien que había participado en la represión de movimientos sociales, e incurrido en abusos de autoridad en contra de la población civil. Sus mayores logros habían sido ultimar al famoso bandido y rebelde magonista, veracruzano, Santana Rodríguez Palafox *Santanón*, en 1910, y contribuir en la captura del revolucionario michoacano Benito Canales, en 1912.

Su lealtad siempre estuvo del lado de los militares. Blanquet confiaba plenamente en él y lo recomendó para efectuar el asesinato, ya que el propio Cárdenas se había propuesto para ello en una reunión celebrada en la casa de Ignacio de la Torre y Mier -yerno



◀ F. Dené, *Asesinato de los guardias de Madero*, oleo. Museo Nacional de Historia. CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historial.



◀ ▼ Gral. Aureliano Blanquet, retrato. Librery of Congress, Washington D.C. USA.



▼ Gral. Joaquín Chícarro, retrato. Col. Particular Edgar Sáenz López.



F. Dené, *Asesinato de Madero y Pino Suárez*, oleo. Museo Nacional de Historia. CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historial.



EL DIARIO

LOS SRES. MADERO Y PINO SUAREZ FUERON MUERTOS ANOCHE EN LOS SOLITARIOS LLANOS DE LA ESCUELA DE TIRO

LOS REPRESENTANTES DEL PUEBLO DEBEN SER RESPALDADOS POR EL FUERO CONSTITUCIONAL

Una escolta del 7º Cuerpo de rurales custodiaba los autos en que iban los prisioneros cuando fué asaltada la fuerza por un grupo de hombres armados

SE TRABO UN COMBATE EN QUE MURIO UNO DE LOS ASALTANTES Y RESULTARON HERIDOS OTROS DOS

LOS CADAVERES DEL EX-PRESIDENTE Y DEL SR. PINO SUAREZ FUERON LLEVADOS A LA PENITENCIARIA

Periódico "*El Diario*" anuncia la muerte de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez, 23 de febrero de 1913. Col. Particular NBN.



Francisco Cárdenas, Fondo Casasola, inv. 11831, SINAFO, CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historial.

de Porfirio Díaz-, antiguo conocido suyo, y cuyas propiedades había resguardado de las incursiones zapatistas en Lerma, estado de México.

Es sabido que el 22 de febrero de 1913 Madero fue ultimado atrás de la penitenciaría de la ciudad de México. Quien le disparó las dos balas en su contra fue justamente el mayor Cárdenas. Sobre este acontecimiento el gobierno huertista explicó que un grupo de maderistas había intentado liberar a los ex mandatarios y que, en consecuencia, hubo un tiroteo en el cual resultaron muertos. Cárdenas fue integrado al ejército federal con el grado de mayor de caballería. Combatió a las tropas revolucionarias en Michoacán y en el norte del país sin mucho éxito. Con poco más de un año en el ejército, alcanzó el grado de general brigadier.

Tras la caída de la dictadura huertista, Cárdenas no acató el cese de hostilidades ordenado por el presidente interino Francisco S. Carvajal, y se pronunció junto a Pascual Orozco en contra del ejército constitucionalista. En pocos meses su movimiento fue fácilmente derrotado. Orozco huyó a Estados Unidos, y Cárdenas a Guatemala, donde fue capturado por las autoridades de este país a finales de agosto de 1914 y permaneció encarcelado hasta mayo de 1920.

Al salir de prisión, Cárdenas mantuvo una relación sentimental con Ernestina Fonseca, mujer de la alta sociedad guatemalteca, viéndose involucrado en el atentado que sufrió su marido el 9 de noviembre del mismo año, razón por la cual fue nuevamente recluido. Ocho días después, luego de pagar una fianza, salió libre. Sin embargo, el gobierno mexicano -encabezado entonces por Adolfo de la Huerta-, solicitó su extradición. El día 29 camino a ser entregado a las autoridades, supuestamente *se suicidó* de dos balazos en la cabeza.

El mayor Agustín Figueras fue otro de los involucrados en los asesinatos de Madero y Pino Suárez. Su designación pudo obedecer al contacto que tuvo con Huerta durante la campaña contra los mayas en Yucatán. Hombre de conducta militar reprobable, *altanero y abusador*, su ascenso a mayor de artillería, el 18 de febrero de 1913, *coincidió* con la fecha en la que fue horriblemente torturado y asesinado Gustavo A. Madero, hermano del presidente, y en el que Figueras estuvo vinculado de manera directa. Se le designó para formar parte del convoy que conduciría al ex presidente y ex vicepresidente a la penitenciaría, a fin de vigilar que los planes para eliminarlos se llevaran a cabo. Según la intención de los golpistas, su presencia no debía ser notada, ya que nadie del ejército estaría presente para relevar a éste de toda responsabilidad en los asesinatos que, en todo caso, caería en los rurales adscritos a la secretaria de Gobernación. Existe la posibilidad de que Figueras hubiera asesinado a Pino Suárez, sin embargo, él culpó a los rurales Rafael T. Pimienta y Francisco Ugalde.

Cárdenas fue integrado al ejército federal con el grado de mayor de caballería. Combatió a las tropas revolucionarias en Michoacán.

Figueras estuvo entre quienes intentaron liberar al gobierno huertista de toda responsabilidad en el magnicidio. En efecto, para dar cuenta de los hechos del fatídico 22 de febrero, la emergente dictadura se inventó un equipo que los investigara. Figueras fue, ni más ni menos, el principal responsable de efectuar las averiguaciones, siendo su designación una completa burla en tanto que uno

de los principales implicados se convirtió en juez, en un claro conflicto de intereses. Su explicación, plagada de mentiras y cinismo, dio como resultado la exoneración de la escolta que custodió a los ex mandatarios, culpando a los supuestos maderistas que intentaron rescatar a los reos.

Después de la caída del régimen de Huerta, Figueras huyó hacia el vecino estado de Texas, donde vivió por unos años. Su muerte estuvo rodeada de misterio; desapareció de su casa el 21 de noviembre de 1920, sin dejar rastro, y no fue sino hasta el 4 de enero del año siguiente cuando se encontraron restos del cadáver, devorado por animales.

Otro integrante de la escolta fue el cabo de rurales Rafael T. Pimienta, cuya importancia en este contexto reside en que era persona de confianza del mayor Cárdenas, con quien trató durante la campaña contra el zapatismo en el Estado de México y por eso lo eligió como escolta de los ex mandatarios. Cabe la posibilidad que él hubiera sido el autor material del asesinato de José María Pino Suárez. Pimienta y Figueras se acusaron mutuamente del delito, sin que hasta la fecha sepamos, quién de ellos, lo cometió.

Al igual que los demás participantes en los asesinatos, Pimienta recibió el ascenso a mayor de rurales, y para cuando la dictadura de Huerta se desmoronó ya había alcanzado el grado de teniente coronel en el ejército federal. Fue jefe político de Tenancingo, Estado de México, donde se lo acusó de abusos y arbitrariedades. Se decía que presumía el casquillo de la bala con la que mató a Pino Suárez.

Con la caída de Huerta, Pimienta tuvo que huir del país y a su regreso se incorporó en 1920 al Plan de Agua Prieta, lo que le permitió sumarse al ejército nacional donde llegó a obtener el grado de general brigadier. Su suerte duró poco. En 1923 integrantes del ejército y asociaciones civiles como la Agrupación Pro Madero promovieron acciones en su contra, y lograron que no le fuera reconocida su personalidad militar. Su desesperación lo llevó a sumarse a la rebelión delahuertista de fines de 1923, pronunciamiento en el que la fortuna le fue adversa, y terminó fusilado. Su esposa argumentaría que se dedicaba únicamente a labores del campo y no estaba involucrado en actividades revolucionarias.

La verdad reluce

El engaño de Huerta pudo ser sostenido solamente hasta que su gobierno cayó. Las explicaciones inverosímiles que afirmaban que las muertes de Madero y Pino Suárez habían sido efectuadas por varios tiradores que accionaron sus armas contra Madero, a una distancia de 70 a 75 metros; y contra Pino Suárez, de 75 a 80 metros, fueron desmentidas una vez que los constitucionalistas tomaron el poder.

Aunque el gobierno de Huerta exoneró a los miembros de la escolta involucrados en las ejecuciones en septiembre de 1914, la administración del Distrito Federal, a cargo del ingeniero Alfredo Robles Domínguez, abrió una investigación y se hicieron esfuerzos para reconstruir los hechos, tomando en cuenta a los testigos presenciales, libres ya de presiones gubernamentales. Los resultados permitieron confirmar lo que ya se sabía, pero sin ser reconocido oficialmente: Madero y Pino Suárez fueron asesinados por quienes los custodiaron hacia la penitenciaría de la ciudad de México, siendo los principales responsables el mayor de rurales Francisco Cárdenas, el mayor de artillería Agustín Figueras y el cabo de Rurales Rafael T. Pimienta. Además se dejó en claro que el coronel Luis Ballesteros tuvo la



▲ Lugar donde asesinaron a Madero y Pino Suárez, inv. 37392, SINAFO, CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el Instituto Nacional de Antropología e Historial.

encomienda de vigilar que los magnicidios se llevaran a cabo tal y como lo habían ordenado Blanquet y Huerta, de ahí que hiciera caso omiso cuando le informaron acerca de los crímenes que se estaban ejecutando.

Trágicos finales

Resulta interesante ver que las muertes de los autores intelectuales y materiales de los asesinatos de Madero y Pino Suárez fueran tan trágicas como las de sus víctimas. Huerta murió en 1916, a consecuencia de la cirrosis contraída por su alcoholismo, mientras que Blanquet cayó en la barranca de Chavaxtla durante una de sus incursiones contrarrevolucionarias en 1919. Quienes encontraron su cuerpo lo decapitaron para trasladar su cabeza y comprobar su identidad.

Francisco Cárdenas se *suicidó* de dos balazos, Rafael Pimienta fue fusilado por su filiación delahuertista y Agustín Figueras murió posiblemente asesinado y su cuerpo, abandonado, sirvió de alimento para animales silvestres.

Para saber más:

—

Rocha, Martha, Ana Lau Jaiven, Enriqueta Tuñón Pablos, "La mujer en la Revolución", México, *Proceso Bi-Centenario*, núm. 3, junio de 2009.

Ana Victoria Gaxiola Lazcano
Instituto Mora

LA LUCHA ELECTORAL DE —*LA IZQUIERDA*— EN LAS ELECCIONES DE *1964*



Entre las primeras disputas políticas por un México democrático figura el intento del Frente Electoral del Pueblo (FEP) de participar en las elecciones que ganaría Gustavo Díaz Ordaz. No lo dejaron, pero la campaña y persistencia de sus integrantes a pesar de la persecución, el encarcelamiento y hasta el asesinato, sentó un precedente de participación ciudadana.

El 19 de abril de 1963 se dio a conocer la noticia del surgimiento del Frente Electoral del Pueblo (FEP) a través de un boletín de prensa. Allí se anunciaba la intención de formar un partido de extrema izquierda, el cual se convertiría en otra opción frente al Partido Revolucionario Institucional y los grupos de extrema derecha. Esta nueva agrupación política se organizaría de acuerdo con los lineamientos de la ley electoral vigente, a fin de poder participar en la contienda electoral de 1964.

El FEP declaraba que convocaría a los sectores populares, dentro de los que se incluía a obreros, campesinos, artesanos, maestros, intelectuales y estudiantes. Y anunció que postularía a sus propios candidatos, dando entender de esta forma que no buscarían aliarse con ningún otro partido. Por último, se daba por seguro que su candidato presidencial sería Braulio Maldonado, ex gobernador del estado de Baja California.

Días después, el 22 de abril, tuvo lugar una conferencia de prensa en la calle Shakespeare número 6, del Distrito Federal, donde fue presentada públicamente la plataforma de trabajo del FEP y se dio a conocer su junta nacional organizadora, la cual integraban, entre otros, Ramón Danzós Palomino, dirigente agrario del valle del Yaqui; Mario Hernández, dirigente del Consejo Nacional Ferrocarrilero; Braulio Maldonado; Manuel Terrazas, del Partido Comunista Mexicano (PCM); y Genaro Vázquez, de la Asociación Cívica Guerrerense (ACG).

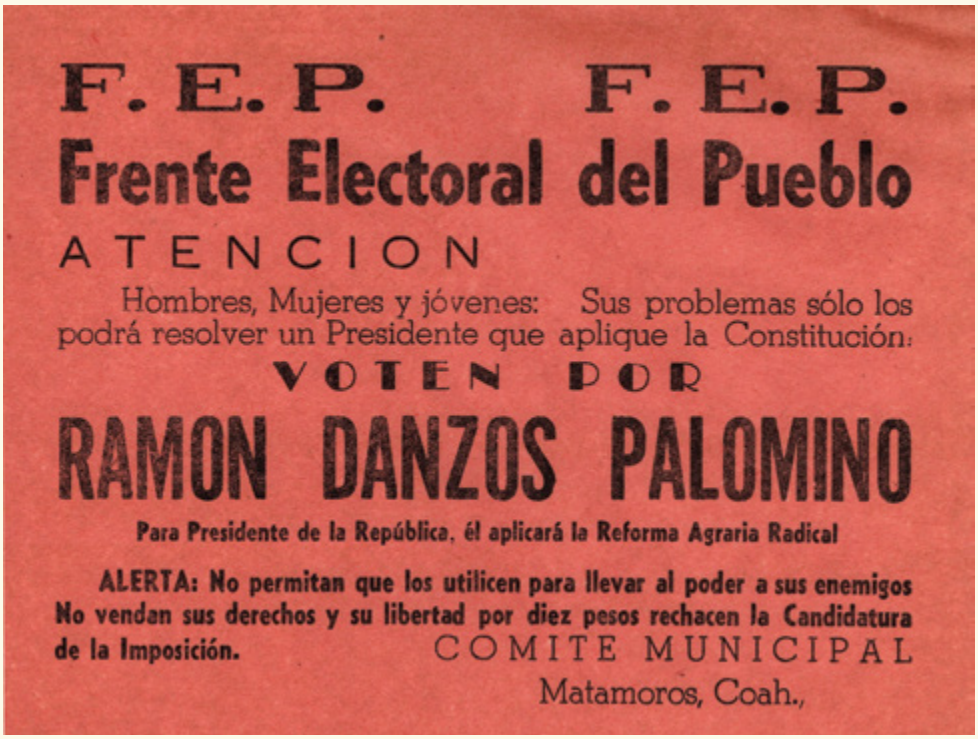
En su plataforma política, el FEP se manifestaba a favor de la democratización del régimen político mexicano, el respeto y el derecho a la oposición, el desarrollo económico independiente del país, el pleno cumplimiento de la reforma agraria y la libertad de los presos políticos. También abogaba por la democracia sindical, la igualdad de derechos y oportunidades entre mujeres y hombres y, finalmente, la soberanía nacional.

El siguiente paso en la formación del FEP como partido con registro fue realizar asambleas estatales para la afiliación de miembros, con lo cual se buscaba cumplir uno de los requisitos de la ley electoral vigente. Dicho requisito especificaba que para recibir el registro como partido político, una organización debía contar con un mínimo de 75 000 afiliados en al menos dos terceras partes de los estados de la República.

Entre los meses de abril a junio de 1963, los miembros del FEP se abocaron a la tarea de cumplir el registro, objetivo que, según documentos consultados en el Archivo General de la Nación, lograron cumplir sin problema, ya que lograron reunir 83 483 afiliados en 25 estados de la república. El mayor número de miembros lo obtuvieron en Baja California Norte (9 370), seguido por Tamaulipas (5 829) y Michoacán (5 070).

Una vez que terminaron las asambleas de afiliación, los miembros del FEP presentaron su solicitud de registro ante la Comisión Federal Electoral, el 23 de junio. En este punto cabe mencionar que cuando surgió el FEP no existía una autoridad electoral autónoma. En ese entonces, los asuntos electorales eran competencia de la Secretaría de Gobernación, los cuales a través de la Comisión Federal Electoral (CFE) trataba con la organización de las elecciones, la dotación de registro a los partidos, la integración del padrón electoral y el conteo de votos.

◂ Ramón Danzós Palomino, candidato presidencial del FEP pronunciando discurso en Ciudad Obregón, Sonora en *Revista Política*.



Propaganda de Matamoros, Coahuila. Reproducción autorizada por el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista.

A pesar de que en apariencia el Frente Electoral del Pueblo cumplía con todos los requisitos de la Ley Federal Electoral, el registro no le fue otorgado por las autoridades competentes bajo el argumento de que los documentos entregados por la organización eran fraudulentos. Según expertos en grafología y dactiloscopia de la Procuraduría General de la República, hubo irregularidades tales como la falsificación de firmas y la repetición de una misma huella digital frente a distintos nombres.

En términos generales, no resulta extraño que se le hubiera negado el registro al FEP, en tanto que éste constituía una nueva fuerza política con la que el gobierno mexicano no estaba dispuesto a tratar y a la que no le iba otorgar un lugar en el espacio político. Aunque el régimen de la época puede ser considerado como autoritario, requería la inclusión de partidos de oposición para acreditarse como democrático. Sin embargo, a través de la Secretaría de Gobernación, se decidía qué oposición podía y debía ser admitida, y cuál excluía del juego electoral.

Ante la negativa de la Comisión Federal Electoral, los miembros del FEP decidieron presentar un demanda de amparo ante la Suprema Corte de Justicia, misma que fue rechazada por el juez segundo de distrito en materia administrativa, el licenciado Vicente Aguinaco Alemán, quien dijo que *los fundamentos para rechazar la demanda de amparo fueron esencialmente en el sentido de que el juicio de garantías únicamente es adecuado para combatir violaciones a las garantías individuales, pero no a derechos políticos*.

La negación del registro no detuvo a los integrantes del Frente para llevar a cabo una campaña política y postular candidatos a



▲ Mitin del FEP en el Distrito Federal, en *Revista Política*.

distintos puestos de elección popular, como fue el caso de Ramón Danzós Palomino, quien al final quedó como candidato a la presidencia en lugar de Braulio Maldonado, el cual se fue distanciando de la organización una vez que les fue negado el registro. Además de candidato a la presidencia, también postularon candidatos a diputados y senadores, y al gobierno del estado de Yucatán.

Entre sus candidatos más notables a distintos puestos de elección popular se encontraban David Alfaro Siqueiros y Valentín Campa, quienes en esos momentos estaban presos en la penitenciaría de Lecumberri a raíz del conflicto ferrocarrilero, acusados por el delito de disolución social. Lo interesante de sus candidaturas, además de la trascendencia de ambos personajes, es que fueron presentadas como una forma de protesta en contra del encarcelamiento por motivos políticos. Siqueiros y Campa habían participado en el movimiento ferrocarrilero de finales de 1958 y principios de 1959, el cual luchó por la democratización del Sindicato de Trabajadores Ferrocarrileros de la República Mexicana y que concluyó con la represión y encarcelamiento de sus líderes, como el caso de Demetrio Vallejo.

La campaña

Los miembros del FEP decidieron continuar con la campaña política a pesar de no contar con el registro como partido político nacional, lo cual significaba que sus posibilidades de ganar alguna de las postulaciones eran nulas. Sin embargo, seguir en la contienda significaba manifestar su descontento y seguir en la lucha por la apertura del sistema político mexicano y la democratización del país.

El 24 de noviembre de 1963 comenzó la campaña electoral en Mexicali, Baja California,



Ramón Danzós Palomino. Reproducción autorizada por el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista.

SIGUIENTE PÁGINA
Donativo para la campaña en *Revista Política*, 15 de diciembre de 1963.



Gilberto Balam Pereyra, candidato del FEP al gobierno de Yucatán en *Revista Política*, 1° de octubre de 1963.

SIGUIENTE PÁGINA
Convocatoria proclamación de candidatos en DF. Reproducción autorizada por el Centro de Estudios del Movimiento Obrero y Socialista.

y concluyó el 28 de junio de 1964 en la Plaza de Santo Domingo, Distrito Federal. Según narra Enrique Condés Lara en *Represión y rebelión en México*, durante los siete meses de campaña el FEP realizó cerca de 128 actos públicos con la presencia de Danzós Palomino, en los que logró contar con una asistencia aproximada de 30 695 personas, esto a pesar de las distintas adversidades como los escasos recursos financieros y el constante acoso gubernamental.

Sobre el recorrido de la campaña se tiene poca información. Después de Baja California, los miembros del FEP se dirigieron a Yucatán, estado en el que postularon a Gilberto Balam Pereyra como candidato a gobernador. Luego de Yucatán, entre enero y febrero de 1964 recorrieron Durango, Tamaulipas, Coahuila, Chihuahua, Nuevo León, Veracruz y Guanajuato. De abril a mayo fue el turno de Guerrero, Puebla, San Luis Potosí, Veracruz y Nuevo León. En junio estuvieron en Nayarit, Estado de México, Durango, Puebla, Oaxaca, Tabasco y Campeche. Asimismo, se sabe que visitaron Zacatecas, Michoacán, Jalisco, Colima, Sonora y Sinaloa, aunque se desconoce las fechas en que esto sucedió.

En cuanto a los recursos para llevar a cabo la campaña, Ramón Danzós Palomino comenta en su autobiografía que se realizó gracias a las aportaciones del pueblo. Para recaudar fondos, los miembros del FEP llevaron a cabo colectas, rifas y bailes, como aquel que se organizó en el domicilio de Mariano Sarabia, oficial mayor de la Central Campesina Independiente, en septiembre de 1963. Hasta el momento se desconocen otras formas de financiamiento, aunque no se descarta que las hubiera.

Un elemento constante en la campaña fue la represión del gobierno hacia los miembros


FRENTE ELECTORAL DEL PUEBLO

CAMPAÑA NACIONAL DE LOS CANDIDATOS DEL FEP A LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA Y AL CONGRESO DE LA UNION.

El Pueblo Paga su Campaña

CERTIFICADO DE APORTACION

EL PORTADOR DEL PRESENTE HA CONTRIBUIDO CON LA CANTIDAD DE UN PESO PARA LA CAMPAÑA DE LOS CANDIDATOS DEL FRENTE ELECTORAL DEL PUEBLO.

F.E.P.

Nº 10414

UN PESO

RAMON DANZOS PALOMINO

CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPUBLICA

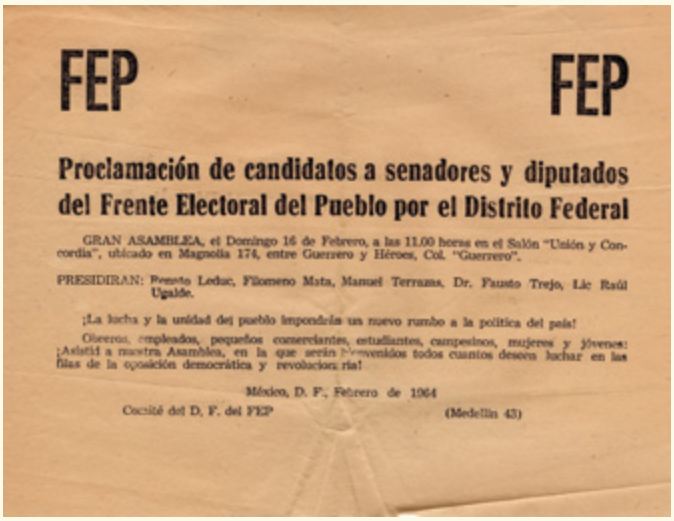
Por la Comisión Central Ejecutiva,
ING. JAVIER FUENTES.
Secretario Nacional de Finanzas.

Por un Nuevo Rumbo Político en el País, por un Gobierno Popular Democrático, Antimperialista.

del FEP, la que se manifestó en distintas maneras: desde la difamación hasta el asesinato, pasando por los encarcelamientos arbitrarios y la prohibición de realizar actos proselitistas en la vía pública. Un ejemplo son los casos de cuatro jóvenes miembros de la organización, quienes se encontraban en mercado de la Merced, del Distrito Federal, realizando actos de propaganda electoral, y fueron detenidos y encarcelados sin mayor razón que repartir propaganda en la calle.

Parece ser que la represión hacia los miembros del Frente Electoral del Pueblo se agudizó después de un incidente ocurrido en Chihuahua, durante un acto de campaña del candidato del PRI, Gustavo Díaz Ordaz. El 6 de abril de 1964, se lanzaron maderos incendiados hacia el templete en el que se encontraba Díaz Ordaz, uno de los cuales logró golpear a quien sería elegido presidente en las elecciones de julio. De los hechos fueron responsabilizados miembros del FEP, el Partido Popular Socialista (PPS) y la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM). Asimismo, se dijo que también habían cola-

El registro electoral no le fue otorgado por las autoridades competentes bajo el argumento de que los documentos entregados por la organización eran fraudulentos.


FEP FEP

Proclamación de candidatos a senadores y diputados del Frente Electoral del Pueblo por el Distrito Federal

GRAN ASAMBLEA, el Domingo 16 de Febrero, a las 11.00 horas en el Salón "Unión y Concordia", ubicado en Magnolia 174, entre Guerrero y Héroes, Col. "Guerrero".

PRESIDIRAN: Ponce Leduc, Filomeno Mata, Manuel Terrazas, Dr. Fausto Trejo, Lic Raúl Ugalde.

¡La lucha y la unidad del pueblo impondrán un nuevo rumbo a la política del país!

Obreros, empleados, pequeños comerciantes, estudiantes, campesinos, mujeres y jóvenes: ¡Asistid a nuestra Asamblea, en la que serán presentados todos cuantos deseen luchar en las filas de la oposición democrática y revolucionaria!

México, D. F., Febrero de 1964

Comité del D. F. del FEP (Medellín 43)



José González Torres, candidato presidencial del PAN en *Revista Política*, 1° de febrero de 1964.



Caricatura que hace referencia al vínculo entre Díaz Ordaz y la reacción en *Revista Política*, 1° de octubre de 1963.

borado en los acontecimientos integrantes del Partido Acción Nacional y del Partido Demócrata Cristiano.

Ocho días después del *zafarrancho*, la revista *Política* publicó un reportaje con el cual pretendía deslindar de responsabilidades a los integrantes del FEP. En dicho reportaje se argumentaba que las autoridades carecían de pruebas para responsabilizar a los afiliados al PPS, el FEP y la UGOCM, como en cambio sí las había de intervención de miembros del Partido Demócrata Cristiano. En el reportaje se mencionaba que el incidente solamente había sido utilizado como pretexto para desatar una ola de represión en contra de los sectores de izquierda.

Ante las circunstancias adversas y la escasez de recursos que enfrentaban, los partidarios del Frente Electoral del Pueblo se vieron en la necesidad de buscar formas poco convencionales de proselitismo. ¿Qué se puede hacer cuando no se tiene mucho dinero y hay una persecución política? Ante esta interrogante los frentistas utilizaron estrategias como los mítines relámpago. La dinámica era sencilla. Los realizaban en la noche, aproximadamente a partir de las 20:00 horas, en zonas concurridas como calles del centro de la ciudad de México, y duraban entre 15 y 20 minutos. Otros recursos para dar a conocer sus propuestas fueron las funciones de cine a las afueras de los mercados y recorridos en automóviles con altoparlantes.

Cierre y derrota

La campaña concluyó el 28 de junio de 1964 en la Plaza de Santo Domingo, del centro de la ciudad de México. Ramón Danzós Palomino pronunció su discurso de clausura ante una concurrencia entusiasta y combativa. En su arenga exhortó a cada simpatizante a ir a depositar su voto en las urnas el 5 de julio, no con la esperanza de que sus triunfos fueran reconocidos, sino por considerar esa acción como una forma de protesta. Juzgaba que

los otros dos candidatos a la presidencia no eran una verdadera opción. De Gustavo Díaz Ordaz, candidato por el PRI, el Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) y el PPS, decía que representaba el continuismo e inclusive la regresión. En tanto que a José González Torres, candidato del PAN, lo señalaba como representante de los grupos más agresivos de la reacción proimperialista y antinacional.

En las elecciones, el triunfo lo obtuvo Díaz Ordaz, quien obtuvo 88.82% de sufragios, de un padrón electoral de 13 589 594 ciudadanos habilitados para votar. González Torres, candidato del PAN, recibió 1 034 337 votos, equivalente al 10.97% de un total de 9 422 195 votos emitidos. El 30.6% del padrón se abstuvo de votar.

Los votos que haya podido obtener el FEP son un dato desconocido por el hecho de que no se le permitió el registro y participar. En la tabla de conteo de votos aparece el rubro de *otros* con 19 402 votos, es decir el 0.20%, pero éste no viene desglosado y sería aventurado afirmar que la totalidad de esos sufragios fueron para Ramón Danzós Palomino.

Sobre el destino de la organización después de la campaña electoral y la elección se tiene poca información. En 1965, su local fue allanado y destruido por elementos policiacos y algunos de sus miembros se integraron a la frustrada guerrilla urbana Movimiento Popular Revolucionario. Allí convergieron con activistas del movimiento médico de 1964-1965, el cual había comenzado con la demanda de mejoras en las condiciones laborales en las instituciones de salud pública y terminó, al igual que el movimiento ferrocarrilero, con la represión de sus líderes y participantes.

Algunos de sus integrantes continuaron combatiendo por la apertura del sistema político a través de movilizaciones sociales no clandestinas, como fue el caso de Ramón Danzós Palomino, para quien el FEP fue una experiencia más en una vida dedicada a la lucha social.

A pesar de que el FEP no logró convertirse en un partido de oposición de izquierda, la experiencia permitió a sus integrantes conocer el estrecho margen de acción que la oposición tenía dentro del sistema político mexicano.

Para saber más:

Carr, Barry, *La izquierda mexicana en el siglo xx*, México, ERA, 1996.

Condés Lara, Enrique, *Represión y rebelión en México (1958-1985): La guerra fría en México. El discurso de la represión*, México, Miguel Ángel Porrúa/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2007, tomo I.

Pozas Horcasitas, Ricardo, "Elección presidencial y reproducción del régimen político en 1964", *Secuencia: revista de historia y ciencias sociales*, 2009, http://secuencia.mora.edu.mx/index.php/Secuencia/article/view/5820/3815

Servín, Elisa, *La oposición política. Otra cara del siglo xx mexicano*, México, Fondo de Cultura Económica, Centro de Investigación y Docencia Económicas, 2006.

Paolo Riguzzi
El Colegio Mexiquense
Patricia de los Ríos
Universidad Iberoamericana

DOS DÉCADAS DEL TLCAN

ACIERTOS Y OPORTUNIDADES PERDIDAS

La apuesta por un intercambio comercial abierto con Estados Unidos y Canadá que favoreciera el desarrollo mexicano no ha sido tan exitosa como se esperaba. Hay razones económicas internacionales que lo explican, pero parte importante de las fallas se encuentran en problemas internos que México no ha logrado superar.

El Tratado de Libre Comercio de América del Norte, entre Canadá, Estados Unidos y México (TLCAN), se suscribió en diciembre de 1992 y, tras su ratificación por los tres congresos al año siguiente, entró en vigor en enero de 1994. Cumple así 20 años de existencia, y las implicaciones de esta duración resultan evidentes si se piensa que más de un tercio de la población mexicana nació posteriormente y que otra porción importante transcurrió toda su edad adulta con el TLCAN en operación. Más allá de la conmemoración, examinar y debatir los elementos principales de su significado constituye una tarea ineludible, en particular por lo que concierne a la relación con Estados Unidos, que es el aspecto clave desde el punto de vista de México.

A lo largo de su relación, los dos países sólo habían tenido experiencias limitadas en cuanto a tratados comerciales. En el siglo XIX, en dos ocasiones, llegaron a suscribirse acuerdos relacionados con la liberalización arancelaria: el McLane-Ocampo, en 1859, muy controvertido por los aspectos territoriales que contenía; y el Romero-Grant, en 1883. Sin embargo, ninguno de los dos entró en vigor por la falta de aprobación en el congreso estadunidense. Durante el siglo XX, se firmó un tratado de comercio en el marco de la cooperación extraordinaria de los años de la segunda guerra mundial; el acuerdo, que abarcaba solo una porción del intercambio, estuvo en vigor entre 1943 y 1949 y se abrogó a instancias de México en 1950. De allí en adelante, no hubo otros acuerdos hasta el de 1992.

Las raíces del TLCAN se encuentran en las grandes transformaciones mundiales de los años ochenta del siglo XX, impulsadas por el colapso de la Unión Soviética, la consolidación del proyecto de la Unión Europea, la liberalización de los mercados financieros, y el incipiente proceso de globalización en varios ámbitos. En la región de Norteamérica, se verificó en 1987 la negociación del Acuerdo de Libre Comercio entre Canadá y Estados Unidos. En el caso de México, el agotamiento de la industrialización protegida y luego la petrolización de la economía, llevaron a la desastrosa crisis de la deuda en 1982 y se impuso la política de apertura comercial para reorientar las fuentes de crecimiento. Como reflejo de ello, en 1986 México adhirió al GATT (Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio), lo que implicó el desmantelamiento progresivo de las barreras arancelarias y no arancelarias muy elevadas que aislaban a la economía mexicana del mercado internacional.

El acuerdo

El gobierno de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) observó con mucha atención el surgimiento del tratado entre Canadá y Estados Unidos y fue durante su presidencia cuando tomó forma el diseño ambicioso de negociar un tratado de libre comercio con el vecino del norte. Eso se vio como una palanca crucial no sólo para profundizar y ordenar el proceso de integración silenciosa que ya venía





ocurriendo entre las dos economías, sino también para garantizar continuidad al proyecto de modernización en un sentido liberal de la sociedad mexicana. Desde este punto de vista, el TLCAN se consideró como un candado para impedir que una futura administración pudiera dar marcha atrás fácilmente al proceso de apertura económica.

Si bien los tres países de América del Norte compartían ciertas premisas acerca de la liberación del comercio de bienes y servicios, y de los flujos de inversión, en torno a ellas se dio una negociación compleja, la cual pasó por un proceso preparatorio y etapas distintas, hasta desembocar en la ratificación. Las políticas domésticas y la disparidad de las economías planteaban escollos importantes. Para México, que ya había reducido de forma importante sus barreras de protección comercial, destacaban dos prioridades: la captación de inversión extranjera para financiar el nuevo modelo de desarrollo; y encontrar un mecanismo de solución de controversias, el cual quedó establecido en el capítulo 19 del acuerdo, en el que se constituyó un mecanismo para resolver disputas mediante paneles cuyos fallos son obligatorios.

El TLCAN preveía la eliminación de las fronteras para comercializar bienes y servicios entre los tres países, la protección de las inversiones ante procedimientos expropiatorios y de la propiedad intelectual, la administración conjunta del acuerdo, y la aplicación de mecanismos de solución de controversias. La desaparición de las tarifas arancelarias se escalonó a lo largo de un determinado periodo y, para determinar qué bienes tendrían derecho al trato preferencial, se estipularon las reglas de origen que aseguran que las ventajas del TLCAN sólo beneficien a mercancías producidas en América del Norte. La desgravación arancelaria se diseñó de acuerdo con listas específicas negociadas en el tratado, según cuatro categorías: a) desgravación inmediata al entrar en vigor el tratado; b) eliminación del arancel en cinco etapas anuales; c) eliminación en diez años; d) plazo de quince años para la desgravación del maíz, el frijol y la leche en polvo en México, y el jugo de naranja en Estados Unidos.

Discursos y hechos

Elaborar un balance del impacto económico del TLCAN es una cuestión muy compleja, que requiere perspectivas diferenciadas y excede el espacio disponible para este ensayo. Una manera provechosa de acercarse al tema es adoptar como referencia las promesas explícitas: aquellas ventajas para México que, según el discurso oficial, el tratado traería consigo, y que constituían las razones para aprobarlo.

Para realizar este ejercicio, utilizaremos el mensaje que el presidente Salinas de Gortari dirigió al país el 12 de agosto de 1992, una vez que concluyeron las negociaciones. En este notable documento se exponían seis beneficios principales, en el siguiente orden: a) la vinculación a uno de los centros de la economía mundial; b) el acceso *amplio y permanente* de los productos mexicanos al gran mercado norteamericano; c) la estipulación de reglas claras y certidumbre en el intercambio con Estados Unidos y Canadá; d) la especialización de la producción de acuerdo con las ventajas de los recursos y las habilidades mexicanas; e) el beneficio de los consumidores, en razón de la disponibilidad de más productos, de mejor calidad y menor precio. Por último, se destacaba (con el *sobre todo*) la ventaja más importante: generar más empleos y mejores remuneraciones para los mexicanos, gracias a la llegada de capitales e inversiones productivas. Como se añadió posteriormente, el interés de México era el de "exportar mercancías, no personas".

En el mensaje, Salinas de Gortari agregó la advertencia significativa de que el tratado no representaba una *fórmula mágica para resolver todos nuestros problemas* y que sus beneficios no se concretarían en el corto plazo. Aun así, las dos décadas transcurridas permiten trazar las coordenadas para evaluar el impacto del TLCAN en los ámbitos mencionados. De entrada, podemos descontar aquellos puntos como el de la vinculación con el mercado de Norteamérica y el beneficio de los consumidores, por referirse a dimensiones tan generales que eluden la medición o la comprobación. Ni la una ni la otra parecen ser consecuencias del tratado: por un lado, es la colocación

▲ El presidente Carlos Salinas de Gortari en la firma del Tratado de Libre Comercio, 1993. Col. Particular NBN.

▲ Los presidente de México y Estados Unidos, Carlos Salinas de Gortari y George Bush, junto con el primer ministro canadiense Brian Mulroney durante la ceremonia inicial de Tratado de Libre Comercio de América del Norte, San Antonio Texas, 7 de octubre de 1992. Wikimedia Commons.

geográfica de México la que lo vincula con la economía estadunidense, particularmente en un periodo histórico de globalización como el que se ha vivido en las últimas tres décadas; por el otro, toda política de apertura comercial incrementa, diversifica y abarata la oferta de bienes, de manera que eso se habría verificado con toda probabilidad, aun sin el TLCAN. Este último ha permitido consolidar la apertura, pero no es condición necesaria de ella. De otra forma, se acaba por atribuirle incluso la llegada de la cadena Wal-Mart a México, lo cual es muy cuestionable: esta empresa opera en dos decenas de países (entre ellos los principales de Latinoamérica), repartidos en tres continentes, y es del todo razonable pensar que un mercado de 100 millones de personas, contiguo a Estados Unidos, constituiría un lugar atractivo para operar.

Las promesas de 1992 tienen un valor mucho más sustancial en lo que se refiere a los puntos de acceso al mercado vecino, establecimiento de reglas y especialización productiva. Efectivamente, México se volvió el primer país exportador de América Latina, llegando a ser el primer socio comercial de Estados Unidos –durante unos años- y el tercero de Canadá; y la estructura de sus exportaciones se transformó al convertirse en exportador en gran escala de productos manufacturados, especialmente de la industria automotriz y la electrónica. También el país es el décimo productor de vehículos en el mundo, y su industria electrónica ha logrado surtir a nichos de mercado de productos con mayor valor agregado e incluso productos de tecnología avanzada, como en el caso de las pantallas planas.

Las estimaciones más confiables indican que el efecto del TLCAN en sus primeros tres lustros, fue el de generar quince por ciento más comercio del que se hubiera dado sin el pacto. En buena medida, el incremento cuantioso del volumen exportado descansa en que el comercio bilateral está sometido a reglas ciertas y arreglos institucionales, que lo sustraen a los caprichos y los humores proteccionistas recurrentes en la política comercial estadunidense, que anteriormente habían causado problemas a la expansión del intercambio.

Es muy significativo, al respecto, que el estudio de las controversias comerciales sometidas a los paneles bilaterales del TLCAN muestre que las decisiones no responden, por lo general, al poder económico de los actores involucrados, sino que se aplican de acuerdo con el espíritu de las reglas estipuladas. La excepción más evidente, en este caso, es la espinosa cuestión del transporte transfronterizo sobre ruedas donde, pese a varios intentos por modificarla, los camiones mexicanos no cuentan con acceso a territorio estadunidense.

No obstante, en los últimos años, el ritmo de crecimiento del comercio bilateral ha experimentado una desaceleración y la posición de México en el mercado de Estados Unidos se ha ido erosionando. Eso no se debe a fallas del TLCAN, y es atribuible más bien a la emergencia de China, en particular después de su adhesión a la Organización Mundial de Comercio, en 2001. El país asiático es ahora el primer exportador a Estados Unidos, en gran medida gracias a sus costos laborales bajísimos. Se trata de un fenómeno dinámico que difícilmente hubiera podido ser previsto cuando se negoció el tratado y que ahora ejerce presión sobre el desarrollo de las relaciones comerciales en América del Norte.

En cuanto a la rama de importación, es importante volver la mirada hacia el impacto del tratado sobre la agricultura mexicana que produce para el mercado interno, en particular la de granos básicos. En este caso, se alega que el TLCAN sería responsable de la creciente importación de maíz en México y del consiguiente desplazamiento de los productores locales. En realidad, los datos desmienten este reclamo, puesto que México, debido al estancamiento de la producción, se convirtió en importador de grandes cantidades de maíz estadunidense a partir de finales de los años setenta del siglo pasado, casi 20 años antes de la entrada en vigor del tratado. Adicionalmente, hay que recordar que la mayoría del maíz importado es de la variedad correspondiente al consumo animal, no humano.

Desaciertos

Tras este somero panorama de los resultados parciales, nos queda por evaluar la promesa más amplia y relevante acerca del TLCAN: su nexo con la generación de riqueza mediante la creación de más empleos y mejor pagados para los mexicanos. Desde este punto de vista, el panorama presenta claroscuros evidentes. En términos generales, a pesar del impulso exportador y la llegada de la inversión extranjera estimulados por el tratado, el crecimiento de la economía mexicana en las dos últimas décadas ha sido decepcionante y no ha permitido aminorar la brecha con la estadunidense.

Entre 1993 y 2013, el Producto Interno Bruto (PIB) per *cápita*, creció tan sólo 20%, al pasar de alrededor de 93 000 pesos a 113 000 pesos (a valor adquisitivo de 2008). Se trata de un desempeño muy modesto e inferior al de otros países en desarrollo, e incluso latinoamericanos. En consonancia con eso, los salarios reales quedaron estancados y el porcentaje de pobreza no se redujo de manera tangible. Se puede afirmar que, pese al considerable crecimiento del sector exportador, no se dio un crecimiento guiado por las exportaciones, en el que éstas fueran el motor de una expansión sostenida de toda la economía. ¿Cómo explicar esta contradicción? Para ello, hay que referirse a las pautas del comercio bilateral.

Una parte sustantiva de las relaciones comerciales entre México y Estados Unidos corresponde al sector maquilador y al comercio *intra-firma*, es decir, las importaciones y exportaciones que efectúan las empresas transnacionales entre sus distintas filiales. El problema con estas modalidades consiste en que la industria exportadora no penetra suficientemente en la economía doméstica a través de encadenamientos productivos, de manera que el contenido nacional –y el valor agregado- de los productos exportados resulta bajo (alrededor de 30 por ciento). Por otra parte, el débil





crecimiento de la productividad resta competitividad a los productos mexicanos y ocasiona que el empuje exportador sea más frágil y concentrado en algunos sectores.

Este problema se complementa con la insuficiencia relativa de la inversión extranjera directa. Entre 1994 y 2012, México recibió un volumen muy considerable de capitales, por un monto acumulado superior a 350 000 millones de dólares, más de la mitad procedentes de Estados Unidos. Sin embargo, la llegada de inversiones ha disminuido en los últimos años, y crece a ritmos menores con respecto al resto de América Latina, revelando que el atractivo económico del país se ha reducido. Al mismo tiempo, esta inversión se ha concentrado en una pequeña porción del territorio, puesto que el Distrito Federal, en primer lugar, y otros cinco estados (Nuevo León, Chihuahua, Baja California, Estado de México y Jalisco) han constituido el destino de alrededor de 80% del total. Gran parte del espacio económico de la república, en particular el sur y sureste (con la excepción de Yucatán), sencillamente no es candidato idóneo para recibir flujos significativos de inversión.

En conjunto, eso plantea varios interrogantes acerca de la relación entre TLCAN y desarrollo, y de la capacidad mexicana de aprovecharse de los beneficios potenciales de este régimen. La cuestión de fondo parece ser que muchas de las raíces del débil -e inequitativo- crecimiento mexicano pueden explicarse con un conjunto de obstáculos, tanto económicos como políticos e institucionales. Entre los primeros destaca la caída de la inversión pública, que no ha sido compensada por la inversión privada; y los niveles bajísimos de crédito bancario, en relación con el tamaño de la economía, que inhiben de forma aguda la diversificación y la innovación empresarial. Entre los segundos, figuran de manera prominente los grandes tropiezos para aplicar de manera adecuada el estado de derecho; la crisis de seguridad, con regiones enteras del país sustraídas al control del Estado; y el rezago educativo acumulado durante muchos años de deterioro de la calidad de la instrucción pública, en todas sus etapas. Estos últimos aspectos remiten a la dificultad de proveer aquellos bienes públicos primarios, tales como aplicar leyes, proteger ante la violencia y educar, que son fundamento de la ciudadanía.

Así, a los 20 años de la entrada en vigor del TLCAN, no es difícil apreciar que la puesta en práctica del acuerdo presenta efectos encontrados y fuertes diferencias, según los sectores y las entidades. Su desenvolvimiento cumplió con algunos de los objetivos que el gobierno de México formuló en su momento, pero, en las condiciones actuales, los beneficios parecen haber llegado a sus límites. Sin la remoción de los principales obstáculos –internos más que externos- que han constreñido y fragmentado los efectos positivos del TLCAN, es arduo prever la apertura de una nueva frontera para el desarrollo mexicano.

Para saber más:

— Gallagher, Kevin P., Wise, Timothy A. y Dussel Peters, Enrique, *El futuro de la política de comercio en América del Norte. Lecciones del TLCAN*, México, Miguel Angel Porrúa/Universidad de Zacatecas/UNAM, 2011.

— Kuntz Ficker, Sandra, coord., *Historia económica general de México. De la colonia a nuestros días*, México, El Colegio de México, 2010 (véanse varios de los ensayos allí reunidos).

— Riguzzi, Paolo y de los Ríos, Patricia, *Las relaciones México-Estados Unidos. ¿Destino no manifiesto? 1867-2010*, México, UNAM, 2012.

— Vega, Gustavo, *El Tratado de Libre Comercio en América del Norte. Visión retrospectiva y retos a futuro, México*, El Colegio de México, 2010.

▲ Vista del "Muro" fronterizo con Estados Unidos. Col. Particular Patricia de los Ríos.

▲ Inmigrante mexicano en Nueva York. Col. Particular Patricia de los Ríos.

Eulalia Ribera Carbó
Instituto Mora



VOLCÁN PARICUTÍN

A 71 AÑOS DE SU NACIMIENTO

En 24 horas alcanzó los seis metros de altura, y en nueve años de erupciones llegó a los 410 metros. El acontecimiento de la vulcanología más reciente recorrió el mundo. Fueron los propios campesinos purépechas de la zona quienes lo bautizaron y redactaron su inédita acta de nacimiento.

La tarde del 20 de febrero de 1943, Dionisio Pulido, habitante del pueblo de San Salvador Paricutín, perteneciente al municipio de San Juan Parangaricutiro, al noroeste de Uruapan, estaba trabajando en sus maizales. Era un día de labores como cualquier otro y el campesino no podía sospechar lo que estaba a punto de presenciar. Un estrecho agujero en el suelo se abrió repentinamente formando una grieta por la que se produjo una pequeña explosión. La siguió una emisión de vapor de agua y gases sulfurosos, y después salió una columna eruptiva de polvo fino y pequeñas rocas incandescentes.

▲ Gerardo Murillo (Dr. Atl), Erupción del Paricutín, oleo, 1943. Museo Nacional de Arte. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2014.





El susto de Pulido fue mayúsculo. Intentó poner a salvo la yunta de bueyes, montó a toda prisa su yegua y partió al galope rumbo a Paricutín, donde su esposa, hijos y amigos lo esperaban, tan asustados como él. Enseguida, Pulido y el jefe de la Tenencia se fueron a la cabecera municipal para dar cuenta de lo que estaba pasando a las autoridades, las cuales enseguida mandaron una comisión a verificar los hechos. Durante la noche, la gente apenas pudo dormir. Observaban con terror las erupciones incandescentes que se iban tornando violentas y rugientes.

Por fin se hizo de día y, por citatorio urgente, los regidores del cabildo se reunieron en el salón de actos del Ayuntamiento del pueblo. Después de las alarmadas deliberaciones del caso, se concluyó que aquel extraordinario fenómeno era volcánico y al final de la sesión, se levantó el acta, que en uno de sus párrafos dice así: *a propuesta de algunos vecinos de este lugar y de Paricutín, se discutió el nombre correcto que deberá llevar el mencionado volcán, y después de amplias deliberaciones y deseos de los pobladores de la región, por unanimidad se le denominó* VOLCÁN PARICUTÍN.

Es el acta de nacimiento de un volcán, seguramente la única que existe en la historia. Unos campesinos purépechas, sin conocimientos geológicos científicos, habían sabido ver en aquellas explosiones, inéditas y asombrosas para cualquiera, un fenómeno volcánico. Y a menos de 24 horas de iniciado ya habían tomado cartas en el asunto, indicando la necesidad de estudiar los problemas que derivarían de todo aquello, y la conveniencia de poner de inmediato en conocimiento a autoridades superiores.

Desde el municipio de San Juan Parangaricutiro salió el aviso rumbo a la ciudad de México y la noticia cimbró al país y al mundo entero. A la medianoche del primer día, el edificio volcánico medía aproximadamente seis metros de alto. Las erupciones intermitentes que se sucedieron hasta 1952 lo hicieron llegar a los 410 metros sobre el campo de cultivo original. Desde el inicio de las erupciones investigadores de las ciencias de la tierra se presentaron en el sitio. Tomaron fotografías, recogieron testimonios de la gente del lugar y pusieron manos a la obra haciendo observaciones sistemáticas, escribiendo apuntes, midiendo, analizando, monitoreando. Diego Rivera lo pintó. Gerardo Murillo, el Dr. Atl, se instaló con su caballete durante meses en el lugar, para trabajar en cientos de cuadros, dibujos y en la edición del famoso y profusamente ilustrado volumen *Cómo nace y crece un volcán*.

Las emisiones de lava cesaron repentinamente el 25 de febrero de 1952. Después, únicamente explosiones débiles siguieron hasta su cese definitivo el 4 de marzo. A partir de entonces sólo el paisaje hostil, quemado, rocoso, ceniciento, y unas tranquilas emisiones de vapor de agua y fumarolas ácidas quedaban de la furia que había durado nueve años y once días de historia eruptiva. Pero el Paricutín había ofrecido por primera vez en la historia de la vulcanología moderna, la oportunidad para estudiar el desarrollo de un volcán monogenético. A los 71 años de su nacimiento, celebremos el aniversario de aquella notable efeméride geológica de un planeta que sigue en construcción.

▲ ▲ Gerardo Murillo (Dr. Atl), *El Paricutín el 26 de febrero de 1943*, papel y carboncillo. Museo Nacional de Arte. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2014.

▲ Gerardo Murillo (Dr. Atl), *El Paricutín*, papel y carboncillo, 1943. Museo Nacional de Arte. Reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2014.

Arturo D. Ríos
Facultad de Filosofía y Letras, unam



"Qué quiere usted: *SOY MEXICANO*"

En mayo de 1895 regresaba desde La Habana Leonardo Márquez, el exiliado lugarteniente de Maximiliano. Su presencia en el país generó protestas y apoyos. El periodista Ángel Pola lo acompañó en el tren que lo trajo a la ciudad de México desde Veracruz. Recuperamos aquí el relato del viaje y presentamos una rápida biografía del general a quien se acusaba por las *matanzas de Tacubaya* y los fusilamientos de liberales.

El militar de mayor grado que defendió al imperio y pudo escapar de la justicia republicana fue Leonardo Márquez, lugarteniente de Maximiliano que, a diferencia de otros jefes como Tomás Mejía o Miguel Miramón –por no hablar del mismo emperador–, a quienes comúnmente se consideró errados en lo político, pero dignos en lo personal, arrastraba una reputación dolorosa. Inspiraba, casi con unanimidad, los peores conceptos. Aunque él siempre lo negó, la mayor parte de la opinión pública lo responsabilizaba por *las matanzas de Tacubaya* (1859), suceso en el que civiles y médicos fueron pasados por las armas. Asimismo, se le atribuía la orden –que tampoco reconoció jamás– por la cual se fusiló, fuera de toda ley, a Melchor Ocampo (1861). Los liberales tampoco olvidarían que ese mismo año había mandado a fusilar a Leandro Valle y abatido a José Santos Degollado, *el héroe de las derrotas*.

Una vez que Maximiliano y sus generales fueron aprehendidos en Querétaro, la ciudad de México se convirtió en la última ciudad de un imperio ya prácticamente inexistente. Al frente de la defensa se encontraba Márquez. El 19 de junio de 1867, día en que Maximiliano, Miramón y Mejía fueron fusilados en el Cerro de las Campanas, Márquez entregó el mando al general Ramón Tavera para que efectuara la capitulación. Él mismo no podía hacerlo porque, según las leyes republicanas expedidas en tiempo de guerra y los rencores acumulados en su contra, era varias veces acreedor a la pena de muerte.

Permaneció escondido durante seis meses en el corazón de la ciudad, seguramente ayudado por familiares y amigos de mucha confianza. Al fin, un día salió de su refugio vestido de arriero. Tomó caminos perdidos para llegar a Veracruz donde, gracias a Victoria Tornel de Segura, Jorge de la Serna y el doctor Adolfo Hegewish, pudo permanecer quince días oculto en la casa de este último hasta que pudieron arreglar su partida en un barco algodonero procedente de Nueva Orleans, cuyo capitán les cobró 1000 pesos en oro americano a cambio de llevarse al *perseguido político*.

De esta manera, el general iniciaría un largo y solitario exilio de 28 años en La Habana. Al parecer nunca abandonó la ilusión de redimirse frente a la historia, ya que esporádicamente publicó *manifiestos* en los que negaba las culpas que se le imputaban y los *instintos sanguinarios* que se le atribuían. Asimismo, comerciantes mexicanos que visitaban continuamente Cuba –en especial yucatecos y campechanos–, recordarían que era común observar a Márquez en el puerto y los hoteles en los que se hospedaban, repartiendo panfletos que contaban su versión de la historia.

En diciembre de 1894, cuando todos aquellos que tenían una opinión política pensaban –satisfechos o decepcionados, dependiendo el caso– que el régimen encabezado por Porfirio Díaz había logrado una gran concentración de atribuciones, circuló por las calles una noticia que parecía venir de otro tiempo: Leonardo Márquez ofrecía su espada al gobierno mexicano en caso de que estallara una improbable guerra con Guatemala (ambos países sostenían conflictos fronterizos). Salvo algunas expresiones de alarma más bien aisladas, nadie pareció tomar demasiado en serio la posibilidad de que Márquez, de casi 75 años, olvidado cuando no escarnecido, volviera para luchar en ninguna guerra.

Unos meses después, sin embargo, tomó fuerza el rumor de que el gobierno le había concedido permiso para volver, no como soldado sino como un viejo que deseaba morir en su patria. Un sector de la prensa liberal enca-

◀ Gral. Leonardo Márquez, retrato, ca. 1895, en *Manifiestos. El Imperio y los Imperialistas*, México, Imprenta de F. Vázquez, 1904. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.



Primitivo Miranda y S. Hernández. *Muerte de Santos Degollado*. Litografía a color en *El Libro Rojo*, México, Días de León editores, 1870. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.



Primitivo Miranda y S. Hernández. *Mártires de Tacubaya*. Litografía a color en *El Libro Rojo*, México, Días de León editores, 1870. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.

bezado por *El Monitor Republicano* repudió la decisión y lanzó críticas furibundas con la esperanza de que el gobierno diera marcha atrás, pues *Leopardo Márquez* –dijo– no tenía derecho al perdón ni a pisar el suelo que había enrojecido con sangre de héroes. Además –se advirtió–, su figura podía insolentar al viejo partido conservador, siempre al acecho de las instituciones republicanas. No tuvo éxito, pues el 28 de mayo de 1895 el denostado general desembarcó en el puerto de Veracruz.

Los estudiantes, particularmente los de la Escuela Nacional Preparatoria, hicieron eco de las protestas y, una vez que supieron que Márquez se acercaba a la ciudad de México, acudieron a la estación del tren de Buenavista para manifestarse contra su presencia. Unos días después, y a manera de reclamo, organizaron un mitin para conmemorar la muerte de Ocampo, el cual finalizó con la aprehensión de algunos de ellos. Finalmente, enviaron una carta al embajador de Estados Unidos para advertirle que el alojamiento de Márquez en el Hotel Washington era una afrenta contra el héroe estadunidense y pedían mudar el nombre del edificio por el de *Hotel de la Traición*.

Otra parte del público y la prensa, sin embargo, apoyó el regreso del general o se declaró indiferente ante un asunto que, dadas las condiciones del país y del personaje en cuestión, ya no era político sino personal: un anciano al que no podían quedarle muchos años de vida –nadie podía imaginar que aún viviría otros 18–, enjuto y nostálgico, quería morir en su país. Nada más. Quienes así opinaban no reconocían en él *al tigre de Tacubaya* sino a un viejo con el que era indigno ensañarse.

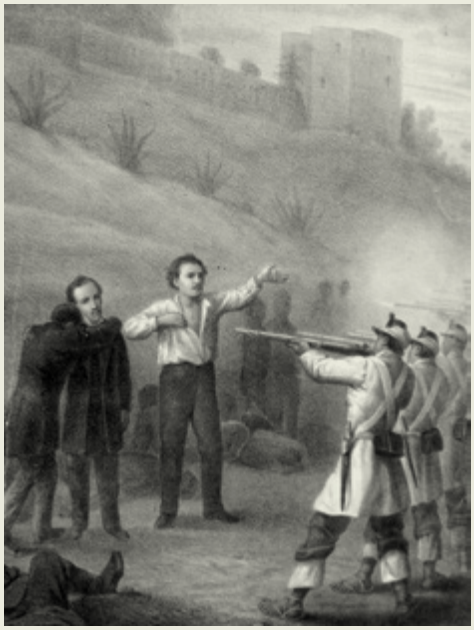
En este contexto *El Noticioso* y *El Universal*, más allá de sus opiniones (el primero en contra y el segundo a favor de su regreso), enviaron reporteros a cubrir la llegada de Márquez. Respectivamente, Ángel Pola y Enrique Beteta Méndez. Este último era un redactor y reportero que ocupaba un lugar secundario en su periódico. Por esto, por la animadversión que *El Universal* producía entre muchos colegas y porque el mismo Márquez lo desmintió respecto a algunos datos, su texto no tuvo tanto éxito como el aparecido en *El Noticioso*, que es el que aquí presentamos. Hubo otra razón: Pola era reconocido para entonces como uno de los reporteros más sagaces de la capital.

A estas cualidades se sumaba el interés que siempre manifestó por la historia reciente del país. Así, fue casi natural que a él le tocara narrar los pormenores del regreso que Márquez emprendió desde Veracruz hacia la ciudad de México.

Antes de topar al general, Pola se dio tiempo para visitar Puebla y asistir a la nueva inhumación de los restos de Miguel Miramón que, por iniciativa de Concepción Lombardo de Miramón, descansarían en la catedral de dicha ciudad. Como señaló un diario, era una *extraña coincidencia* observar a Miramón *resurgiendo de la tumba* al tiempo que Márquez volvía del exilio.

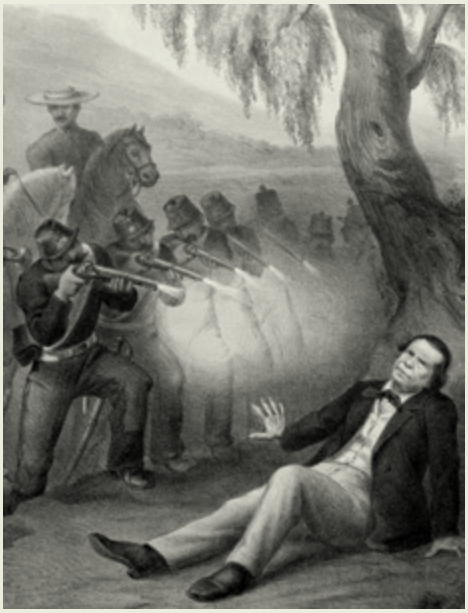
Debido al encono o curiosidad que había suscitado el arribo del exiliado, diversos periódicos se apresuraron a reproducir íntegro o en parte el reportaje de Pola, que así se anotaba un éxito más en su carrera. Cabe decir que Pola, con algunas modificaciones y añadidos merced al tiempo transcurrido, volvió a publicar este texto a manera de introducción al libro *Manifiestos. El imperio y los imperiales* (1904). En él, reunió y anotó con cierta profusión varios de los manifiestos que Márquez publicara para defender su actuación histórica.

Una última nota: Márquez no moriría en México. Probablemente en 1911, con casi 90 años a cuestas y viviendo una época que en definitiva no era la suya, emprendió, esta vez por voluntad propia, un último exilio en La Habana, donde fallecería dos años después.









◀
Primitivo Miranda y S. Hernández. *Fusilamiento de Leandro Valle*. Litografía a color en *El Libro Rojo*, México, Días de León editores, 1870. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.

◀◀
Primitivo Miranda y S. Hernández. *Asesinato de Melchor Ocampo*. Litografía a color en *El Libro Rojo*, México, Días de León editores, 1870. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.



Leonardo Márquez regresa del exilio en *El hijo del Ahuizote*, México, 16 de junio de 1895.

Llegada a México del General Leonardo Márquez

Por Ángel Pola
(*El Noticioso*, 30 de mayo de 1895)

A la una llegó el tren de Veracruz a la Esperanza. En el vagón de primera clase, en un asiento cerca de la puerta delantera, venía sentado el general Leonardo Márquez. A un vistazo se daba con él, con cuatro señas: es bajo, de cuerpo delgado, anciano, una hendidura atroz en el carrillo derecho.

Ratifiqué las señas tan instantáneamente, como el pensamiento:

–¿Usted es el General Márquez?– le pregunté.

–Sí, señor.

Y puse en sus manos una tarjeta y desde luego me habló con familiaridad. Pasamos al restaurant y tras nosotros iba un muchacho cargando una petaca de lona, color de plomo, a la que no le quitaba la vista de encima. Comió bien y violento, y al querer saber sin reticencias –quien esto narra– si bebía vino, agua o cerveza, dijo el General:

Cerveza, hombre, ¡qué reticencias!, yo soy franco; yo siempre les llamó a las cosas por sus nombres.

Después al tren y entramos de lleno en plática. Salió el 23 de La Habana en el vapor *Seguranca*; durante la travesía del mar no tuvo ningún contratiempo; a Veracruz le notó grandes progresos y dice que sintió satisfacción por esto.

Si yo quiero a mi patria, hombre, soy

mexicano, exclamó, como en prueba del placer que sentía por el adelantamiento material de aquel puerto.

A cada nueva perspectiva, a medida que avanzaba el tren hacia México, rejuvenecía en su conversación. Al sonido del gigantesco galope que producía la locomotiva al hallar resistencia en medio de la soledad de las llanuras, palpitaba su viejo corazón, latía fuerte como queriendo romper la cárcel del pecho con la respiración amplia del aire sano del país natal.

– ¡Ah, cómo ha adelantado mi patria! Todo esto no lo dejé así cuando huí de ella. Recuerdo: salí de México a caballo, acompañado de mi ayudante Rincón. Llevaba la cara, aquí donde tengo el balazo, muy hinchada, muy abultada. Encontré en una barranca a un grupo de caminantes. Yo creí que estaba perdido, pues no; me dijeron a mi paso: adiós amigo. Y yo les respondí: adiós, amigos. Y seguí mi camino. En Tehuacán, sin sentir, llegué a encontrarme entre soldados enemigos y escapé por mi sangre fría, casi a la vista de ellos. De Veracruz salí con un trajecito azul. Se aseaba en el muelle el señor general Díaz; tomé a la izquierda y bajé al bote que me aguardaba y me alejé.

Toda aparecía nuevo para él y la alegría le retozaba en el cuerpo; largo, eterno sentía correr el tiempo. A veces se frotaba las manos y afirmaba que en La Habana siempre tenía en la memoria a México y que el pensamiento que le asediaba era el de tornar pronto.

Allá vivía en la calle de Aguiar, en la Casa Blanca, vivía solterón, pero arregladamente. A las cinco de la mañana estaba en pie y corría calles para hacer ejercicio. Levantado el sol empezaba a trabajar: primero fue corredor, después tuvo parte en el Bazar de Santa Ana.

Temprano se recogía en la cama y dormía a oscuras y a tirones. Alguna vez de paseo en el mar en un botecillo, una cáscara de nuez que era juguete de las olas, y estuvo en inminente peligro; pero no le dio cuidado. Esa, su sangre fría, la admiraron los marinos.

Ahora aún está fuerte y no se ha borrado de su manera de obrar la influencia mecánica de la ordenanza.

Caminando y en el curso de la conversación, se determinó en Huamantla a no llegar a México el miércoles y nos trasbordamos a otro tren en Apizaco, donde al bajar de la plataforma nos topamos con D. Ignacio Carranza, quien apoyó la idea de no venir a México ese día. Tomamos pasaje para Puebla. Ya que nos habíamos sentado, resolvimos partir a Tlaxcala y de allí, al día siguiente, a la hacienda del señor Carranza, cerca de Texmelucan.

Transcurridos tres, días entraríamos en México, sin que nadie sintiese la llegada. Nos apeamos en la estación de Santa Ana y la curiosidad de los pasajeros y habitantes fue tanta como en Apizaco: pasábamos por 1000 ojos fijos y esos ojos nos seguían con miradas de curiosidad unos y otros debajo de un entrecejo fruncido y arriba de una boca cerrada.

En Santa Ana ya formaban en el andén seis ruralazos con carabina terciada y espadota arrastrando. Subimos en un vagón y ahí todavía no se saciaba su curiosidad. Había caras que espiaban por las ventanillas, y ¡qué caras! Con mirarlas bastaba para pensar que la mano derecha que les pertenecía asía crispada algo.

Fuimos a saludar al jefe político y no fue poca cosa su sorpresa al oír el nombre del general. Mientras el señor Ignacio Carranza presentaría sus respetos al gobernador, nos pasearíamos por el zócalo.

Un transeúnte tropezó cerca de nosotros y estuvo a punto de caer.

–Cuidado, amigo. Prorrumpió el general.

–Parece que lo conozco–, dijo rehecho el transeúnte.

–A ver, ¿quién soy?

–Pues quién ha de ser usted: ¡el general Leonardo Márquez! Venga un abrazo: yo soy el coronel Gerardo Emilio Herrerías.

–Sí, hombre; cómo no lo he de conocer: su padre de usted fue mi ayudante en el batallón de Toluca.

A poco entramos en Palacio a hablar con el secretario de gobierno, a quien enseñó el general su pasaporte, firmado por el cónsul de La Habana.

–Mire usted –le dijo– yo vuelvo a mi país porque el gobierno me lo ha permitido, porque estoy comprendido en la amnistía del año 70: vengo a mi patria a pasar tranquilo los últimos años de mi vida. Qué quiere usted: soy mexicano.

–¿Viene usted a Tlaxcala de paseo?, – preguntó el secretario de gobierno.

Y entre dientes, como que dijo de mala gana que sí el general. Y mostrándose más la franqueza con el carácter amable del alto empleado, el general manifestó:

–La verdad, señor, es que no quiero que por mi causa se dé un disgusto al gobierno a mi llegada a México, por unos jóvenes que ignoran que vuelvo sin más deseo que vivir en paz; sin inmiscuirme en nada. Si mi regreso es motivo de disgusto general, de aquí puedo volverme a La Habana y acabar allá mi vida, que ya es corta. Pienso esperar a ver el curso de los acontecimientos y obrar por la lección que me den.

–General, obre usted, sin que sea consejo, como se lo dicte su corazón. Las corazonadas siempre son de felices resultados.

Nos despedimos del secretario y la corazonada fue ir a dormir a Puebla. A nuestro regreso a la estación, el Jefe de Rurales, Campos, le manifestó que no había novedad, y a su paso, cerca de una escolta, le terciaron las armas, y el general se tocó el ala del sombrero.

Con la entrada de la noche, vi decaer su ánimo, no sé por qué. Entre aquellas sombras que parecían surgir de los bosques, de la llanura silenciosa, y se nos acercaban intensas como fantasmas para envolvernos, tuve la sugestión de la muerte. Nos paseábamos, cuando el general se detuvo tal vez para espantar una idea negra y habló.

–¡Qué extraño! ¿Por qué tocan tanto las campanas aquí sí está prohibido?

El aire nos traía de Tlaxcala, que había quedado lejos, algo así como dobles.

Enseguida, el frío y el viento nos hicieron buscar refugio en la pieza de la estación. Unas señoritas platicaron con el general sobre los moscos, y él pintó a lo vivo su coraje contra ellos porque hacían daño y por su pequeñez no se les podía hacer nada; escapaban de la venganza. En esto se le manifestó que podía hacerle mal el frío.

–No, hombre; a mí no me hace mal nada: ni el frío, ni el calor, ni nada.

Con todo, sacó su paletó de la petaca y se lo puso.

Pitó el tren que iba a México y nos prevenimos al viaje. A las ocho y minutos de la anoche llegamos a Puebla. A unos militares les quitamos la vuelta. Se sabía que llegaría el general. Violentamente entramos en un coche, y de incógnitos tomamos el cuarto 23 del Hotel de Francia, inscribiéndonos en el pizarrón y los libros bajo los nombres de Ángel y Luis Martínez. El señor Carranza, aunque después cedió, fue a la casa de un amigo y al rato tornó.

Tomó café con leche con escaso apetito, después de resuelto que ayer tomaríamos a

las 5:40 minutos de la mañana el tren directo de Puebla a México, y nos apearíamos en la curva de Peralvillo, frente a la estación del ferrocarril de Hidalgo.

Se acostó el general y el toque de alba en la sonora campana de catedral le despertó.

Al cochero del coche de sitio número 45, le dijimos que nos condujera a la estación del Interoceánico, y en camino, hablando del punto en que había que desayunar, fuimos a parar a la estación del Ferrocarril Mexicano y desorientamos al cochero.

Apenas habíamos ocupado nuestros lugares en el vagón de 1ª clase, apareciendo merodeando por las ventanillas los bigotazos semicanos y retorcidos del licenciado Joaquín Valdés Caraveo.

Durante el trayecto, platicó de la revolución de Cuba y de sus aficiones por la vida del campo. Si no ha sido por una orden del año ´53, no hubiese abandonado la Hacienda de Huehuetoca, que significa viejo que llora; de allí fue a organizar el batallón de Toluca. Andando el tiempo aprisa, llegó un día en que se le quiso aprehender para irle a entregar al general Álvarez, al sur; y entonces por una puerta de su casa entró la escolta y por la otra se escapó y huyó a Puebla a tomar parte en la revolución. ¡Ah! Si no ha sido por esa fatalidad, sería él un agricultor ricachón, porque le gusta trabajar, pero andando el sol, a caballo, mojándose, cansándose.

Y ahora que digo fatalidad debo decir que el general cree que todo tiene causa en ella.

Yo –afirma– por fatalidad he hecho todo en mi vida. Me arrastra.

Conoció la Villa de Guadalupe desde sus primeras casas.

En la curva que el Ferrocarril Mexicano hace en Peralvillo, frente a la estación del ferrocarril Hidalgo, allí nos apeamos.

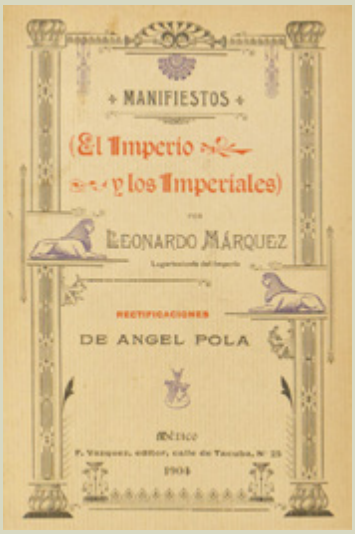
Ya venía el señor Romás Araujo corriendo con un enjambre de niñitos, a uno cargaba, a otro tiraba de la mano, y éste a otro pequeñuelo y éste a otro.

Venía también don Victoriano Agüeros, director de *El Tiempo*, y el coronel Camacho.

En la carretela del señor Agüeros subió el general y la demás gente en los coches de sitio 145 y 324.

Ocupa el general los cuartos 1 y 2 del hermoso y limpio Hotel Washington.

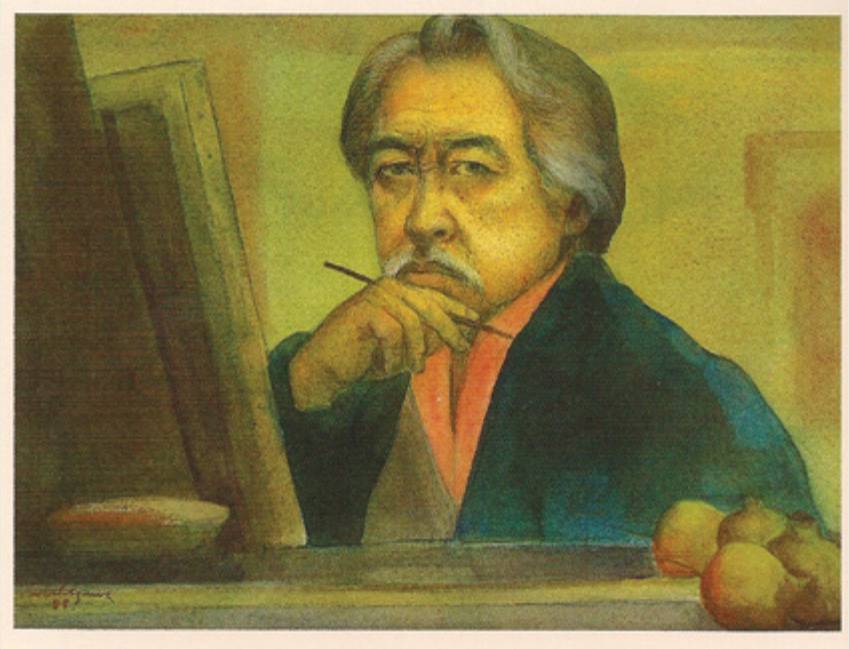




◄◄ Monumento a los Mártires de Tacubaya en *México a través de los siglos*, t. 5. Imprenta Espasa y Compañía editores, 1888. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

◄ *Manifiestos. El Imperio y los Imperialistas* por Leonardo Márquez, México, Imprenta de F. Vázquez, 1904. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

Guadalupe Villa Guerrero
Instituto Mora



EL ARTE DE

LUIS NISHIZAWA

La obra pictórica de este artista mexicano está marcada por diversas corrientes estéticas. Pasó por el expresionismo y el gestualismo. También destacó en trabajos abstractos y figurativos. De trazo fino y elegante, incursionó en los procesos gráficos y la escultura. Ha sido un prolífico paisajista. La influencia cultural samurái de su padre japonés, lo marcó para toda la vida.

He planeado mi vida como si fuera a vivir 2000 años, y he trabajado como si fuera a morir mañana.

Entre los artistas mexicanos de la segunda mitad del siglo xx destaca Luis Nishizawa, nacido el 2 de febrero de 1918 en la hacienda de San Mateo Ixtacalco, Cuautitlán, estado de México, de padre japonés y madre mexicana. Las dos corrientes culturales que lo nutrieron desde su niñez fueron definitorias de su físico, su cultura y expresión artística, y su vida cotidiana.

Nishizawa es un gran artista plástico, excelente y culto conversador, desprendido amigo, generoso maestro –en el sentido amplio de la palabra. Prodigó sus conocimientos sobre técnica de materiales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas por 47 años, y en su Museo–Taller en la ciudad de Toluca, convertido en Centro Cultural, impartió clases los sábados desde su apertura, en marzo de 1993, y hasta no hace mucho tiempo.

Este hombre de hablar pausado conserva un entrañable y reverencial recuerdo de su padre, quien llegó a México procedente de Japón. Les hablaba, cuando niños, a él y sus hermanos, de su pequeño pueblo natal, de los habitantes del lugar, sus amigos y, sobre todo, de su hermano mayor, quien había sido como su segundo padre cuando quedó huérfano a temprana edad: *lo escuchábamos con verdadero deleite, eran las hazañas heroicas de los antiguos samuráis relatos que enriquecieron mi imaginación y mi conocimiento del mundo. Así, desde pequeño conocí de oídas la ciudad de Nagano, con sus maravillosos templos, sus montañas y sus ríos… También nos cantaba canciones guerreras muy antiguas de los samurái, y nosotros decíamos: ¡ay, qué feo canta! Porque son cantos muy guturales y nos parecían feos. Al ir creciendo comprendimos que esas canciones tenían un gran significado para él. Le recordaban su infancia y a pesar de que vino muy joven a México, siempre se educó y vivió dentro del espíritu de los samurái... Todo lo que he podido lograr como pintor y como hombre lo hago para honrar a mi padre… Creo que todos tenemos en la vida una persona que le da sentido y que es la razón de lo que hacemos. Para algunos, es una mujer; para otros, un ideal; para mí, es mi padre.*

Los recuerdos de su madre se centran en su carácter dulce, bondadoso y comprensivo, en su cultura, en la experiencia de haber vivido en Alemania, al lado de su madrina de bautizo, quien la quiso como a una hija: *La recuerdo cuando regresaba del mercado, cargando su canasta. Siempre traía un ramo de flores en las manos… Compraba flores como parte de su vida… era una mujer muy sensible al arte. Mi madre siempre nos habló de México y Alemania…y mi padre… de Japón, enriqueciéndonos en varios aspectos: nos abrieron un mundo a la imaginación.*

La niñez de Luis Nishizawa transcurrió en San Mateo Ixtacalco, y su juventud en la gran urbe capitalina, en el populoso barrio de Tepito. Su formación artística inició en la

◀ Luis Nishizawa. *Autorretrato*. (Aguafuerte), 1985. Col. Particular.



Luis Nishizawa. *Iztaccíhuatl*. (Tinta), 1995. Col. Particular.

Academia de San Carlos a principios de la década de 1940, cuando estaba en su apogeo la pintura mural de fuerte acento nacionalista. Algunos de sus distinguidos maestros fueron Benjamín Coria, Luis Sahagún, José Chávez Morado, Alfredo Zalce, Julio Castellanos y Antonio Rodríguez Luna; a Francisco Goitia lo considera su maestro espiritual. Todos ellos potenciaron el talento de su discípulo, aportándole los elementos que habían de dotarlo de su característica personalidad artística.

La obra de Nishizawa no se reduce a una corriente estética y, como él mismo ha señalado, sus inicios se remontan a la Escuela Mexicana de Pintura, donde obtuvo un estilo realista de contenido social muy marcado, del que poco a poco se fue separando. Pasó por varias etapas: expresionismo, gestualismo, hasta llegar al abstracionismo, y de vuelta al figurativismo. Dentro de estos estilos ha utilizado diversas técnicas pictóricas, desde el caballete hasta el muralismo. Su dibujo es fino y elegante, y ha incursionado en los procesos gráficos y la escultura.

En su infancia, Nishizawa obtuvo las primeras impresiones que lo prepararon para contemplar el paisaje y desentrañar las particularidades de la luz del alba y del atardecer. Lo marcaron los cielos nublados, la neblina que desciende de las montañas y la majestuosidad de la perspectiva. La disciplina académica de la escuela le dio una base firme: *uno tiene que recorrer muchos campos y quedarse después en lo que considera lo más apegado a su personalidad.*

Hago lo que a mí me gusta. Si resulta una obra interesante, qué bien; si no resulta, también, qué bien

Nishizawa es un hombre identificado plenamente con la gente del pueblo a la que comprende en su complejidad social. Como en el caso de otros artistas, ha encontrado interés, por su intenso dramatismo, en las populares manifestaciones religiosas de Semana Santa.

Las representaciones plásticas privilegiadas por nuestro pintor muestran una marcada simpatía por aquellos seres que deben realizar pesadas tareas para poder subsistir; entre ellos, los hombres de campo y las comunidades indígenas. Las naturalezas muertas han sido otros de sus temas favoritos y, como el resto de sus obras, las ha trabajado con gran maestría representando los frutos de la tierra y los del mar: camarones, langostas y diversos peces.

El paisaje de México ha sido fuente constante de inspiración. Quienes han practicado este género a partir del siglo XIX, en el que surge en México este tipo de pintura, conforman una enorme lista en la que está comprendido Nishizawa, por la aportación de sus obras originales. Quizá era imposible que en sus primeros paisajes escapara a la tradición establecida con el ejemplo de José María Velasco; en ellos, los valles y montañas

Hago lo que a mí me gusta. Si resulta una obra interesante, qué bien; si no resulta, también, qué bien.



▲

Luis Nishizawa.
Naturaleza muerta.
(Temple sobre lino
y madera), 1987.
Col. Particular.





▲ ▲ ▲

Luis Nishizawa. [sin título] [sin fecha] (aguafuerte). Col. Particular.

se miran con la amplitud de horizontes que ofrece la perspectiva académica. No obstante, nuestro pintor ha señalado: *Me encantaría poder realizar ese cielo y ese colorido plateado del Valle de México, que tan bien enfatizó Velasco. Sin embargo, la principal influencia que tengo del paisaje es de Francisco Goitia, quien no era paisajista, pero su cuadro de La Hacienda de Santa María, es una de las obras que más me han impresionado.*

Las influencias que recibió son inevitables, en sus obras es posible advertir rasgos característicos de José María Velasco, José Clemente Orozco o Gerardo Murillo (Dr. Átl), pero afortunadamente, en lo que respecta a su propia personalidad, su expresión paisajística no tardó en llegar, manifestándose ya en la década de 1970. El arte japonés no guarda secretos para Nishizawa, y es justamente en la pintura de paisaje donde ese conocimiento se manifiesta ostensiblemente, el cual expone con indudable maestría en el papel o la tela. *Para los paisajistas japoneses y mexicanos hay un elemento de la naturaleza que los identifica: la presencia de los volcanes existentes en sus propios países*. En efecto, entre las imágenes con las que se identifica a México destacan, sin duda, el Popocatépetl y el Iztaccíhuatl, dos volcanes que han sido un referente en la obra de diversos pintores mexicanos y extranjeros, atraídos por la belleza y fascinación de ese espectáculo de la naturaleza, entre ellos: José María Velasco, Dr. Átl, Saturnino Herrán y, en la segunda mitad del siglo xx, Luis Nishizawa, quien ha hecho de los volcanes uno de sus temas predilectos en óleo y acuarela. No sólo del *Popo* y del *Izta*, sino también el Nevado de Toluca o Xinantécatl. Los atardeceres en torno a los volcanes, pintados con un intenso color azul, son su sello inconfundible.

Una de las mayores contribuciones de Nishizawa a la pintura de paisaje en México se encuentra en las obras derivadas de lo japonés, sobre todo en aquellas de tonos alcanzados con los recursos que ofrecen el blanco y el negro. Tiene así magníficas obras dedicadas al Popocatépetl que bien podrían ser una representación del volcán Fujiyama. El historiador y crítico de arte, Xavier Moyssén, escribió: *La concepción estética de los grandes paisajistas nipones hace acto de presencia en Nishizawa, en obras que ha hecho con tintas y otros materiales, como el acrílico; el color aplicado con finas pinceladas para dar volumen a los objetos o marcar las distancias en la profundidad del horizonte; todo lo logra con esmerada sutileza. Hay una síntesis de las formas: las alturas de cerros y montañas, los declives de los valles o los impresionantes cortes de barrancas y cañadas; la niebla parece envolverlo todo, excepto la altura de los volcanes nevados.*

A partir de los años setenta, Nishizawa se involucró en el arte gráfico, practicándolo con diversas técnicas: litografía, aguafuerte, mixografía –en las que se distinguen los encendidos colores de su elección-, y los temas de estética japonesa: *Pez y luna*, y *Langosta*, ambos de 1978.

Su trabajo le ha merecido numerosos premios y distinciones en México y Japón; entre ellos, la Presea Estado de México en la modalidad de Artes: *José María Velasco*; el doctorado Honoris Causa de la UNAM; el Premio Nacional de Artes y la Condecoración Imperial de Japón: Tesoro Sagrado. No obstante el orgullo y la satisfacción de haber recibido estos galardones, no son para él motivo de presunción, porque *no le importa si tienen premio. El hecho de estar creando, pintando, ser feliz, estar rodeado de la gente que lo quiere, es otra parte de un sueño hecho realidad*.



Luis Nishizawa. *El valle en otoño.* (Tinta), [s. f.] Col. Particular.

En la actualidad, la pérdida de su esposa, la también pintora Eva Zepeda, y un accidente que le ha dificultado su actividad motriz, han provocado que Nishizawa haya limitado su oficio de pintor y dejado de ejercer su labor educativa. Alguna vez expresó: *el arte para mi es la vida. Seguiré dando clases mientras pueda caminar, porque los jóvenes me retroalimentan*.

Eva fue su mayor crítica y quien al comienzo de su matrimonio se encargó de enmarcar las obras. Al llegar los hijos -María, Luis, Gabriel y Adriana-, dividió su tiempo entre el cuidado y la educación de ellos, y en llevar y acompañar a su esposo al campo para que ejerciera su actividad creadora. Los repetidos viajes al Japón del matrimonio Nishizawa sirvieron para importar a México obras de maestros nipones, porcelana, utensilios para el hogar de uso cotidiano, comestibles y preciosos objetos decorativos que lucen en su casa de estilo mexicano con detalles japoneses. La cocina de Eva podía ser pródiga en chiles en nogada o platillos japoneses, acompañados indistintamente con sake, tequila o aguas frescas.

No obstante los avatares de la vida, Luis Nishizawa, quien acaba de cumplir 96 años, no ha perdido la capacidad de conmoverse especialmente ante el paisaje y la naturaleza, ante los recuerdos muy íntimos de su infancia que, asegura, ha trasladado a su obra. Gusta de la poesía Haiku y de Jaime Sabines, admira los cuentos de Juan Rulfo, pero, por encima de todo, ama a sus nietos.

Cuando el taller está en la propia casa, los visitantes tienen la oportunidad única de aproximarse al entorno del artista, se trata una ventana para que *el que quiera asomarse a ella, encuentre una sonrisa colgada de un colibrí, sonrisa que busca el eco de mi voz, mi voz que no tiene sonido*.



▲
Luis Nishizawa. *Naturaleza muerta*. (Temple sobre lino y madera), 1990. Col. Particular.

En la mayor soledad, la mejor compañía es la pintura, por eso hay que ponerse a pintar.

Para saber más:

—

Luis Nishizawa, *De ayer a hoy,* México, Telmex, 1990.

—

Luis Nishizawa, pintor del pueblo, Toluca, Estado de México, Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal (ceape), 2014.

—

Montaño Humphrey, Gilda, *Nishizawa. El poeta de la plástica*, Toluca, Estado de México, Instituto Mexiquense de Cultura, El Colegio Mexiquense, A.C, 2003.

—

Visitar el Museo–Taller Luis Nishizawa, situado en Nicolás Bravo Norte N° 305, casi esquina con Lerdo, Col. Centro, C.P. 50 000, Toluca, estado de México.

Rosalía Martha Pérez Ramírez
Instituto Alfonso Vélez Pliego, BUAP



EL *CUPO*, EL *JUEZ* Y EL *CAPITÁN*

En la Puebla de 1837, la disposición del gobernador de completar el personal que se necesitaba en el ejército, era un dolor de cabeza para los jueces. ¿Con quiénes podrían llenar la cuota que se les pedía?

Desde el cuartel menor de la calle de Herreros donde se hallaba el juzgado de paz, don Tomás Axotla caminaba diligentemente hacia la esquina de Mercaderes una tarde de primavera de 1837. Contaba con el tiempo preciso para encontrarse con sus colegas en el taller de don Manuel Zincuneguin, que por esos años era el sastre más reconocido entre las esferas poblanas. Lo mortificaba la idea de llegar tarde a la cita pero ¡qué le iba a hacer!, los empleados del juzgado le habían hecho una despedida esa mañana; pero más lo perturbaba que su bondad natural, tan reconocida en dicho acto, se encontrara precisamente a prueba. ¿Cuál era la causa? Pues nada menos que la orden de la presidencia de la República para que jueces, fiscales, ministros y demás personal de la administración de justicia se metieran en gastos, por la imperiosa necesidad, porque era imperiosa, de adquirir uniformes nuevos. Don Tomás estaba enfurruñado, renegaba de la disposición del señor presidente, que por segunda ocasión en el país era don Anastasio Bustamante, y aunque había argumentado que por no ser ministro del tribunal superior a él no le tocaba, la orden los alcanzaba a todos. ¡Días de protocolos y besamanos!, aunque de muy poca liquidez en las nóminas de las dependencias. Sudando un poco logró entrar al taller de sastrería atrás de sus colegas, quienes lo saludaron amablemente, disimulando su extrañeza al verlo llevar una gallina bajo el brazo, obsequio de sus empleados que así le agradecieron sus bondades.

En la misma tarde calurosa subían por la calle de la Aduana, que ahora se conoce como de la Aduana Vieja, varios muchachos, empujándose y bromeando entre sí con toda la alegría de la edad, encaminados hacia el mismo local. Bien mirado, ya no estaban tan jóvenes como para alborotar tanto, andaban por los 17 años de edad desbordando energía. El más alegre de ellos, Melchorito Barreda y Nurieta, traía bajo el brazo un atado de figurines que había estado hojeando esos últimos días, para ajustarse a los dictados de la última moda que llegaba de Francia. Los dos grupos entraron casi al mismo tiempo al espacioso taller, en donde el personal tuvo la atención de recibirlos y rogarles un momento de espera. Por un lado, los muchachos, ante espejos muy grandes que enmarcaban su aspecto juvenil (uno de estos espejos puede aún admirarse en la dulcería El Lirio, de la calle de Santa Clara), y en otra sala, los jueces y demás empleados de los juzgados, a quienes también

◄
Vista de la Catedral de Puebla, litografía en *México a través de los siglos*, t. 3, Imprenta Espasa y Compañía editores, 1888. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.

se les rogó esperar. La colección de figurines parisinos pasaba de mano en mano entre los amigos de Melchor, todos ellos vecinos de la traza española de la Puebla, que soñaban con lucir el pantalón de estribos, chaleco de terciopelo afelpado, de cuadros o de sedas de aguas con botón de seda, un poquito más largos de lo acostumbrado. Los grabados mostraban pantalones de casimir de cuadros, de medios colores, con pialera y más bien anchos; corbatas de chal de colores oscuros salpicadas de blanco, con nudo a la *negligée* y un pequeño prendedor; y para rematar, sombreros negros de ala ancha y copa alta, terminando el atuendo con un bastón delgado con cabecita de marfil, guante blanco, ¡Vaya! esta moda los hacía imaginarse bajo el balcón de alguna moza recitándole aquellos versos de…

Era notorio el contraste entre los dos grupos, mas no se podía decir, ni mucho menos, que los jueces tuvieran el paso cansado, ya que a pesar de contar con tres o cuatro lustros más de edad, montar a caballo los mantenía en forma, y bueno, de vez en cuando se presentaban en el teatro para darse gusto con las cantantes extranjeras que pasaban por la ciudad. Lo cierto es que en esos años, a la judicatura le preocupaban muchas cosas y entre ellas una en particular oprimía a los jueces hasta provocarles dolores de cabeza: las disposiciones dadas años atrás por el gobernador Juan José Andrade, consistentes en llenar *el cupo*, o dicho de otro modo, completar el personal que se necesitaba en el ejército ¡Y no era para tomarse a la ligera! Los papeles que se pegaron en los lugares de costumbre, anunciaban: *El gobierno del departamento fijará a los alcaldes término prudente para que remitan el cupo conforme a las leyes, imponiéndose a quienes no lo cumplan multas de hasta 400 pesos o prisión de seis meses*.

Pues no, no era para tomarlo a chiste, porque si ya en el año 1832 se anunciaba castigo a los alcaldes, pronto la normativa alcanzó también a los jueces. Por otra parte, desde tiempos del gobernador Patricio Furlong el gobierno central había reducido la edad para el alistamiento a las milicias cívicas de 22 a 18 años, y la disposición, que se extendió a todos los cuerpos, pronto iba a incluir a muchos jóvenes como Barredita y condiscípulos.

Pero volvamos al decreto que motivaba la reunión de Axotla y sus colegas en el taller de Zincuneguin esa tarde que ya iba refrescando. Le había tocado a don Juan González Cabofranco, por ser entonces gobernador de Puebla, trans-

mitir a los juzgados la orden de modificar los uniformes del personal, dándoles un toque de elegancia y lujo, orden que la judicatura recibió con preocupación porque hacía cinco años que la paga se había vuelto irregular. El comedido sastre circulaba entre todos obsequiosamente, oyendo las especificaciones que le daban sus notables clientes y tomándoles medidas, asegurando que empezaría los trabajos en cuanto tuviera los materiales necesarios. Así se enteró que el atuendo de los jueces sería muy parecido al de los ministros y el fiscal de la Suprema Corte de Justicia, que ya le eran conocidos. Su asistente principal, flaco como un silbido, tomaba las notas para la confección del uniforme señalado como *grande*, consistente en casaca de paño azul oscuro, con solapa, puño y faldones de espalda, carteras bordadas, el derredor de los filos de la casaca con el mismo bordado que las carteras y botón de oro con el águila nacional. Se usaría con el centro de casimir blanco compuesto de chupa y calzón corto. El sombrero iba montado, sin galón, guarnecido de pluma blanca en lo interior, con presilla de oro y escarapela nacional, y para terminar, una espada con guarnición de oro. Había otro atuendo más sencillo, pero ese día no fue encargado. Algunos oficiales y escribientes habían acompañado a los jueces; su uniforme debería llevar una franja angosta bordada de oro en el cuello y vueltas de la casaca de paño azul obscuro, cosa que les preocupaba, porque a ellos también se les pagaba cuando el gobierno podía, y eso no era muy frecuente. Para todos los jueces era reglamentario el bastón con puño de oro, trencilla y borlas de seda negra.

¡Esto es mucho, mucho trabajo!, pensaba Zincuneguin, pero se animaba al calcular que el trabajo les traería buenas cuentas. Después de un buen rato de opinar, aconsejar, medir y hacer cálculos, se disolvieron los dos grupos, yéndose cada quién por su lado. Una de esas casualidades de la historia acababa de consumarse: el juez Axotla y el joven Barreda se habían saludado, y el capitán José Barreda, padre de Melchorito, que esperaba a su hijo en la puerta, también cruzó saludos con el juez. Pronto volverían a encontrarse, pero en muy distintas circunstancias.

De vuelta en sus oficinas, la gran preocupación de los jueces era cumplir con la disposición de llenar el cupo del ejército y evitar las multas y castigos que no sólo les parecían excesivos, sino que en verdad lo eran. Hasta cierto punto, el año del señor de 1837 en que estos acontecimientos sucedieron, la

ciudad de Puebla se estaba reponiendo gracias a los intentos de modernización de la industria textil; los artesanos estaban regresando y repoblando los barrios, pero no era fácil suplir las numerosas pérdidas humanas cobradas por las andancias o epidemias de la fiebre amarilla, la viruela y el cólera, que habían llenado los camposantos cuando los jóvenes de ahora eran unos chamacos. Las muertes y los desplazamientos por diferentes causas motivaban que hubiera menos hombres en edad militar y, lo que está en el meollo de esta asombrosa coincidencia de personajes y destinos, es que había un mayor requerimiento de hombres para llenar los batallones. El cupo se nutría principalmente de desertores que vagaban por los caminos, cuando éstos eran atrapados y enrolados de nuevo, y de los desocupados, según la ley de vagos. Desde mediados de la década de 1820 una buena parte de la población andaba desplazada como consecuencia de los pronunciamientos, la expulsión de españoles, las movilizaciones por el intento español de reconquista, la multiplicación de tropas federalistas y centralistas o las deserciones en masa de los cuerpos derrotados. Eso era un gran caldero, que alguien había llamado *El caldero del diablo*.



Trajes de nuestra niñez, ca. 1823, en *Apuntes artísticos sobre la historia de la pintura en la ciudad de Puebla*, México, Tipografía Escalerillas, 1874. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

Pese a todo, el mundo era menos angustiante para los jóvenes que habían nacido con la crisis y la veían como algo cotidiano. Puebla seguía siendo un poderoso centro burocrático civil y religioso con una gran oferta escolar, artesanal y comercial. Las madrugadas se iban calentando al ritmo de sus campanarios y el paso de las recuas y los piquetes de la policía. Y lo que no hemos dicho por estar de curiosos con los uniformes de los jueces, es que a Barredita le había dado por ir a recitar bajo el balcón de una muchachuela que le tenía sorbido el seso, unos párrafos aparecidos en un mensual, como le decían entonces al periódico, que le cayeron muy a tono para declararle sus desvelos: *Los morteros de tus ojos han arrojado la bomba de amor que cayó en la plazuela de mi corazón, levantando en ella la polvareda que me ha cegado. Sus compañeros lo tomaban a broma, leyendo a su vez ¿Qué dirá vuestra merced de una fortaleza que se rinde a la primera bomba? ¡Ah!, si el padre de Barredita, conocido por su carácter recio, se hubiera imaginado el Vía Crucis que iba a desatar el paseo que su vástago planeaba hacer a la casa de la muchacha lo habría encerrado con doble candado por lo menos; porque si hasta aquí lo hemos tomado a broma, las cosas eran en realidad graves y muy serias*.



Trajes de ancianos, ca. 1823, en Apuntes artísticos sobre la historia de la pintura en la ciudad de Puebla, México, Tipografía Escalerillas, 1874. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

Y es que en esos momentos en que el juez Axotla y sus colegas rendían informes cuya sola lectura bastaría para empezar a tronarnos los dedos, Barredita acordaba con uno de sus amigos ir esa noche a pasearle la calle a la chiquilla de sus ensueños, la cual vivía por el rumbo del Carmen que era, como si dijéramos, el otro extremo de la Puebla. Entre los últimos informes enviados por Axotla al gobernador había uno que decía: *De todos los recursos que están a mi alcance me valgo, como lo acreditarán en la cárcel: que a todas horas de la noche encierro gente; puede vs (su señoría) confiar en que estoy pendiente del cargo que me ha conferido*, agregando una última observación que tenía por objeto ablandarlo un poco: *A pesar de que hay vagos como efectivamente los hay…solo quedan unos dos o tres que aparecen casados y con familia y que la ley está a favor y defensa*. Pero ustedes, lectores, como yo, se estremecerán con lo que sigue… *Hasta la fecha tengo entregados cuarenta hombres…con tres que hoy mismo he calificado, cogidos por mí en las rondas que en desempeño de mi obligación he hecho, por lo que pienso no quedar comprendido en la multa de 50 pesos que me amenaza*.

¡Nadie podía negar que el juez estaba haciendo su trabajo! Pero para nosotros es motivo de preocupación pues, esa tarde, Axotla había recibido un oficio del ayuntamiento solicitando su ayuda con urgencia: *Como regidor perteneciente a esta vaca* (léase empleo), *y con arreglo al bando y al oficio del señor gobernador relativo a los 36 hombres que se requieren con urgencia para el Batallón Activo de esta capital y cupo del ejército, he de merecer de usted, con la eficacia que acostumbra, salga de ronda para auxiliarme a hacer este completo*.

¿Habría desistido Melchorito Barreda de salir esa noche, con los rumores de que estaban agarrando al que anduviera por la calle? ¡Pues no!, quitado de la pena tomó la espada de su padre, creemos que a sabiendas de que estaba castigada la portación de armas ¡Vaya!, es inútil que alguien trate de advertirle, ¡no piensa en el peligro!, ¡no escucha! Y por eso no es de extrañar que a la mañana siguiente, 28 de mayo de 1837, se hubiera iniciado en el juzgado 3º de la Puebla el expediente 12 841 en donde se decía… En traje de paisano (por haber pasado toda la noche buscando a su muchacho) se presentó el capitán don José Barreda acompañado del teniente coronel Juan Dosamantes a solicitar la libertad de su hijo Melchor. El juez Axotla enfrentó la furia del padre, tratando de que entendiera, pero por toda respuesta recibió una andanada de insultos.

–¡La juventud de mi hijo le impide a usted la villanía que!… no decía, sino tronaba y daba voces que todos escuchaban, para reclamar a su muchacho que la noche anterior había sido pillado por los policías.

–La espada que blandía frente a los gendarmes me da autorización! respondía el juez que no tronó de la misma manera, sino moderó la voz haciendo para ello una mueca que le cambiaba de lugar un lunar indiscreto, mal disimulando el disgusto.

–Sí señor, anoche a las diez y media lo aprendí con una espada en una calle de las que dan salida a las huertas del Carmen de esta ciudad ¡Cómo voy a darle la libertad contra las órdenes expresas que rigen contra los vagos y mal ocupados!

En la tarde del mismo día, el juez Axotla dictó a su escribano un informe dirigido al señor gobernador, quien había tenido que intervenir en virtud de las solicitudes de varios amigos del capitán. *El capitán Barreda se exaltó en términos contra los respetos debidos a mi persona como un juez, diciendo que era un tal carajo; que no me conocía por juez, por pertenecer a un gobierno electo por facciosos, y estos insultos se repitieron en el portal, y de ellos son testigos Chávez, Arenas, el oficial de guardia, el ayudante de plaza Larrañaga y los regidores Dávila y Arbide*, quienes le prometieron dar su testimonio cuando fuera preciso. Terminaba diciendo: *Todo lo pongo en conocimiento de vs para que se sirva escarmentar a este insolente, no haciéndolo yo para evitar una competencia con la jurisdicción militar, y la crítica de que me exalté como agraviado*, aludiendo al disgusto que el capitán Barreda había venido a darle a su oficina ¿Fue Melchor Barreda enlistado en el ejército? Los documentos no lo dicen, pero es probable que eso haya sucedido, a pesar de que aún no cumplía los 18 años.

Para saber más:

—

Visitar en el centro histórico de la ciudad de Puebla la dulcería El Lirio, el edificio de la Aduana Vieja o el edificio Presno, y pasear por el Jardín del Carmen.

Guadalupe Villa Guerrero.
Instituto Mora

Gilberto Nava Presa

Memorias de un militar villista

Yo les puedo relatar toda la campaña del general Villa, dice este hombre orgulloso de estar junto al caudillo en momentos clave de su lucha revolucionaria. La sangrienta batalla por Zacatecas, el paso por la tensa Convención de Aguascalientes y la derrota en Celaya forman parte de la riqueza histórica de su narración.



En este 2014 se conmemoran varios centenarios que dan cuenta del agitado año que se vivió en el México revolucionario: las grandes batallas de la División del Norte encabezadas por Francisco Villa; la invasión de Veracruz por la armada estadunidense; la Soberana Convención Revolucionaria de Aguascalientes y el encuentro de Villa y Emiliano Zapata en la ciudad capital.

El testimonio que aquí se presenta es el de un hombre que –deduzco-, se unió a Villa en 1913 y permaneció a su lado hasta la derrota de 1915. La entrevista con el teniente coronel Gilberto Nava Presa transcurrió 46 años después, por lo que el personaje incurre en algunos olvidos comprensibles. No obstante, sus recuerdos sobre la toma de Zacatecas (23 de junio de 1914) y su participación en la Convención de Aguascalientes (octubre) destacan por su importancia; en el primer caso, la crudeza de la batalla y la gran mortandad; en el segundo, la ruptura con Venustiano Carranza y la escisión revolucionaria.

Diversos autores han considerado que, durante el constitucionalismo, la batalla de Zacatecas fue la más sangrienta de todas las que tuvieron lugar en la lucha contra el gobierno de Victoriano Huerta. Los testimonios de testigos y partícipes –revolucionarios, federales y civiles, nacionales y extranjeros- dan cuenta de ello. Algo que llama poderosamente la atención es la poca información que, en ese momento, se produjo sobre la batalla de Zacatecas. En los días en que estaba por resolverse la victoria a favor de los revolucionarios no hubo periódicos, ni siquiera el oficial del gobierno del estado, que brindaran amplia información. Victoriano Huerta ejerció control absoluto sobre la prensa nacional y en Zacatecas hubo una cuidadosa supervisión para que no se supiera de las derrotas federales. Pero, por otra parte, la atención estaba centrada en un hecho que ocasionó una tensa situación diplomática: la ocupación del Puerto de Veracruz por marinos de la armada de Estados Unidos. Su estancia se prolongaría por espacio de siete meses (21 de abril al 23 de noviembre). El comandante Frank Fletcher impedía el desembarco de armas destinadas a Victoriano Huerta; el alarde de fuerza (44 barcos de guerra) persuadió a las tropas federales de retirarse, en tanto que la defensa de Veracruz estaba a cargo de los cadetes de la Escuela Naval y de voluntarios civiles.

Con este panorama como telón de fondo, transcurrió la Convención de Aguascalientes a la que el teniente coronel Gilberto Nava Presa concurrió como uno de los observadores del general Villa, subrayando el hecho de la tensión ocasionada por la elección de Eulalio Gutiérrez como presidente provisional y el desconocimiento de la primera jefatura de Carranza. El entrevistado concluye la narración de sus recuerdos con la derrota del ejército villista en Celaya, fracaso atribuido al suministro de parque falsificado.

A continuación se presenta una selección de la entrevista realizada por Alexis Arroyo y Daniel Casez, al teniente coronel Nava Presa, el 19 de enero de 1961, en la ciudad de México, catalogada en el Archivo de Historia Oral bajo el registro (PHO/1).

◀ Escolta que acompañó al Gral. Francisco Villa durante su viaje a Aguascalientes, en *La Ilustración Semanal*, México, 1914. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/Instituto Mora.

Alexis Arroyo y Daniel Casez

Relatos de más de una batalla

… En Chihuahua me incorporé como capitán a un regimiento que se llamaba Hidalgo. En ese tiempo se estaba organizando la División del Norte, ya se oía la División del Norte, entonces ese regimiento se quedó con el nombre de Segundo Regimiento de la Primera Brigada Villa. Yo les puedo relatar toda la campaña del general Villa… Tengo el más grande honor de haber participado con él en los más grandes combates de la revolución… la parte medular, las principales tomas.

[De Chihuahua] venimos en trenes con el general Villa, yo ya como oficial del Segundo Regimiento de la Primera Brigada Villa, y desembarcamos en una estación que se llama el Bote [en] Zacatecas. Ya habíamos sabido de que íbamos a tomar Zacatecas porque Pánfilo Natera y todos esos generales… [no] habían podido tomar Zacatecas donde estaban reunidos. Pero nosotros, la División del Norte, éramos pura chamacada de allá del norte, de Durango y todos esos… pues gente que estábamos impuestos a tirar balazos. Luego me acuerdo que llegamos a un rancho que se llama Morelos [cercano a] las inmediaciones de Zacatecas, [donde] hay… muy buenas tunas, por cierto. Ya no me acuerdo cuántos días estuvimos ahí, pero sí… que llegó el general Villa en la mañana, el día precisamente del ataque, estábamos con una bola de generales ahí comiendo… Fierro… José Rodríguez, el coronel José Ordóñez, y no me acuerdo cuantos. Creo que hasta don Raúl Madero, me parece. Estábamos comiendo tunas cuando se soltó la balacera por el lado de Guadalupe, ahí se vino prendiendo, prendiendo, cuando le llegó un correo ahí al general Villa y le dije que el combate pues ya se había echado encima. Me acuerdo que textualmente dijo el general Villa: *¡Bueno hijos, si quieren entrarle a los trancazos, pues vamos a tomar Zacatecas* y, diciendo eso, ya ni comió tunas, sino que se fue para donde venían los trancazos, donde venía prendiéndose la mecha, y empezaron a funcionar las ametralladoras, empezaron a funcionar los cañones del cerro del Bote…

Nos ordenaron… que organizáramos nuestros contingentes para entrarle a los balazos, yo… ya era mayor, en Torreón me habían dado el grado de mayor. Y entonces, el mismo general Villa me dio a mí el nombramiento de coronel, después del combate de Zacatecas. Le entramos muy duro, por cierto que estaba tan limpio como donde acampamos nosotros con todo el cuerpo, nadie se separaba, nos dieron la contraseña y ¡vámonos! No recuerdo cómo era la contraseña que me dio el general, y ahí vamos, ¡éntrele! y ¡éntrele! hasta que llegamos, para la una de la tarde estábamos adentro de la ciudad de Zacatecas. Pero era un combate ¡terrible, terrible! Me acuerdo que llegamos a las trincheras de la federación y los agarramos al hilo, nosotros de un solo balazo podíamos matar cuatro o cinco.

Nada más volteadera y volteadera, hubo una mortandad ¡horrible! Pues… acabamos con aquellos pobres, también nosotros tuvimos algunas bajas y entramos a Zacatecas; luego recibimos la orden de mandar quemar todas las cantinas, mandar quebrar todas las botellas de vino que hubiera en las cantinas, porque era una de las cosas que más recomendaba el general Villa, tan pronto entrábamos a una ciudad, inmediatamente a destruir todo lo

que hubiera de licor, esa fue una orden terminante del general Villa en toda la campaña… Era una orden que se cumplía y ¡cuidado el que no la cumpliera! El general Villa era un hombre ignorante, pero era un hombre, que era, no sé qué, pues sabía pensar y sabía calcular, calcular todo… tenía una intuición tan terrible. Yo veía que cualquier cosa que le iba a hacer un mal, inmediatamente él lo percibía y lo percibía por ese conocimiento propio que él tenía de las personas…

Ya después de la toma de Zacatecas, avanzamos a Aguascalientes, pero no llegamos a Aguascalientes, en la Primera Brigada Villa no llegó hasta Aguascalientes, llegamos hasta la hacienda El Pabellón. Ahí estábamos cuando un día, ya andaban ahí con el trote de que Venustiano Carranza y quién sabe qué y cuánto… habíamos sido carrancistas en el tiempo de la toma de Torreón… pero yo ya era villista por convicción porque yo ya había conocido al general Villa.



◀ Gral. Francisco Villa durante su viaje a Aguascalientes en *La Ilustración Semanal*, México, 1914. Biblioteca "Ernesto de la Torre Villar"/ Instituto Mora.

Tensión en Aguascalientes

Llegamos a la hacienda El Pabellón y ahí un día, no me acuerdo… anduvo entresacando oficiales el mismo general Villa del segundo regimiento, y me tocó a mí que me entresacara para ir a la convención, fuimos como observadores a la Convención de Aguascalientes. Ahí se puso un poco fea la cosa, pues si no llegamos después de haber salido de El Pabellón, salimos vestidos de particulares, nada más con nuestras armas y nos metimos al teatro que era donde estaba la convención, al teatro… [Morelos], que está ahí frente a la Plaza de Armas. Ahí estuvimos presentes los días que fueron de la convención, pero el día más difícil que se puso ahí, fue cuando se discutió el nombramiento de presidente.

Ese día ya teníamos nosotros listas las pistolas para hacer fuego. Está claro que estábamos apuntados en determinados lugares… no solo había gente del general Villa, sino también estaba gente de los zapatistas, estaba Eulalio Gutiérrez, estaba Soto y Gama, estaba toda la pléyade de revolucionarios ahí. Nosotros estábamos esperando órdenes. Aunque viéramos las pistolas ahí, que nadie dijera nada, ni hiciera nada, hasta que no se recibiera la orden. Estábamos listos para reprimir cualquier acto de violencia. Precisamente se trataba de salvar la vida del general Villa, iba yo y varios generales. Ahí en esa lucha revolucionaria está claro que salimos escogidos por el general Villa, pues él sabía con qué gente estaba contando, no iba a llevar a cualquiera, y de esa manera pudimos dominar estratégicamente la situación de la Convención de Aguascalientes. No le digo prácticamente qué fue lo que se dijo, porque hasta hubo algunas amenazas y cosas por el estilo ahí, me acuerdo cuando la cuestión esa de la cachetada que le dieron a Eulalio Gutiérrez cuando la cosa se puso fea. Con uno que disparara un balazo, nos acabamos todos los que estábamos ahí. Todos nos hubiéramos acabado, si todos íbamos armados, y todos éramos pura gente bragada, a excepto de algunos como Soto y Gama que iban allí muy alineaditos. Me acuerdo que Soto y Gama atacó recio y fuerte en la Convención…

De la Convención de Aguascalientes salieron todos los postulados de la Constitución de 1917, porque esos fueron los derechos del trabajador, los derechos de los campesinos, los derechos de la clase media y todas esas cosas…

En la sesión en la que se eligió al presidente Eulalio Gutiérrez… salió una disyuntiva, hubo muchas cosas que se decían, que sí y que no, entre las cosas esas se hablaba del desconocimiento del general Villa al general Carranza. Y ese fue el móvil de que hubiera una disputa muy fuerte. Entonces, como esa disputa estuvo muy acalorada, pues hubo improperios, hubo insultos, hubo todo lo que usted quiera, por eso se calentó la cosa ahí, la cosa se puso muy fea, pero horriblemente fea, ahí no hubiéramos salido ninguno, porque tanto el general Villa como los demás generales todos tenían gentes apostadas en lugares estratégicos y aparte afuera había gentes que estaban posicionadas por ahí, por las azoteas… ya después se apaciguó la cosa, se apaciguaron los ánimos y estuvieron deliberando y toda la cosa, y se acabó la convención.

Asedio sobre Pachuca

Después, nos venimos y estuvimos en Actopan. Me acuerdo que cuando veníamos para acá, para la ciudad de México, estábamos en la Villita de la Encarnación… y ahí se soltó la balacera y… tomamos la población. Todavía eran las once o doce de la noche y estaba la balacera muy fuerte, mucho muy fuerte.

Después de derrotarlos, entonces, en lugar de avanzar para la ciudad de México nos venimos a tomar Pachuca y el grueso de la gente se quedó en Actopan. Nosotros nos venimos como vanguardia de la División del Norte… y veníamos llegando a Pachuca cuando nos hicieron fuego [desde] el panteón, que está arriba de allí, de unas lomitas y nos agredieron muy fuerte, muy duro, pero nosotros veníamos ya bien organizados. En Aguascalientes, el general Villa nos había dado pistolas 44 -tres caballos-, Colt nuevecitas. Veníamos muy bien equipados, gorras tejanas, en fin… y nos les echamos encima y en un momento los echamos para abajo, eso fue como a las 11 del día, yo creo, antes, como a las 10 de la mañana, y seguimos avanzando a lo tonto, a Pachuca, éramos 500 del Segundo Regimiento de la Primera Brigada Villa y nos metimos.

Era un domingo, eso sí me acuerdo, porque estaban en la plaza de toros y salieron los toros de la plaza, salieron de los corrales, y hubo un desbarajuste ahí, porque les llegamos de sorpresa, estaba Pablo González ahí, tenía como 13 000 hombres, 12 o 13 000 hombres. Nosotros éramos 500 y me acuerdo que llegamos allá a la estación, abandonaron todo, estaban las ollas de frijol ahí hirviendo, los pollos pelones, las tortillas calientes, todos los trenes del general Pablo González solos, y en fin, anduvimos ahí saqueando, viendo a ver qué nos llevábamos. Yo me llevé un telémetro, tuve que dejarlo, porque era un tubo muy largo.

Echamos muchos balazos en la noche, pues dijimos: *éstos se rehacen y nos van a echar muchos balazos*. Pues no, no fue así, en la noche toda la santa noche estuvimos peleando. Me acuerdo que traía yo un rifle automático, que me había regalado un americano en Chihuahua, ese rifle tenía la detonación muy distinta a las demás armas y toda la gente decía: *toda la santa noche estuvo tirando, oíamos uno que hacía ping, pas, ping, pang*, es que era automático y por todos lados se oía y pues está claro que era muy graneado el fuego que nosotros hacíamos, porque nos teníamos que agarrar de esquina a esquina, en una esquina estaba uno nada más viendo dónde sacaba la cabeza… y otro iba a los dos lados, de este lado y de este otro, entonces conforme lo agarrábamos, si el enemigo lo agarraba de este lado, con el derecho hacíamos, si lo agarraba del otro lado pues del otro lado ¿no?, nada más que de cualquiera manera se defendía uno. Estuvimos toda la noche peleando, toda la santa noche, otro día ya pues se retiraron las fuerzas del general Pablo González, ya llegó el grueso de la columna del general Villa, ya tomamos posesión ahí de la cosa y pues ya, llegamos ahí. Se reorganizaron todos los cuerpos y en fin, parece que nos hicieron como tres bajas, cuatro bajas.



Felipe Ángeles y su estado mayor en el cerro de la Bufa después de la toma de Zacatecas, junio de 1914. Fondo Casasola, inv. 6119, SINAFO, CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el INAH.

SIGUIENTE PÁGINA
Francisco Villa firma la bandera nacional durante la Convención de Aguascalientes, octubre 1914. Fondo Casasola, inv. 287641, SINAFO, CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el INAH.

Encuentro de caudillos y derrota en Celaya

Nos volvimos a reorganizar, y ya listos nos vinimos para la ciudad de México, pero sin tirar un balazo, ya se habían retirado los generales que estaban aquí en la ciudad de México. Llegamos por Tacuba, a mí me tocó entrar por Tacuba, estuvimos estacionados en Tacuba, luego hicimos la entrada a la ciudad de México, las fuerzas del general Villa y las fuerzas de Zapata. Entramos aquí a la ciudad.

Nos adoraban a todos los de la División del Norte, las muchachas, la gente, ¡Viva Villa!, ¡Viva Villa! y no se oía otro grito más que ¡Viva Villa! Me acuerdo que los zapatistas, pobrecitos, todos venían en calzones, muy mal pertrechados, unos cuantos heridos, unos cuantos cartuchos. Nosotros no, traíamos las carrilleras bien llenas, hasta la cintura, bien llenas de cartuchos. Pues ya estuvimos aquí y luego en determinado tiempo volvimos a salir; nos llevaron hasta Jalisco, a la Piedad, fuimos a visitar la Piedad de Cabadas, entonces de ahí nos fuimos por tierra, nos fuimos hasta llegar a Guadalajara… tomamos Sayula… avanzamos sobre Ocotlán… Y entonces me tocó… estar en Irapuato. Pues nada, ya nos tiene usted cerca del combate de Celaya… me tocó entrar por el lado del rancho del Guaje… que es en forma de canales… nos echamos encima a toda la bola y creo, pues, como usted quiera y guste, llegamos casi hasta las bocas de las ametralladoras, pero no matábamos y ellos sí mataban.

Nos habían repartido parque a todas las corporaciones, todos íbamos con cananas llenas de parque, pero resulta que este parque, era parque de madera, de salva… lo de afuera, el casquillo era de cobre niquelado, y lo de adentro era madera, nomás se quemaba la madera, pero no mataba. Los que traían buen parque, pues sí mataban. Estuvimos revisando [las balas], todos los soldados las tiraron, ¡de coraje! Ahí se murieron como unos 60 hombres. Ya después perdimos, perdimos ahí el combate de Celaya…





◄ Interior del Teatro Morelos durante la Convención de Aguascalientes, octubre de 1914. Fondo Casasola, inv. 5748, SINAFO, CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el INAH.



◄ Banquete ofrecido a los generales Francisco Villa y Emiliano Zapata en Palacio Nacional, diciembre de 1914. Fondo Casasola, inv. 63467, SINAFO, CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el INAH.





◄ Artillería convencionista antes del combate de Celaya, abril de 1915. Fondo Casasola, inv. 39275, 33597, 39265 SINAFO, CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el INAH.





◄◄ Tropas constitucionalistas durante el combate en Celaya, abril de 1915. Fondo Casasola, inv. 39253, SINAFO, CONACULTA-INAH-MEX. Reproducción Autorizada por el INAH.



AQUELLOS *SELFIES*

Darío Fritz

Ser o no ser. Ser vistos o no ser nada. La fotografía siempre ha sido la huella más amistosa para dejar rastros de quiénes fuimos, de dónde venimos. Una huella tan poderosa, aunque de resultados lúdicos, semejante al documento que nos identifica, el acta de nacimiento, la casa donde crecimos, o la calle que lleva un nombre familiar, si es que tan alto llegamos en las consideraciones de los vecinos. ¿Cómo resistirse a no dejar una impronta visual, al menos, si está en nuestro ADN exhibirnos, así sea enmarcados? Los retratos quizá hayan sido los primeros, aunque estuvieran fuera del alcance de la mayoría cuando la fotografía no era ni siquiera sueño. Los hubo esculpidos en piedra en el Antiguo Egipto o en construcciones monumentales de la Edad Media. Le siguieron los célebres de la pintura: Durero, Botticelli, Goya, Van Gogh, Renoir, Frida Khalo, que mostraron en autorretratos cómo se veían a sí mismo. Verdaderas autobiografías en paletas de colores. La fotografía fue el siguiente paso. Las familias Araoz y Pontones se paseaban de la estación del ferrocarril al mercado de Orizaba en los modernos tranvías tirados por mulitas. Inaugurado en 1878, aunque la imagen no tiene fecha, era una muestra de modernidad, una novedad que debía quedar registrada. Al pie de una mesa, junto a otras imágenes muy apreciadas, enmarcadas en una pared, protegidas celosamente en albúmenes, las fotografías se inmortalizaron como huellas familiares, testigos de las vestimentas de época, los registros del dolor o los hechos históricos. Algunas de aquellas miradas posadas y serias habrán podido repetirse cuando llegaron los primeros autos a la ciudad. ¿Quién no ha seguido la misma rutina de mostrarse junto a lo nuevo y excitante? Entrado el siglo XXI los rastros que dejamos se van apagando. El formato perenne de la fotografía se desvanece. La captura del momento ya no tiene la vigencia de lo perdurable. Ahora son instantes de autopromoción que se pierden en las redes sociales. Uno tras otro. La adicción, en todo caso narcisista, por el autorretrato -ahora con impronta sajona bautizada como *selfie*-, de las risas individuales o grupales congeladas en pixeles, tiene la durabilidad del disparo de la cámara. La imagen se sale de la sala de la casa para buscar reconocimiento entre amigos y desconocidos donde la web lo permita. Es la nueva huella vanidosa de un instante que no pretende perpetuarse. Mírenme, luego existo.

▲
Autor no identificado, sin fecha, [*Tranvías de Orizaba*], col. RAA.

BiCentenario
el ayer y hoy de México

23

EN ESTE NÚMERO

ARTÍCULOS

Iturbide: coronación imperial o ruptura con España.

Xalapa, blindada contra el cólera.

La inspiración del 5 de Mayo para los migrantes.

Los espacios de hospedaje en el siglo XIX.

Los autores del magnicidio de Madero y Pino Suárez.

La lucha electoral del FEP en las elecciones de 1964.

DESDE HOY

Dos décadas del TLCAN: Aciertos y oportunidades perdidas.

DESDE AYER

Volcán Paricutín. A 71 años de su nacimiento.

TESTIMONIO

"Qué quiere usted: soy mexicano".

ARTE

El arte de Luis Nishizawa.

CUENTO HISTÓRICO

El cupo, el juez y el capitán.

ENTREVISTA

Gilberto Nava Presa. Memorias de un militar villista.

SEPIA

Aquellos *Selfies*.

ISSN 2007-2775

9 772007 277006 62113

Instituto Mora